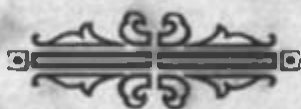


R. EMILIO JIMENEZ.

AL AMOR DEL BOHIO

(TRADICIONES Y COSTUMBRES DOMINICANAS)

TOMO I.



SANTO DOMINGO, R. D.
VIRGILIO MONTALVO.—EDITOR.
1927.

21095-10

018

BnpAn
PD

398.097293

J61a

1927

V.1



22 NOV. 1973

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

BN

378.27295

J. Palma

1927.1
111

A mi amigo abogado el Sr. Julio Ortúzar
 a quien desde su labor administrativa y pública
 he admirado y admiraré siempre con
 un entusiasmo y un orgullo
 que me honran y honran a Chile.
 R. Emilio Jiménez
 Santo Domingo
 21-1927

DOS PALABRAS.

Poco tenemos que decir acerca de la aparición de este libro. Los distintos cuadros de costumbres que aparecen en él los fuimos publicando, sucesivamente, todos los sábados, en el periódico "El Diario", de la ciudad de Santiago de los Caballeros, cuya dirección asumimos desde hace dos años.

La realidad los ha inspirado. Reflejan nuestra peculiar manera de vivir, y de ahí la impresión que han causado, no sólo en el espíritu de la gente culta, sino en el corazón del pueblo, que los siente porque los vive. Por eso el jugador de gallos, el recuero, la lavandera, el agricultor, el cantador rural y los demás tipos fielmente retratados en esos cuadros de costumbres, buscaban todos los sábados el periódico para sentirse vi-

Reg. No. 000546



4.

vir en esas pinceladas en donde ven todo lo suyo: amores, alegrías, penas, afanes, sueños, cabalás, aventuras, virtudes, vicios y heroismos; todo eso que da la suma de hechos perfiladores del temperamento y del carácter del alma dominicana.

• Aquí está el libro. Nos cuesta un sacrificio su publicación, pero el pueblo, reflejado en sus páginas, sabrá responder con amor a ese sacrificio.

R. Emilio Jiménez.

LOS MATRIMONIOS EN EL CAMPO.

Este amor en el campo es la felicidad en esencia. En el campo todo está diariamente invitando al amor. Cada hora, cada minuto, la naturaleza se nos ofrece como un desposorio. Vive el agricultor entre animales que hinchaban los buches y arrullan, que hacen, «engrifados», «la rueda», y entre guerreros cornúpetos que se disputan el señorío de un hato...

Desde que el joven se siente enamorado, «le echa el ojo a un monte» que elige para conuco y sueña en la cosecha, que es el apoyo de su amor y el prólogo de su matrimonio. Un campo sembrado por él mismo es la mejor garantía de su declaración amorosa.

Y un día en que la oportunidad le sonrío, después de haberla desechado muchas veces porque la timidez le ató la lengua, se halla solo con la moza de sus sueños. Tal vez le da alcance una mañana a horcajadas sobre un potro que fué a bañar al río, mientras ella, sorprendida,

corrige prontamente el descuido con que va sobre el paciente burro en que suele hacer provisión de agua para la casa.

Así vimos un día una pareja que nos servía de modelo para nuestra pintura. El, turbado, pero decidido, rizando con la callosa diestra la crin de un «moro avipao, de mucha vista», se atrevió a decirle: «Daría mi caballo de silla poi veite to lo día». Al decir esto se expresó como un perfecto campesino. Y valga una explicación. El hombre de campo, lo que más estima después de la familia, es el caballo de silla. Un campesino acomodado presta con más facilidad una «onza» que su caballo de montar. La mayor deferencia que puede hacerle a un amigo es prestarle el caballo. Cuando se llega a esta prueba se ha agotado el programa de las distinciones. El caso es por demás curioso, pues casi siempre al caballo le sobra lo que al dueño le falta. El peine del caballo es superior al de la mujer. Al dueño podrá faltarle un cepillo de cabeza o de ropa, pero a la crin del caballo, nunca.

Por eso el joven enamorado lo primero que hizo fué recabar la autorización del padre para «amarraise ei revoive» y comprar un caballo y una silla, hecho que constituye la más curiosa filosofía de nuestra gente de campo, según reza en esta redondilla muy típica:

«Ei que quiera sei un hombre
necesita poseei
buen caballo, su revoive,
una silla y su mujei».

Y volvamos a la frase galante. Nuestro joven se ha expresado con elocuencia. Así lo entendió ella, limitándose sólo a responderle «Hombre que va», su desquite favorito. Y sigue el diálogo: «Como quiera que se sea, ha de sei mía». «Hombre que va», profiere ella, sin atreverse a mirarlo, atenta siempre a corregir con mano lista la temeridad de la falda, que sube con el roce de los aperos y el movimiento de arreo que hacen los desnudos pies recién lavados. «¿Puedo parai ei rancho?» Agrega en el calor de una acometividad progresiva mientras le acerca más la bestia, a lo que ella responde, con un dejo de huraña y un tonito de ambigüedad dulzona: «Va a sey».....

El diálogo se anima. El potro salta espoleado sin motivo, sin que el jinete lo quisiera. Una nueva frase acometedora hierde el oído de la bella. Se ha atrevido a pedirle la rosa que le incendia el cabello; pero la flor se ha triplicado. Al pedir una han aparecido dos más, una en cada mejilla, pendientes del tallo invisible del pudor. Y con un mohín de indiferencia que le enseñó el instinto, la moza se atrevió a decirle: «Ello pa qué? Una que no vale na, y otra que no he pensado quereite», y diciendo esto gana la cuesta, a la vista del bohío, mientras él desaparece, mohino, turbado, por el primer callejón que se abrió, como válvula de escape, a su temeridad.

Otro día, la enamorada, despertando a altas horas de la noche, escucha. Es él, que le canta desde un callejón, entre dos brazos de mayas lentejue-ladas de cocuyos. Y el viento se lleva esta tonada:

8.

Ere chiquita y bonita,
ere como yo te quiero,
que parece campanita
de la mano de un platero.

Ya es menos esquiva y se atreve a decirle al día siguiente: «Anoche te oí cantai». Ya acepta el paquete de dulce y lo espera, bien empolvada, todos los domingos, y él, al despedirse de ella, se atreve a decirle por lo bajo:

«Conséivate pa mí».

Por fin ya se quieren. Reciprocán sobritas de café y cabos de túbano, y cuando van a la cerca a comer mangos, la moza se acomoda sobre la hierba dejándole un resto de falda para que él se siente. Los padres de ella disimulan porque el joven «no tiene cola que le pisen» y los padres de éste, a su vez, consienten de buena gana, porque la muchacha «no tiene caca que le saquen» y «la mujei se buca, como la vaca, poi la raza».

En un transporte de júbilo, el aventurado se lo ha dicho todo al papá, debajo de un árbol, los dos picando la corteza, insensiblemente, con los largos cuchillos. Los padrinos de bautismo son enterados con tiempo de la fecha en que se hará el compromiso, requisito del que no puede prescindirse en estos casos.

Un año de relaciones lleva la pareja enamorada. El bohío fué hecho con el dinero de la cosecha. Es de palma, raspada la del frente. El mueblaje lo componen «sillas serranas», varios

taburetes de almácigo, una cama de caoba, la mesa de comer y una tinaja sobre un tronco de tres ganchos invertido, encima del cual se destacan muchos bangaños y coquitos.

Los novios y la madre de uno de éstos han ido al pueblo a comprar el velo, la corona, los ajuares de cocina y de aposento y a mandar a hacer los trajes de boda.

Se acerca el día del desposorio. La novia ha vuelto al pueblo, a confesarse y a probarse el vestido y retornó preparada en espíritu para recibir el último de los mandamientos de la Iglesia.

En la Iglesia del pueblo, después del evangelio, sus amigas oyeron de labios del cura la primera proclama. Ninguno de los novios es «hijo del mundo» sino «de bendición», frases con que designan en el campo, respectivamente, los hijos naturales y los legítimos. Desde este día hasta el de la boda, la novia permanecerá encerrada sin atreverse a salir del aposento. Allí le sirven la comida. Sólo las personas más íntimas pueden verla en su prenupcial encerramiento por estarle vedado salir, en prenda de recato, antes del tiempo señalado por la costumbre.

El día de la boda ha llegado. El número de fogones fué reforzado desde la víspera, y todos los platos del vecindario están defendiendo, como guarnición de honor, la plaza culinaria. En el patio un peón descuartiza a golpe de hacha varios trozos de madera destinados a alimentar la roja actividad de los fogones. El puerco asado luce la salza o «mojo» que le derraman encima

con amatistas de cebollas y sangre de rebeldes ajíes, en espera de la hora del ataque decisivo.

A lo largo de la empalizada se enfilan los caballos. En el contorno no hay árbol en donde no haya uno amarrado. En cada cintura, la cullebra de cápsulas hace evocar la risa descarnada de la muerte. Y el pesado «Colt», el fiero Smith & Wesson, y hasta el tosco «mimita», rancio de antigüedad, se insinúan debajo de los sacos, dejando ver sobre la pierna izquierda del pantalón, el extremo de la canana amarilla.

Montan. A pocos pasos ya no se ven, entre las nubes de polvo. Los caballos más andadores van delante, infladas las amazonas de las vírgenes. Cae aquí una espuela, rota la correita ceñidora. La animación es grande. Por fin llegan al pueblo, se desmontan llenando varios patios de cabalgaduras. Novios, padrinos y testigos, vestidos en carácter, invaden la casa del oficial del Estado Civil. Los zapatos comienzan a molestar los pies y algunos se los quitan mientras dura la ceremonia. De aquí se dirigen al templo y reciben la bendición epitalámica, después de lo cual la novia guarda las prendas de la consagración del nuevo estado y monta como vino, al lado de su amante y entre las parejas que le sirven de guardia de honor por el camino.

Están próximos a la casa. Ha sonado un disparo. Como en la madrugada, detrás del primer gallo que canta rompen los demás a clarinada limpia el silencio augusto de la hora; al

primer disparo, hecho al divisar la casa, sucede un tiroteo nutrido semejante al de un mayal ardiendo. La novia se desmonta. Los primeros besos son los de los padres y padrinos, no del último sacramento, sino del primero. Y luego, la gran mesa, el desquite de las impacencias, el pronunciamiento de todas las bocas, el triunfo de los convidados después de un sitio agudo al puerco asado que deja al fin en las fuentes inexhaustas, los huesos limpios como señales de honrosa capitulación.

Entre tanto, la novia, instalada en su hogar, se encierra de nuevo, avergonzada, durante nueve días, y cuando el amor haya cumplido en ella su destino, no querrá dejarse ver de la madre, a manera de ciertos frutos que disimulan el hechizo de su fecundidad entre la verde discreción de las hojas.

El auto, la prohibición del porte de armas y la influencia de ciertos hábitos que nos vienen de fuera, han alterado, en sus líneas más pronunciadas, esta original costumbre criolla.

LOS BAUTISMOS EN EL CAMPO.

El campo es el mejor archivo de las tradiciones del pueblo dominicano. Para respirar tradicionalismo y recoger la esencia anímica del ambiente criollo, hay que «tirarse al campo», asistir a fiestas de familia, ver entre otras un bautismo, costumbre deliciosa que brinda abundante copia de asuntos al arte que se complace en cantar o pintar las excelencias de la vida sencilla con todas las particularidades que le imprimen un sello original y castizo.

El chiquitín hace como un mes que fué alistado para la ceremonia. Tiene dos o tres meses de nacido y es incurrir en una grave responsabilidad dejarlo moro por mucho tiempo. Las uñas no le han sido cortadas por la creencia de que si esto se hace antes de recibir el primero de los sacramentos, sale «má ladrón que un gato».

Desde antes de nacer tenía sus presuntos padrinos buscados entre las personas más queridas y acomodadas del lugar, pues rara vez los

escogen pobres para que no recaiga tal obligación en individuos que «no tienen en qué caerse muerto».

La madrina mandó hacer con tiempo la «cacona», traje de gala del niño, desde la «galacha» o gorra de satén y punto con grandes arandelas, hasta los zapatos de hilo brillante, tejidos a veces por manos que son como gemelas bondades campesinas, diestras en el manejo de la agujeta, que hilan primores como la aguja del sol enredaderas, y que tienen un dechado con lujosas letras bordadas en cañamazo, que las maestras de escuelas enseñaban a construir a sus discípulas quince años atrás y cuyo uso ha reaparecido en estos días. Otras veces los zapatitos del niño son mal hechos y los dedos del niño saldrían por entre la malla del tejido, a no impedirlo las medias.

En el patio delantero, donde se elevan árboles que dan amable sombra a las cabalgaduras, hay para los padrinos sendos caballos acabados de bañar en el río, uno de los cuales luce en el lomo la roja silla de pana que descansa sobre elegante «usa» nueva y el otro el inflado galápagos para montar a mujeriegas.

En un tercer caballo, cómodo con fuerte aparejo y buena enjalma sobre flamante esterilla nueva, con un par de arganitas, también nuevas, dentro de las cuales van los paños, la «cacona» y demás arreos de la criatura, va la abuela o la partera. El padre del neófito, decididor, alegre y cortesano, desamarra el caballo y a falta de fre-

no le hace un «barbiquejo» con la soga. En seguida «le da el pie» a la dama a tiempo en que profiere: «Hupa!» y en dos segundos queda, señora sobre el lomo del animal, la ya madura hembra, en cuya posición recibe el niño de manos de la madre y lo acomoda sobre sus piernas, descansando sobre el brazo izquierdo la tierna cabecita, y en la mano derecha la jáquima con honores de riendas.

Se vuelve entonces a la madrina, a quien ya dice comadre. Desamarra igualmente el caballo en que esta lucirá su elegante sombrero, y con la jáquima de lujo forma triple collar blanco en el pescuezo de la bestia. Monta. El caballo brinca al rigor de las espuelas de plata. Brilla en el saco de paño azul la gruesa leontina de oro. Se abre el portón y arrancan. Una nube de polvo los oculta a los ojos de los que se quedaron en medio del camino...

Llegados a la población eligen para desmontarse una de las casas más próximas al templo. En ella se instalan por una o dos horas, el tiempo suficiente para cambiar de traje la madrina y adornar la criatura que es conducida a la iglesia sobre el pañal típico, hecho de tela fina con encajes; en el cuello la cadenita de oro con azabache para evitar el «mai de ojo», regalo especial de la madrina, y en las orejas, muchas veces, el par de argollitas que le compró la abuela o la misma madrina, que bien hace en llevar este nombre, pues si el ahijado muere es ella la que tiene que dar la mortaja y disponer conjuntamente con el padrino, todo lo relativo al velorio.

La «holeta», o sea la constancia de la declaración de nacimiento, hecha momentos antes del bautismo, es pagada por el padrino en el oficalato del estado civil y presentada al cura antes de comenzar la ceremonia.

Entre tanto, en la casa esperan impacientes la llegada del nuevo cristiano. Todo está listo para la gran comida. Domina la estancia el olor del «puerco asao». Sobre el pajizo techo de un rancho se ven, como caricaturas del sol, las tortas de cazabe. Hacia un lado, la «petaca» donde pelaron el cerdo, con el pelambre recordando el sacrificio; cerca de allí los perros atisbando su botín, y bajo un alero, dos mujeres amigas de la casa, que fueron a prestar ayuda asumiendo el mando de la cocina, alternan golpes con las pesadas «manos de pilón» sobre el utensilio del mismo nombre, balanceándose muy orondas a cada golpe. Por ratos suspenden esta lucha para que pasen por el tamiz del cedazo los polvos más finos del café, tostado de antemano para la «pilada».

Una voz estentórea anuncia desde el camino real el momento culminante. ¡Ya vienen! La frase es una chispa de entusiasmo sobre el polvorín de aquella sangre en fiesta, y la explosión echa fuera de la casa toda la familia. Los caballos, conscientes de su retorno con la visión florida del pasto y el limpio chorro de agua, no necesitan espuelas y vienen alegres, dominado por las riendas el ímpetu, con el sudor haciendo espumas sobre los aperos lujosos, entre la gasa fina de la polvareda.

Por fin han llegado. El padrino se desmonta, se arma de galantería y baja, de la enhiesta montura, el cuerpo airoso de su dama. La pareja avanza hacia la puerta en donde los padres esperan, trémulos de gozo, el momento sublime de la entrega. No hay frases con que pintar la emoción de los padrinos al deponer su carga y la de los padres al recogerla, hasta que el estribillo asoma en los labios de la madrina. «Comadre, aquí tiene uté su niño,—dice—uté me lo entregó moro, yo se lo entriego critiano. Lo que le encaigo e que le enseñe ei catecimo». Y tomando el hijo entre sus manos, la madre, transportada de gozo, responde: «Mucha gracia, Comadre; Dió me le dé muchos año de vida pa que jaga mucho moro critiano».

Y el padrino entonces, haciendo gala de su esplendidez, con orgullo de no pasar por «pela», ofrece la novilla o la marrana para el ahijado o pone en mano de los padres la onza o el doblón con que ha de comprar el animal, base de la crianza, y queda, desde aquel momento supremo, con firmeza de roca, el vínculo del compadrazgo, que ni la muerte destruye. Desde entonces los compadres se descubrirán al saludarse, no reñirán jamás, y el ahijado tendrá que arrodillarse más tarde ante aquellos que lo hicieron cristiano, y dirá «Sión padrino» o «Sión madrina», poseído de santo respeto, con esa devoción efectiva que sólo puede hallarse, con pureza de fuente, con dulzura de miel y con ternura de paloma, en nuestros campos, en donde no han sido contaminadas aun por los extravíos de la civilización,

nuestras bellas costumbres; en donde el hombre es sano y jovial como la naturaleza en cuyo contacto vive, sin neurastenia, sin pesimismo, pensando en Dios, viviendo del trabajo, pendiente del cielo, que le da lluvias, y de la tierra, que le da cosechas...

EL RIESGO DE LAS PARIDAS.

El progreso va desmedrando lentamente los rasgos característicos de muchas de nuestras costumbres, pero el colorido peculiar de esta que intitulamos «El riesgo de las paridas», mantiene casi todos sus lineamientos psicológicos, y aunque la ignorancia sea en gran parte la proveedora de tintas en el colorido propio de esta original costumbre criolla, nos seduce amablemente el cuadro porque sabe a cosa nuestra, ya que de todos los pormenores que lo animan mana, con dulzura de mieles, la tradicional poesía.

Mucho de patriarcal hay en la vida de esta buena gente de campo que tiene en el hombre más grave del lugar por su edad, su posición y su experiencia, un director que da buenos consejos, allana dificultades e interviene en la celebración de compromisos amorosos.

Pero vayamos a la costumbre. Desde que la rústica dama nota el progreso de la hermosura con que la naturaleza realza la fecundidad de su amor en aras de la Especie, comienza el ajetreo del

«paritorio»: Las comadres se aprestan para los regalos, y empiezan a llegar los zapatitos de lana, rojos como claveles, y las escofietas de arandelas semejantes a pájaros que han alzado el vuelo.

La partera es avisada con tiempo para que prepare el «bebedizo», brebaje depurativo que hacen con la substancia del «jigüero» nuevo asado, a la que agregan aguardiente, «melao de abeja», aceite y «recao dulce», nombre con que denominan las especias, y que tomará la parida durante el «riesgo» como preventivo contra el «trabo» de la criatura, bien tibio todas las mañanas y al acostarse. El hacerlo con tiempo responde a una previsión de la curandería típica: que no se tome sin estar bien «curado».

La hermosa dama se sirve de todas las ocasiones para la compra, en el pueblo, de cuanto necesita para su canastilla de madre. Y a éste hace un «encaigo» y al de más confianza una «encomienda», que para el campesino no es la misma cosa, pues encargo supone dinero dado para la compra y encomienda es encargo con promesa de pagar luego el valor de lo comprado.

Con tiempo es preparado el «cazabe de parida», que es uno especial con ajonjolí, hecho en abundancia para que no falte durante la cuarentena rigurosa.

El día del parto ha llegado. La alegría es mayor si se trata de una primeriza, a pesar de los mayores peligros que amenazan la iniciación de la mujer en los designios de la maternidad. Bien ganada tiene San Ramón Nonato la vela

que flameó al primer aviso doloroso de la naturaleza, ya que su imagen permaneció con la cabeza en tierra mientras no fué entonado el grito de navidad lanzado por la garganta de la misma criatura, que tan pronto nace tiene nombre, siendo de rigor «poneile ei que trajo», o sea el del santo de ese día, al cual nombre se le agrega el de alguno de los parientes más cercanos, con preferencia si ya han muerto, en prenda de fidelidad a su memoria.

Y aquí comienza lo más interesante: el papel de la partera, mujer irresponsable, con muy escasa o ninguna noción sobre la higiene del parto, que expone al peligro, con su ignorancia, la vida de muchas criaturas. Lugares hay en donde bañan al niño a los nueve días, cuando «etá fuera de riego» y es cuando la partera lo entrega para recibir «la paga». El ombligo es guardado cuidadosamente para cuando el niño cumpla los siete años, edad en que lo recibe de la madre para rasgarlo y adquirir por ese medio la virtud secreta que le «abre todo lo camino».

Durante los nueve días quedan rotas las hostilidades entre el aire y la recién parida. La cama es cubierta con pesadas cortinas; no hay agujero ni rendija que no sean tapadas; un pañuelo protege la cabeza de la hermosa; los oídos son tapados con algodón; nadie que se haya serenado puede entrar en el cuarto. El aire es temido como el peor enemigo de las púerperas y hay que impedir que la más leve brisa éntre en aquella cerrada habitación.

Aquella mujer es cuidada como una reina.

El agua que le ofrecen es hervida, a la que agregan astillas de «jigüero» seco y manzanilla, que preservan del «pasma», según dice la gente. La sopa es de gallina, jamás de pollo, a causa de ser éstos «muy fríos», sin «auyama», porque puede «trabar» al niño todo lo que proviene de bejucos.

Y hay una escena curiosa, pintoresca, llena de animación, que mueve a hilaridad al que la contempla sin vivirla: la visita de las amigas y comadres. Algunas se convidan para llevarle el «favor», obsequio que consiste en pan, cacao, cigarrillos y la gallina de rigor, la que ha de ser vieja para que dé buen caldo. Tan pronto llegan invaden el aposento y piden que le enseñen al niño, al cual, no bien ha nacido, lo zامpan en la «hamaca de cajón», remedo de cuna, que hacen de lona, mantenida en el aire por un par de sogas pendientes de lo alto.

Y es un gusto el tiroteo de frases por el estilo: «Se dá un tralú a la agüela»; «È pin pun su taita», «Parece que lo ecupió»; «La boca e purita de su máma», y así todas, cada cual a su sabor, le atribuyen semejanza con algún pariente, hállelo o no parecido al sujeto de la comparación, por el hábito que tienen de hablar mucho, sin que falte quien intente despojarlo de la escofeta para satisfacer este capricho: ver si lleva «buen pelo», lo que hacen cuando el niño tiene de quien heredarlo, o cuando se abriga alguna duda sobre la fidelidad de la madre.

Y transcurren los nueve días. La buena mujer toma ya agua «cruda» de la tinaja en cuyo fondo se asienta una barra de pesado azufre. Se

va lentamente reconciliando con el aire y sale a recibir la luz del sol. Su vista, reintegrada al verde de los campos, se inunda de colores. Su palidez comienza a ceder a las caricias de la naturaleza, que siembra en sus mejillas nuevas rosas. Los perros de la casa acuden a lamerle las plantas, saltando de contento, y el gato se le acerca, mimoso, y vuelto una joroba le roza, con el rabo, la falda. La cotorra, que estuvo a todas horas llamándola, «le da ei piojo», y las gallinas esperan la suave mano cariñosa que aprisionando en la tosca «jigüera» un centenar de rubios granos, improvisa sobre el patio barrido desde el amanecer, copiosa lluvia de oro.

Y corre el tiempo, alegremente, recibiendo regalos, tratada como reina: las vecinas, lavándole de balde y planchándole sin interés la ropa, pues todos quieren bien servirla, hasta que un día, el último del riesgo, reconquista su libertad y vuelve al conuco, a la cocina, y se baña en el arroyo, libre de blancos algodones sus oídos, sin temor al nublado que la hacía correr al aposento a preservarse del mal aire, rebelado el pelo contra la tiranía del pañuelo, y reconciliada con la faena del marido, a quien ayuda a veces en la siembra de granos el día que sigue a uno de lluvia, cuando el cielo y las montañas aparecen con nuevo traje azul, con más agua el arroyo, como un espejo el «pelao» redondo donde se revuelcan los burros, y el campo todo enfiestado de trinos y de mariposas... «Ha botado la chancietta», arrojado las medias y coronado el pelo con una rosa roja como el amor y alegre como el vino.

EL MORTUORIO Y LOS PESAMES RURALES.

Es esta costumbre una de las que mejor ponen de relieve la índole bondadosa de nuestros campesinos. Con una pincelada revelamos su apego a las supersticiones y con otra su ingénita virtud hospitalaria, el culto que tienen de la amistad, su amor al vecindario y su arraigada disposición a servir.

Pero este empeño en servir no es una forma característica de desprendimiento. Por el contrario, son interesados pero hacen, con mejor sentido práctico que el hombre urbano, un uso más racional de su interés. Tratan bien al vecino para merecerle igual trato. Dan porque esperan recibir; ayudan para que les ayuden y resumen en esta máxima esa cualidad de su temperamento: «Hoy poi tí, mañana poi mí». Lo cual no quiere decir que no tengan, en ocasiones, rasgos de generosidad y de largueza. Con ser analfabetos en su mayor parte, viven mejor que nosotros la vida de relación.

Los vimos en sus manifestaciones de placer, veámoslos ahora en sus manifestaciones de dolor, que nada revela tanto el sentimiento de la solidaridad humana como el dolor, freno contra los excesos del egoísmo y árbitro en las decisiones de la conciencia.

Tan pronto enferma un vecino menudean las atenciones, y en los casos de muerte se suspende el trabajo en todo el lugar y sitios comarcanos. Toda la gente se muda, por decirlo así, a la casa mortuoria, pues como ellos dicen: «El amigo se conoce en la caice y en la cama».

Después que el enfermo «está en las últimas», apresan la res o el cerdo destinado a las atenciones del velorio, y una vez que ha «boquiado», se pasa a cuchillo el animal.

En algunas partes son buscadas con tiempo la cocinera y la directora de cocina, apalabrado el matador y el que debe picar la carne. En otras los vecinos se reparten, llegado el caso, estas obligaciones. Manos hacendosas limpian la casa. Una mujer del lugar experta en «arreglar los muertos» amortaja el cadáver.

En el acto en que ocurre la muerte se bota el agua que contienen todas las vasijas, desde del pesado «canarí» al rústico «calabazo», por la creencia de que al separarse el cuerpo del espíritu, se baña éste en toda el agua de la casa.

Las mujeres en duelo se encierran en un cuarto del que no salen mientras dura el velorio, encerramiento que repiten al noveno día, que es el señalado para la «vela».

Durante los nueve días no sólo están a cargo de las buenas vecinas las ocupaciones domésticas sino que los amigos se encargan de la faena del conuco, cuidado de los animales y demás oficios ordinarios. Entienden que la pena es sagrada y debe estar revestida de solemnidad. La reciente herida no quiere trabajo, que el complemento del trabajo es la décima, el silbido y la «jarana», y el cuerpo no está para eso. El duelo debe ser solemne y pide quietud, recogimiento, como el nublado, luto del cielo, oculta el sol, empaña el azul, ahuyenta las aves y enfrena la alegría mientras cumple su gran misión de lágrimas.

Y así durante los nueve días van por turno, de grupo en grupo, acompañando de noche a los dolientes, durmiendo en la casa en donde sólo se abre la puerta del patio mientras dura la novena de rigor.

¡Qué fraternidad más hermosa! El que no puede ir al entierro facilita el caballo. No va él pero presta servicio su animal. Mientras los jinetes cargan la «parigüela» mortuoria, los de a pie descansan sobre las monturas de los otros. No es necesario pedir auxilio: cuando uno empieza a fatigarse otro se interpone redimiéndole de la carga, con una espontaneidad que sorprende. Se disputan el servicio como las hormigas el entierro de una mariposa caída en desgracia.

Antes de sacar el cadáver todos tienen que ir a despedirse de él. Si lo detienen frente a una casa, los dueños arrojan agua al camino tan pronto se reanuda la marcha, para evitar que

muera alguno de la familia, y si hay enfermos en cama es de rigor sentarlos mientras pasa el cadáver para que el muerto no se los lleve, costumbre que también es usual en muchos pueblos del país.

Al llegar a la entrada del pueblo abandonan la parihuela y llevan en andas el cadáver. La rústica escalera debe ser deshecha inmediatamente para evitar que muera pronto uno de los del grupo. Es esta una superstición que se manifiesta en muchas formas: si cruje el ataúd es indicio de que pronto morirá otro de la familia en desgracia, y si la casa es cerrada por alguno de los dolientes y no por un vecino, un nuevo luto seguirá al primero.

Pero lo más interesante de la costumbre es la manera original de dar el pésame, deber que cumplen los más distantes, a quienes no les fué posible concurrir al velorio. Estas escenas son muy comunes. Durante la solemnidad de la pena los dolientes no cesan de llorar, no por inconformes, pues ellos mismos creen que Dios les lleva otro de la familia si no acatan sus severos fallos, sino porque es necesario «demostrar sentimiento» y no lo tiene o aparenta no tenerlo quien hace economía de lágrimas en aquellas rigurosas pruebas de los nueve días. Es un caso parecido al de la novia, que como no lllore al despedirse de los suyos, dejará la amarga impresión de que «no siente».

Por eso, el día del velorio se convidan las mujeres para gritar. Algunas hay con tan bien

sentada fama de gritadoras, que tan pronto como han «pegado el grito en el cielo», según una gráfica expresión, se instalan en la cocina en donde ganan fuerzas para una nueva tanda gutural.

Es esto un remedo de las plañideras griegas y romanas, que eran pagadas para asistir llorando a los entierros, sólo que aquí es espontánea y gratuita la costumbre. Y así, no bien han llegado a la puerta del patio las mujeres que van a dar el pésame, se cubren la cabeza, algunas «limpiándose el gaznate» para afinar la voz y evitar los gallos importunos, y una vez en el aposento, en donde los dolientes esperan, se abrazan a éstos gritando a pulmón batiente.

Pasadas estas primeras efusiones de cordialidad sobreviene una escena muy típica en que la madre o la esposa ponderan la pérdida sufrida al relatar las caricias, bondades y hábitos del sujeto desaparecido. Recuerda la tribulada esposa que nunca tuvo con él «ni un sí ni un nó»; que al salir de casa no regresó nunca con las manos vacías; que no probó plato que no le dejara su sobrita, todo esto dicho con esa ingenuidad del que vive extraño a las formalidades y exigencias de la vida civilizada.

Dicen lo que les sale del corazón, con su adecuada manera de expresarse, y hay sinceridad en todo aquello. Recuerda la esposa cuando iban apareados muy de mañana al conuco, él remangado el pantalón de fuerte azul, ella recogida la falda para no «cogei saipa». Trae a su

memoria, asimismo, aquellas dulces horas en que ella le llevaba el café a la hamaca de sogas donde solía dormir la siesta con la misma ropa de trabajar untuosa por la miel del tabaco o afeada por las manchas de plátano.

Hasta las que gritan para demostrar un dolor que sienten son sinceras en lo que hacen. Creen sencillamente cumplir con un deber y ponen en el grito una sana intención que las redime del mote de hipócritas que injustamente les aplican los que no han estudiado el carácter de nuestros bondadosos campesinos. Al gritar creen en la necesidad de hacerlo para agradar a quienes necesitan sus cuidados. Creen en eso como creen indispensable botar el agua de todas las vasijas en la casa donde muere alguno.

Y los hombres, que no gritan pero que se abaten, se olvidan del trago en la vecina pulpería, y de sus gallos de pelea por cuyo canto los distinguen de noche uno a uno, cuando rompen a cantar de madrugada; y andan en el patio, tristes, mitigando la pena con el humo del cigarro que se escapa por la boca de dientes amarillos en cuyo labio superior se impone la autoridad del «bozo», en donde descansa, según ellos, el respeto del hombre.

NUESTRA SABIDURIA POPULAR.

Los refranes condensan la filosofía del pueblo que los usa. Hay en ellos chispazos del talento inculto que compendia en frases de seguro efecto la sabiduría que la observación y la experiencia diaria de la vida fueron acumulando en el entendimiento del astuto Sancho colectivo. De ahí el interés de cada país en coleccionar los suyos como la más valiosa expresión del alma popular.

Aquí usamos los nuestros junto con los de otros países, especialmente los de España, y para que resulte interesante esta colección, que iremos lentamente enriqueciendo, la presentamos en forma amena con la interpretación de cada uno de ellos.

Si a pesar de su obscuro ascendiente una persona de quien se esperaba algo bueno defrauda con un hecho indigno las esperanzas que se cifraron en ella, los desengañados exclaman recordando su origen: «aullama no parece calabaza», que equivale al proverbio español «pedir peras

al olmo», o bien este otro: «El que desciende de coco, hasta piñonate no pára».

Después que ocurre un hecho es imposible deshacerlo, idea que suele expresarse con este refrán: «Palo dao ni Dios lo quita».

Cuando se confía a alguno un asunto superior a su capacidad, se acostumbra decir «Pollo jelaio no sube a palo», y para el que trabaja constantemente sin lograr la redención de su penoso estado de pobreza hay este proverbio: «Amolando y siempre boto».

La idea de que el que tiene un vicio arraigado muere con él a pesar de los empeños que haga por vencer su mala inclinación, responde cumplidamente a este nuevo refrán: «Perro huevero, aunque le quemem el hocico», o a este otro: «El que nace barrigón, aunque lo fajen».

Y de qué original manera suele expresarse la independencia de carácter de que blasonan algunos: «Yo como en mi casa y bebo en el río».

Cuando una joven campesina se muestra implacablemente desdeñosa con uno de sus pretendientes, el adorador ofendido suele decir, tomando aquel desprecio como expresión de altanería: «Más altas son las palmas y los puercos comen de ellas», con lo cual expone dos ideas diferentes: que a fuerza de perseverancia se adquieren cosas muy difíciles de lograr y que las damas encumbradas no están exentas de caer y una vez perdida la posición que antes ocupaban, todos pueden alcanzarlas.

«Todos los judíos ponen juntos» equivale a la conocida expresión figurada «Ellos son blancos y se entienden», idea que los ingleses expresan con este refrán: «Aves del mismo plumaje vuelan juntas». (Bird of the same feather together).

El que tiene una dificultad con alguno superior a él en todo sentido, siempre recibe la peor parte: si le va encima al grande, malo; si el grande le viene encima, peor. Tal idea está admirablemente expresada en este refrán: «La desgracia de un huevo es chocar con una piedra». También suele decirse: «La sogá rompe siempre por lo más delgado».

Es muy corriente aquello de que los padres más pobres son los que tienen más hijos. Esa fecundidad de la pobreza está graciosamente expresada en este refrán: «Mientras más flaco el perro, más pulgas tiene».

La idea de que no todos tienen unas mismas facultades intelectuales, va envuelta en esta curiosa frase proverbial: «todos los cocos no dan agua dulce».

Hay hombres pendencieros que hallan fácil coyuntura en las personas cobardes o en las prudentes y pacíficas para lucir sus falsos alardes de guapeza. Respetan siempre a los que tienen bien sentada reputación de ánimo y de ahí el conocido refrán: «Puerco no se rasca en jabilla».

Los que emprenden sin deliberación alguna, llevados de su fanfarronería quijotesca, obras

superiores a sus fuerzas, «no saben lo que cuesta un peine en cabello malo».

Para significar que con buena voluntad no hay nada difícil, figura esta sentencia: «Con la candela no hay jicotea dura». Es la misma idea del aforismo español: «Querer es poder».

«El buen nadador no va contra la corriente», decimos para dar forma gráfica al mismo contenido filosófico de este proverbio extraño: «Adonde fueres, haz lo que vieres».

La indiscreción de algunos interrumpiendo idilios y diálogos privados con su importuno acto de presencia, dió origen a esta curiosísima expresión figurada: «Nunca falta un pelo entre un sancocho».

Nuestra gente es en su mayor parte destinista y siempre cree que cuando le sucede algo, es obra de su buena o mala estrella, y así dice: «La yagua que está pa un burro no se la comen las vacas». «La que viene derecha no tuerce», «La que viene lista no trae arrugas», idea que en otra parte expresan de este modo: «Lo que conviene, a la mano viene», y en lo que al casamiento respecta: «Matrimonio y mortaja, del cielo baja».

La intuición clara sobre la ventaja de la cooperación está manifestada con fidelidad en este refrán: «Donde ponen muchas gallinas parecen nidas así sean hueros», y el convencimiento de que para el necesitado, a falta de otra cosa mejor, lo que parece es bueno, tiene su interpretación filosófica en estos dos refranes: «En tiempo de

tormenta cualquier agujero es puerta», «En llegando a peor o nada, lo que no sirve está bueno», equivalentes al proverbio español «En tiempo de hambre no hay pan duro».

A muchos que sin serlo creen pasar por cultos porque se reúnen con gente culta, y por distinguidos porque buscan la compañía de los que se distinguen, se les moteja con este adagio: «El maco no es peje porque esté en el agua», que es la misma esencia filosófica de este refrán español: «El hábito no hace al monje».

El reconocimiento mutuo de unas mismas cualidades, disposiciones y talentos, evita siempre muchos rozamientos y diferencias. Para exteriorizar el sentido de esa renunciación a la lucha entre dos que se respetan, hay este proverbio: «Filo con filo no se cortan».

El proverbio vernáculo que expresa la misma idea contenida en el refrán extraño: «La ocasión la pintan calva», es el siguiente: «El día bueno meterlo en casa».

Una expresión refranesca muy optimista, con la que suele exhortarse a la conformidad, es ésta: «En lo que el hacha vay viene, descansa el palo».

Y de qué modo más original está expresado el sentido de la acción en este giro sentencioso: «Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente».

Sólo el que sufre conoce la intensidad de su pena y de ahí el adagio: «El corazón del ñame sólo lo sabe el cuchillo».

La malicia zorruna de los que no caen en ardidés, porque saben esquivar las redes que les tienden, dió origen a este proverbio: «Culebra en su cueva, nadie la pisa», y la idea de que nadie debe hablar mal de sus parientes, está expresada con gracia en los dos siguientes refranes: «El que de su falda corta, la nalga enseña». «A lo tuyo con razón o sin ella».

«Comenzar a gatear por el cogollo» es refrán con que se combate la torpeza de algunos en querer comenzar las obras por lo más difícil.

«Atajar para que otro enlace» es hacer uno la obra y otro recoger el beneficio. «Unos tienen la lana y otros cardan la lana», dicen los españoles.

Como expresión condenatoria a los que aconsejan asumir responsabilidades, y no aparecen a la hora de recibir los golpes de la lucha, hay este refrán: «La lengua habla y se esconde y el hocico es el que paga».

Para dar idea en forma sentenciosa de que de la familia más humilde puede nacer un sabio, suele decirse: «Debajo de cualquier yagua vieja sale tamaño alacrán».

Y por último, aplicable a los políticos, que hablan mucho de la patria y sólo persiguen un interés personal, hay este refrán: «El perro ladra por la tajá».

LAS FIESTAS PATRONALES DE ALDEAS.

Son una original costumbre típica. Desde la víspera rompen el silencio augusto de la aldea los bronces de la rústica torre en cuya cruz hacen fiestas de alas las cuyayas. Los montes, ajenos a los usos de la artillería pirotécnica, se estremecen con la flecha silvadora del «montante», que finge primero, con un silbo seco y prolongado, la manera de indicar silencio y luego burla la orden de paz con la explosión subitánea que alborota crines de potros vírgenes de riendas y pone a aullar más de un flaco perro del villorrio.

Y la robusta moza campesina, que sube del río sobre el manso pollino, reina entre cuatro calabazos que le salpican la empolvada enagua humedecida en los bordes desde que llenó las rústicas vasijas provisoras, suelta la risa, fresca como el agua que la moja, al recordar el traje, y la moña de cinta, y las finas calcetas que estrenará al día siguiente cuando vaya a oír la misa del patrón en quien tiene puesta toda su fe y a quien le ha pedido por la cosecha y por el novio.

El alma apacible de la aldea parece entonces despertar de un largo sueño. La tradición que vive en la sangre de la sencilla gente se deslía como un pergamino enrollado que desanda las vueltas circulares que aprisionan el encanto de alguna letra antigua, y todo se prepara, entre aprestos culinarios y engalanamiento de calles, a la suerte del próximo día.

Ha llegado el suspirado día. Tras la primera clarinada de los gallos, el olor del café se impuso a los aires frescos de la madrugada. El gallo es el reloj del campesino durante la noche. La juventud, que se acostó pensando en la fiesta, le ha discutido su prestigio madrugador a la vejez. De todas partes llegan, con el pelo incendiado de rojos claveles, unas con cintas, otras encinta y las menos con el rollizo niño entre la misericordia de los brazos, las más encantadoras mujeres rurales.

Los largos rosarios de prismáticas formas tiemblan en las manos nerviosas de las viejas, que ocupan la parte superior del recinto cristiano, en espera del pan eucarístico. Comienzan a llegar los jinetes que van «a correr en honor del santo», costumbre que va ya perdiéndose a medida que el auto aconsejé la jubilación del caballo y da a las sillas de montar boleta de pase para su acojida en las piedades arqueológicas de los museos.

Todavía en algunas partes se conservan en toda su pureza tradicional estas carreras, y era un gusto para el observador inteligente ver

aquellas mujeres a piernas sueltas sobre los brutos «andadores», abultada por el viento la larga amazona, con el bello sombrero de paja sujeto al moño con el pasador elegante, junto al montador de oficio que hacía gala de su arte levantando densas nubes de polvo, tendido a «carrera abieita» por el ancho camino.

De los pueblos más cercanos, y a veces de muy lejos, acuden en peregrinación centenares de personas, unos estimulados por el acicate de la fe; otros por la curiosidad de ver mucha gente ridículamente engalanada, los hombres con gritonas corbatas de sangre sobre una hermosa pechera de camisa, endurecida a fuerza de almidón, y las mujeres con largas cintas de color sobre un traje de prusiana azul y pies engrillados por inclementes zapatos «de becerro».

Da pena ver rostros angelicales venidos de la montaña, con ojos azules como el monte que habitan, no adiestrados aún en el arte de la picardía ocular, que llevan en sus bocas lindísimas, rojas porque sí, porque la naturaleza las tiñó de rojo, el pesado túbano que mancha la pureza de sus dientes.

En la iglesia no caben los fieles, y de sus naves son sacadas, pálidas y sudorosas, algunas jóvenes que fueron en ayunas y cayeron desmayadas. Los atabales, con su repiqueteo tamboril, ensordecen, prolongando el ruido que mantuvo en un viejo chiquero alguna pobre cabra que ahora se ve de esta guisa escandalizando después de muerta con su estirada piel dispuesta sobre unos gruesos trozos de madera sin corazón.

Las pulperías comienzan a vender a porrillo salazones y pan malo, en cuya levadura no se asomó la grasa, y este incesante engullir carne salada, el mucho sol y el largo ejercicio, conspiran contra la existencia del agua en toda la villa. Centenares de calabazos caen en las manos necesitadas de frescura; las tinajas se rinden a la voracidad de los sedientos. Llegá un momento en que los forasteros pagan a precio de oro un jarro de agua, sin lograr conseguirlo.

En uno de los típicos bohíos que lucen como una rubia melena la amarillez de sus recientes techos de cana, con los setos sobrecargados de lujosos cromos de anuncios y de retratos del caudillo predilecto de la casa, el acordeón democrático, la burguesa tambora y el plebeyo güiro interpretan un «merengue» que pone al desnudo el alma toda del villorrio y obliga a los cuerpos a describir las más osadas curvas de la geometría caprichosa de esos bailes.

Y cuando termina el festival con la entrada de la pintoresca procesión, que recorrió las principales calles de la aldea, se ven, bajo los oros del crepúsculo, entre las más curiosas escenas, a unos pobres campesinos que regresan cansados pero contentos, con los zapatos colgando del hombro y los bolsillos llenos de tortas de maíz y otros dulces con que van a obsequiar a los que se quedaron al cuidado de la casa y de algunos acreditados gallos de pelea.

LOS ROSARIOS.

No nos referiremos al instrumento de oración y penitencia que inventó la ardiente espiritualidad de Santo Domingo para simbolizar los quince misterios de la Virgen María, sino a la costumbre conocida con el nombre de Rosarios, congregación de fieles para recorrer los caminos, organizada por el fervor cristiano de alguna alma temerosa de un castigo del Cielo, o por la angustia suplicante de pobres trabajadores que ven malograrse sus cosechas por la aciaga temeridad de una sequía, y en ocasiones por la audacia de algún embozado que fingiendo ardores de vocación ascética oculta bajo una mascarilla de fe su judaica intención de especular con la inocente credulidad del campesino, pues las estaciones de la cristiana procesión en la puerta de cada choza se hacen a cambio de algunas monedas.

Los Rosarios son regularmente de noche. La concurrencia, en su mayor parte, es femenina. La componen mozas quinceañescas, entre las

cuales hay algunas de hechiceras vocesitas atipladas que entonan a las mil maravillas los típicos aires de los rezos sin graves cojeras de afinación; viejas curtidas en prácticas beatíficas, que saben de memoria el catecismo y libros de oraciones; jovencitos cortos en medidas de aventuras, apenas iniciados en el abecé de los arrestos juveniles y que conservan esa timidez propia de los que se han calentado mucho entre las faldas de abundante tela con que fueron criados; mocitos robustos de los que crecieron sin el abrigo de esas faldas, hechos a vivir a sol y agua; ancianos más que devotos fanáticos y aún supersticiosos, que ni salen de casa, ni hacen negocios ni se casan los martes; rollizas mujeres de campo, de recia carne morena, con más hijos que cuentas en una de las «casas del rosario», y por último jóvenes pueblerinos que presumen de civilizados y que van al campo con pretexto de penitencia a servirse de ocasiones para sus planes de conquista, con quienes se avienen las viejas rezadoras poco avisadas en achaques de mundo, dejándolos contraer con sus hijas intimidades que no pocas veces paran en las mismas fronteras de lo prohibido.

Más que para alumbrarse, para no rezar sin los cirios, en recuerdo de las catacumbas, llevan las velas dentro de faroles prismáticos forrados de papel, con un color en cada cara, adheridos al extremo de un palo como de dos metros de largo.

Los hombres estrujados por el tiempo cubren su cabeza, al no poder llevar sombrero, con el pañuelo de madrás, amarrado a dos cantos.

Uno de ellos va delante del grupo con la cruz en alto, y luciendo su confusa voz de barítono, atemorada a veces, va al lado de la cruz el más circunspecto y rezador. Lleva en las manos el rosario de grandes cuentas de palo que heredó de algún tío que tuvo fama de virtuoso y ayudó a bien morir a mucha gente. Por entre la camisa desabotonada asoman los escapularios y medallas que lo libran de tentaciones. Es el que «lleva el tercio».

Por sobre su cabeza flamean los estandartes que siguen a la cruz, y de su boca mal poblada de dientes brotan, cascadas, las notas que reproduce el eco y cuya vieja melodía parece armonizada por la orquesta trasnochadora de los grillos.

Como en la ópera, todo es cantado: salve, avemarías, padrenuestros, gloriapátris, letanías y versos compuestos en alabanza de la Virgen. Es una larga serie de arias y coros que se suceden alternativamente entre el que lleva el tercio y los que responden. Lo único que no cantan es el Credo, acaso por no ser parte del Tercio de María, que rezan ordinariamente después de terminado aquél.

Como tres tercios componen el «Quince», o sea los quince misterios de María, origen del rosario, en cada una de estas procesiones se canta completa la mística oración del fundador de la orden de los dominicos.

Da gusto ver el entusiasmo con que esta sencilla gente eleva sus preces a lo alto al són de una

melodía de sabor típico, monótona y ramplona. Uno de los del grupo lleva una pequeña imagen de la Virgen, por lo común mal vestida, con alegre cara lustrosa y aire de muñeca antigua, que besuquean más de mil personas.

Las estaciones o descansos se hacen en los llamados calvarios, unos montículos de piedra y barro, remedo del Gólgota, en donde se elevan tres cruces adornadas con flores y encendidos papeles. Allí se detienen. La luz temblorosa de los farolillos, que la irreverencia de la brisa apaga a veces sofocando la elocuencia de los colores, dialoga con las estrellas, rosarios de la altura, y las luciérnagas unen a la de los cirios su trémula luz fosforescente. Es una triple solidaridad lumínica.

A poco se reanuda la marcha hasta llegar a otro calvario o a la puerta de una casa, en donde, al resplandor de un «jacho» de cuaba, que da tanta lumbre como humo, o de una lamparita de hojalata cuya trémula luz zarandea la brisa, se hacen nuevos descansos.

Los tenorios embozados van detrás, cerca de algunas mozas que con golpes de pecho pretenden compensar la indiscreción con que a veces prestan oídos al requiebro dicho cerca de la mantilla que defiende del rocío de la noche la gloria deseable de una cabeza rubia.

A las voces coreadas mézclase el ruido seco y monótono de la enagua almidonada, que hasta hace poco denominaban «sipón». Muchas van descalzas en señal de penitencia, cojeando entre

los duros terrones del camino, que dejó en actitud lastimadora el paso del animal sobre el pozo que formaron las últimas lluvias y que una vez secado dejó la tierra en forma de amenaza.

Y así prosiguen. hasta cerca de la media noche, hora en que todos se dispersan escurriéndose por veredas que rematan en bohíos cuyas cocinas despiden aún el olor de la batata asada que aguarda entre las cenizas calientes el retorno de los cantadores, mientras turba el silencio de la noche el ladrido de los perros al sentir pasos de gente por el camino solitario y grimoso, o los golpes de algún bebedor impenitente tocando, para que le abran, en la puerta de alguna pulpería, en busca de ron y de cigarros.

LA SINGULAR CORTESANIA CAMPESINA.

En punto a cortesanía nadie aventaja a nuestro hombre de campo. De niño gasta atenciones con vecinos y extraños, prestándose de buen grado a servirles, pues no bien balbuce palabras se le enseña a besar la mano a todos los mayores, a quienes dice «Sión», en ademán de arrodillarse. Y así le vemos antes de que le apunte el «bozo» y el requisito de la mayor edad decretar el ensanche del pantalón hasta el tobillo, bajar con ágil pie de su montura para asegurar la espuela de la dama a quien le hace compañía. un sábado temprano, camino de la ermita.

Si el freno ajusta mal y el bocado baila con ruido metálico entre los dientes del caballo, desciende del embozalado pollino y corrige el defecto. Y cuando la mujer no usa espuela sino vara para arrear la bestia, es él quien gana, de pie sobre el aparejo, la rama esquiva que le perfuma los dedos en pago del ultraje.

Sabe darle el pie con ágil mano diestra; ba-

ñarle el caballo en el cercano arroyo, y en los sitios pantanosos de la ruta, tomar la delantera para explorar el camino y ponerla a salvo de emergencia.

Y no es sólo a la dama a quien se le confiara su custodia, nuestro buen muchacho hace extensiva su cortesanía a todas las mujeres que en la ruta han menester de sus servicios, y a los hombres también, y lo hace con naturalidad, por virtud del propio hábito, dócil a una ley escrita en su sangre y publicada en el ejemplo que ve desde que nace.

El viento suave, acariciador de ramas, adulator y cortesano, gasta menos ceremonia con las flores silvestres que nuestro hidalgo rústico con las personas de su afecto, de preferencia si son damas.

En su casa se extrema en ser amable. Espere, preparado, la visita del amigo. Tan pronto lo ve llegar corre a su encuentro con franca risa de bondad, jubiloso ademán y aire simpático. Toma de la rienda el caballo, no permitiendo que el dueño lo ate a la rama del próximo árbol misericordiosamente sombrío. Para el observador consciente la mala sintaxis pasa disimulada entre la sinceridad de las palabras como una serpiente por entre flores.

A poco la buena mujer que estuvo balanceándose a golpe de pilón para moler el grano, llega de la cocina con sendas tazas de café que los amigos toman alternando sorbos con palabras. El humo del líquido aromático, espuela del pensa-

miento y cebo de la fantasía, llena el ambiente de incitante olor festivo.

El visitante gasta las ceremonias de rigor con la esposa de su amigo, sin omitir el elogio del café, que la buena mujer disimula con el desquite de que otras veces lo había hecho mejor, y agotados los cumplidos y el objeto de la visita, visitador y visitado salen al barrido patio en donde el buen potro enjaezado espera la hora de partir libertándose de moscas con la ancha cola batida a derecha e izquierda sobre las ancas rollizas y lustrosas.

Desata el primero el caballo, tira de la es-tribera opuesta al lado de montar para que el jinete gane fácilmente la montura, y por último se despiden con un fuerte apretón de manos que no cambiaríamos nosotros por los mejores ritos de la cortesanía aristocrática.

En los caminos su mayor placer es saludar a los pasantes y detenerse en todas las viviendas a estrechar la mano amiga, preguntando por todos los de casa, desde el abuelo hasta el último vástago de teta. La bestia de montura conoce esta costumbre de su amo y quien la monte que no sea su dueño se expone a ir al suelo mal de su grado cuando súbito tuerza ella el camino para ir a detenerse a la rústica puerta de un bohío.

Lo mismo se detendrá repentinamente a cada encuentro con un transeunte, por el hábito que hay en el campo, de detenerse y gastar cumplidos las personas, las que van con las que vienen.

Para los campesinos es costumbre ineludible saludar a todo el que encuentran en la ruta, sea o no conocido. La omisión de un saludo la toman por ofensa inexcusable, y no es extraño que quien incurra en la falta sufra la consecuencia de ella al cabo de algunos años, cuando le sea negado un servicio que esperaba recibir de la persona a quien un día, por descuido o ignorancia de esa costumbre, dejó de saludar en una encrucijada del camino.

Otra particularidad ofrece entre ellos el saludo: aunque en el trato amistoso se tuteen, cuando responden al «Cómo vamos», de costumbre, deben decir: «Muy bien y usted?», aunque sea muchacho el que salude, pues los chicos del campo se creen hombres desde que cumplen los siete años, a cuya edad no se desprenden el cigarro de la boca.

En algunos campos se extrema tanto el miramiento y la atención recíprocos entre los compadres, que a medida que éstos pronuncian el término «compadre» se descubren automáticamente, habiendo casos en que curiosos como nosotros han contado hasta ciento las veces que uno de estos fanáticos se ha quitado el sombrero, pues el empleo del vocativo es una rigurosa modalidad de su lenguaje.

Siempre gentil, la cortesía de nuestro hombre de campo está en todo tiempo a flor de oportunidad, brillando en sus gestos, en sus modales, en sus palabras. Si requiere el pago de una deuda retenida más de lo ordinario, disfraza hábil-

mente su temor de perder la acreencia, aparentando tener confianza en su deudor, dicho todo de tan fina manera, que desarma muchas veces la morosidad del tunante, el cual, herido en lo íntimo de su vanidad, se aventura a trazar un paréntesis de honor a su bribonería, respondiendo gentilmente a la demanda.

Despide amablemente a los enamorados de sus hijas cuando no le conviene aceptarlos en casa y esquivo ceremoniosamente todo trato con persona que le fuere antipática.

El dar la mano es prenda de indiscutible dón de sociabilidad. Si llega a un velorio, a una fiesta o a un matrimonio, da tantos apretones de manos como personas haya en la reunión, y cuando se despide repite la escena afectuosa sin omitir un solo sujeto. A la gente del pueblo, que no se allana a imitarlo, la tilda de orgullosa. «Fulano se le da mucho»—dice—y lo mira con recelo.

Es en extremo cortés con el peregrino que va a él en busca de informes para dar con alguna casa. Enseguida sale al camino y le traza el rumbo, y ve el favorecido, en aquel cuerpo quemado por el sol, un rostro amable, de suaves líneas bondadosas y ojos alegres como estrellas. Y si el viajero fatigado le pregunta si está próximo al lugar adonde se dirige, nunca lo desalienta con la declaración de que está lejos, antes bien lo reanima con esta tónica frase: «Es allí», a la manera que el maestro de escuela conforta el interés de sus alumnos diciéndoles: «Esto es fácil», aunque no lo sea.

Si es un extraviado que recurre a él en busca de un práctico para salir del sitio en donde se ha perdido, nuestro buen hombre abandona su trabajo y sale delante del desconocido, con la satisfacción del bien que hace, y no retorna hasta haberlo puesto en salvo.

Encanta todo esto. En ocasiones la cortesía se confunde con la hospitalidad: es cuando franquea la puerta a un extraño que no sabe quien es y lo recibe con vivas demostraciones de agrado. Quizás es un malévolo; pero lo juzga bueno y le sirve, ofreciéndole la taza de café, con asombro del viandante muchas veces, cuando es exótico e ignorante de las castumbres del país en donde no esperaba hallar corazones tan benévolos en los lugares más apartados y sombríos.

Con la cortesanía se defiende. Con ella triunfa en los negocios, en el trato humano, en el juego, en el amor. Con ella resuelve conflictos. Habla mal pero piensa bien lo que habla. Es ordinario y fino a la vez: ordinario como la tierra que trabaja, pero fino como el fruto que nace en esa tierra.

LAS ADIVINANZAS.

Las adivinanzas son uno de los rasgos que mejor perfilan el talento de nuestra gente menuda. A fuerza de ejercitar la imaginación en la busca de analogías para producir enigmas que han de ser descifrados con interés, ha adquirido expedición y soltura en el arte de relacionar ideas. Es bien curioso e interesante este juego imaginativo en el que se complacen tantas personas, muchas de las cuales han llegado a crear acertijos expresados con gracia y buen humor.

Persiste en nuestra memoria el cuadro de uno de esos velorios del campo, en los cuales, para pasar la noche, es necesario recurrir a medios festivos que conjuren el aburrimiento de la velada, bajo el rancho alumbrado con lamparitas de hojalata o en el patio a la claridad de la luna, testigo de tantas escenas criollas desarrolladas en el escenario de la noche.

Pintemos ese cuadro para destacar la original costumbre. Uno de los trasnochadores ha

dicho: «Fuí ai monte, vocié, vocié, vine a mi casa y me arrinconé». «¡La jacha!», profiere una linda boquita que perdió su olor a rosa con la parda grosería de un cigarro, y luego escupe con ruido y se enfrenta a todos con esta de su repertorio:

Adivínenme eta cosa
que parece caballá,
ei cueipo se come crú
y la cabecita asá.

Hay un momento de vacilación. Todos se miran unos a otros hasta que una voz enérgica rompe el silencio: «¡Ei cajuí!» Bien lo sabía el adivinador, que tantas camisas de listado azul manchó sorbiendo el jugo del cajuil, y asó tantas semillas del sabroso fruto, recogidas por cajones enteros debajo de la mata o ganadas a sus compañeros de travesuras jugando a «pares o nones».

Habla otro de los del grupo. Es un enamorado. Mientras la causa de su tolerable locura —una preciosidad que hay en la salita de oraciones—acompaña a la mejor rezadora del lugar, suelta en el corro ésta que overa de boca de su tío:

«Blanca como la leche,
negra como ei café,
habla y no tiene boca,
anda y no tiene pie».

Hay una breve pausa interrumpida por una larga serie de incoherencias hasta que todos, picados de curiosidad, se han atrevido a decir: «No damo poi vencío». «¡La caita!», dice con aire de

- satisfacción el enamorado, que por cierto lleva una en el seno, olorosa a pachulí, para entregarla a la reina de su corazón.

En esto llega siñó Juan, el más típico hacedor de adivinanzas, que las inventa con la misma facilidad con que amuela un cuchillo o canta una décima criolla, y propone la siguiente:

«Dio con sei Dio no lo tuvo
y un hombre a Dio se lo dió,
y con Dio no habeilo jecho
sin ei no me quiere Dio».

Esta sí que es profunda. Nadie chista. «Repítala»—se atreven a insinuarle.—El viejo reanuda la cuarteta y el silencio se impone de nuevo hasta que un osado, un listo, experto en descifrar acertijos, prorrumpe victorioso: «¡Ei bautimo!».

La reunión se ha hecho muy interesante. Cada uno se empeña por lanzar la suya. La misma niña adorable que momentos antes encantara con su adivinanza del cajuil, trajo al corro una nueva:

«Fuí ai monte, coité un palito,
vine a mi casa, ¡a bailai se ha dicho!»

Es muy vieja y todos han respondido a la vez: «¡La ecoba!». Y en efecto, libre del palo que la aprisiona, con su talle alto y la ancha falda de flecos que hacen un ruido semejante al de una enagua almidonada, la escoba da la sensación perfecta de una dama antigua, coqueta y baila-

dora, que sale muy de mañana a danzar en el patio levantando polvo con la falda.

De entre el grupo surge esta otra que pone muy en alto la ingeniosidad campesina:

«Mientras tuve tripa
no sabía comei,
cuando me la sacaron
aprendí a bebei.»

¡Admirable! El pensamiento va de objeto en objeto, buscando, para deshacerlo, el nudo de aquellos intrincados lazos, hasta que uno de los adivinadores exclama con aire de triunfo: «¡Ei calabazo!» Estaba descifrada.

Y ahora una pausa, la del «sancocho», que dará nuevos y poderosos motivos para continuar la velada, espoleando la imaginación que pide este incentivo para seguir la interrumpida serie de adivinanzas.

Tras el último sorbo del típico plato, han proseguido la interrumpida serie. La nueva tanda va a ser deliciosa. Hay fuerzas para amanecer «de claro en claro». El muerto no se irá de donde está y hay pan, café y cigarros suficientes para desafiar la noche entera...Y viene la adivinanza del coco:

«Mandé un muchacho a un mandao y primero vino ei mandao que ei muchacho»; y la del «guanimo»: «Un preso amarrao, depué de sueito e que se ve atariao»; y la de la espina: «Sin andaila bucando la encontré, y cuando la encontré me puse a bucaila»; y la de la piedra de amo-

lar, «que da lo que no tiene», porque sin tener filo se lo da al machete.

¡Encantadora noche, a pesar del desencanto de la familia del difunto! Hay impresiones que duran largo tiempo y que a veces persisten por toda una larga vida. No podemos olvidar la linda boquita que de manera tan dulce profería sus adivinanzas. Aun nos parece oírla cuando dijo:

«Dos heimana complaciente
metidas, en un compá,
con la pierna para adelante
y lo sojo para atrás».

y que no es otra cosa sino las tijeras, que ninguno de los del grupo pudo adivinar; y recordamos igualmente cuando lanzó esta otra, tan original como la anterior:

«Quien lo jace no lo usa,
quien lo usa no lo ve,
quien lo ve no lo desca
poi ma bonito que eté».

O bien esta otra, muy pintoresca:

«Una caice muy ocura
ceicada de blanca piedra,
la jizo Dio con su mano
y dejó una mujei presa».

Es la lengua, y aunque la adivinanza es ingeniosa, decía uno que no la admitía, porque no pueden hallarse presas en ningún caso, ni la mujer como lengua, ni la lengua de la mujer.

Ninguno como aquella niña para decir adivinanzas. Prefiere las que están en verso, porque le saben mejor. El verso las sazona, les da un gracejo que nunca adquieren con la burda prosa, y así ella es quien domina en todas las diversiones a que asiste. De sus labios brotaron también estas otras, que merecen recordarlas: la de la mesa, expresada en la siguiente redondilla:

«En ei monte fuí nacida,
cubieita de veide rama,
pero ahora soy señora
nacida de mis entraña».

y la de la sombra, que encierra mucho talento y originalidad:

«Una dama entró aquí,
un galán entró con ella,
ni se ha dío ni etá aquí,
¿qué se jizo esa doncella?»

Así transcurrió aquella noche, entre rezos y adivinanzas, el dolor explotado por el placer, mas no el placer que se nutre de motivos de color de rosa, sino el placer sano, porque esta vez no había junto a la gravedad de la escena mortuoria el célebre hacedor de cuentos picarescos.

Todo fué oración, comelona y adivinanzas, y de éstas muchas, desde las más simples y bobas que escuchábamos de niños, hasta las más reveladoras del talento de nuestra buena gente criolla, y que son, como ya dijimos, uno de los rasgos más salientes de la psicología popular.

EL CAMPESINO ASTRONOMO.

No podíamos dejar pasar inadvertida, en esta serie de trazos sobre las costumbres de la amada tierra, el modo de obrar de nuestros campesinos en la predicción de los fenómenos celestes que influyen en sus labranzas.

Es de lo más curioso el estudio de los medios de que se sirve el campesino para predecir los meses de lluvia y los de seca. El procedimiento adoptado para este género de predicciones es el llamado Cabañuelas, que aquí difiere del usado por el vulgo de otros países, pues la observación de las variaciones atmosféricas no se hace en los veinticuatro primeros días de agosto o de septiembre para «pronosticar el tiempo que ha de hacer en cada mes del año siguiente», sino en los veinticuatro primeros días de enero, que dividen en dos cabañuelas, la grande y la pequeña, para conjeturar el tiempo correspondiente a cada mes del año en que se hacen las observaciones.

Observados los doce primeros días de enero, cuyos números de orden corresponden a los de

cada mes, el estado atmosférico de esos días será el que predominará en los meses que cada uno de ellos representa, de manera que si llueve el cuatro y hay ventarrones el cinco, esperan lluvias en abril y ciclones en mayo.

La comprobación de este cálculo se hace con la «pequeña cabañuela», que consiste en observar si los días de lluvia o seca de la «cabañuela grande» se repiten en la «cabañuela pequeña». Si no hay correspondencia queda en pie la duda. Esta segunda «cabañuela» comprende los días siguientes a la primera, o sea del 13 al 24 del ya referido mes.

En todos los países el hombre de campo hace observaciones que le conducen a determinar, con más o menos precisión, los cambios atmosféricos, de los cuales se aprovecharon en la antigüedad el sabio Plinio, el agrónomo Paladio y otras celebridades antiguas para dar reglas empíricas sobre la predicción del tiempo.

Como el procedimiento ya descrito lo utilizan nuestros campesinos para saber qué meses serán lluviosos o secos y cuáles tormentosos, queda en pie la dificultad para precisar en qué días de esos meses ocurrirán los meteoros que se esperan. Para esto se sirven de observaciones que hacen sobre el aspecto del cielo y en los animales y plantas.

Tienen diferentes barómetros. Uno de ellos es el cuerpo resentido de achaques reumáticos, en el que influye la presión del vapor acuoso, una de las causas de la lluvia, y de idéntica manera

los callos y los huesos que han padecido rotura, demasiado sensibles a esta presión.

Hace también las veces de barómetro la lombriz de tierra, cuando en época de sequía está fuera de su cueva, reptando sobre el blando limo que ha extraído del interior del suelo durante la noche. Tal fenómeno es tenido como señal de próxima lluvia.

Si en tiempo seco el agua de los ríos sube varias pulgadas en la barranca de las márgenes, la lluvia no dilata. Si durante el mismo tiempo el río «ronca» mucho de noche, el agua está para caer. El observador rural no tiene que saber que la atmósfera sobrecargada de humedad favorece la trasmisión del sonido: le basta con saber que el mayor ruido de los rápidos es indicio de próxima lluvia.

También suelen escuchar en determinadas horas de la noche el ruido de las puertas de tranca en los predios vecinos, que sólo puede escucharse dentro de ciertas condiciones atmosféricas, precursoras de tiempo lluvioso, o el ladrido de un perro situado a gran distancia del sitio en donde se percibe.

Observan, asimismo, que mientras cae mucho sereno persiste la terquedad de la sequía. Si la luna nueva muestra hacia arriba la plata de sus cuernos, se prolongará la indiferencia de las nubes, y si los cuernos miran al sur, sobrevendrán caricias de buen tiempo.

Otro indicio de lluvia es el vuelo demasiado bajo de la golondrina; la subitánea aparición de

hormigas de alas sin haber condensación; la presencia de cúmulus en el ocaso del sol, después de haber aparecido éstos en el orto; las neblinas cuando ha salido el sol y que pronostican sequía cuando le preceden, y otras muchas cosas más que se escapan a nuestra memoria.

Hace las veces de higrómetro el «coco de la sal», el cabello y el pelo de algunos animales en los cuales observan ellos el efecto de la humedad atmosférica.

Pero de lo más curioso e interesante que en este orden de ideas se ofrece a la consideración del que gusta de estas costumbres, es la observación que del canto del gallo ha hecho nuestro rústico habitante. Estando nosotros en el campo, huéspedes de una plácida vivienda, en donde brillaba la conformidad, nos dijo sonriendo el dueño de la casa: «Anoche, cuando cantaron por primera vez el gallo, ya yo había echado un sueño». Aquello, que parecía una broma, una humorada, contenía una incuestionable verdad de observación: los gallos no cantan de la misma manera en todo el curso de la noche. A medida que va perfilándose la madrugada, van siendo más dulces las notas del clarín emplumado, más llenas y más alegres. La proximidad del día va comunicándoles nuevos encantadores matices de expresión. Esto lo sabe el campesino, y más aun si es gallero, y quien no esté en los secretos de semejante observación no podrá explicarse cómo el dueño de la rústica vivienda donde hallamos una vez cariñosa hospitalidad pudo decirnos que

había echado dos sueños cuando rompió la primera clarinada galleril.

De noche, no sólo saben orientarse en el mar de la sombra por la luminosa brújula estelar, la estrella polar, sino que precisan las horas de la noche con una exactitud maravillosa, guiados por la observación de las estrellas.

Cuando viajan en días lluviosos la palma les sirve como instrumento de orientación, observando la inclinación del cogollo, invariablemente al este.

Si en época de sembrar frijoles, el sol «anda con la que brillan», frase que designa la conjunción del sol con las Cabrillas, se abstienen de sembrarlos, porque la cosecha se malogra.

Si llueve en luna nueva lloverá igualmente en los demás cambios del satélite.

Así, pronosticando el tiempo por el conocimiento empírico de las leyes naturales, nuestro hombre de campo, a semejanza de los pastores caldeos, egipcios, griegos y romanos, estudia en el libro abierto de los astros, conoce el lenguaje de las nubes y la voz de los vientos, y dirá siempre, con las pupilas dilatadas en la visión de las alturas: «Seña en ei cielo, novedá en la tierra».

LOS JURAMENTOS.

Es difícil apreciar tanto el carácter de un hombre como de un pueblo, si no se conocen todas sus costumbres.

El hábito de acreditar la palabra con el juramento, común a todos los países, reviste entre nosotros ciertas particularidades que imprimen valor original a esta costumbre. Es de lo más respetado, por el campesino sobre todo, para quien el juramento es un culto que rara vez profana.

Es bien curioso: no es grave falta hablar una mentira, lo grave es jurar en vano para sostenerla. Así, los tenidos por embusteros no pueden afirmar o negar lo que dicen si no lo acreditan con el juramento.

«Poi la salú de mi jijo»—dice uno al advertir en los semblantes de sus contertulios las señales de la desconfianza—. «Poi la ceniza de mi taita»—exclama otro frente a la duda de sus compañeros—. «Poi toas estas!»—dice un tercero entrelazando sus manos para formar cruces con los dedos, besándolos en señal de reverencia.

«¡Qué no amanca yo vivo con tai que así no sea!»—se atreve a proferir otro, convencido del valor que va a tener con eso su relato—y así logran interesar la atención de los demás hacia lo que dicen, haciéndose escuchar con interés.

Si procede de labios de mentirosos la relación de un hecho que se ignora, al conocer la procedencia del informe los interesados suelen preguntar: ¿Y lo juró? Si la respuesta es negativa, el rechazo es inevitable.

Harto común es oírle decir a mucha gente cuando duda de las hazañas relatadas por alguno: «A que no lo jura?» Si la verdad anda mal parada en la relación, el aludido responderá en estos o parecidos términos: «Mire uté, que siempre tiene uno que tai jurando to lo que dice». Al decir esto, «ya enseñó la punta»—le responden—y tiene que callarse.

La trascendencia del juramento estriba en la convicción profunda que se tiene, de que el perjurio conlleva, inevitablemente, la desgracia del que incurre en él. Así, el que jura por la vida de su madre que es cierto lo que dice, verá la muerte de ella si profana la verdad.

Es imponente y grave el juramento en que se compromete la suerte de la familia. Vacilaría mucho antes de jurar en vano el que lo hace por la salud, el bienestar y el honor de su familia. Su profunda sumisión a la dignidad del juramento le veda echar carga tan pesada a su conciencia. Prefiere delatarse a sí propio antes que ver cumplida en uno de los suyos la desgracia provocada por

un acto de cobardía criminal, como lo sería la comisión del perjurio en circunstancias tan odiosas.

Para todo hay juramentos. Los emplea el que se rinde al impulso ciego de la pasión: si ama, si odia, si juega, si trafica con la política, si cae en la tentación de una venganza; si lo exalta la fe o lo deslumbra el patriotismo. Aun el más aferrado a la sumisión a la verdad jura a veces, no para acreditar su palabra, que no lo necesita, sino para comprometerse a consumir un sacrificio.

Pero hay juramentos mudos, de una solemnidad dramática terrible. Si el deudo de una víctima de asesinato toma en sus propias manos el arma que sirvió para consumir el hecho, se obliga a vengar el crimen con la misma arma. Desde ese momento su vida entra en franca simpatía con la tragedia.

Conocida es en esta ciudad la historia de un gallero de oficio a quien le arrimaron un palo en la cabeza privándolo por algunas horas. Repuesto de su aturdimiento recogió el palo del suelo y desapareció del lugar. Al año siguiente, en la misma fecha y en la misma gallera le propinó a su ofensor un tremendo garrotazo y luego, con aire de satisfacción y de orgullo, arrojó el instrumento de su venganza a los pies de su víctima, y como si tratara de completar con una frase la elocuencia muda de su obra, se atrevió a decirle: «Y coja su garrote»!

La vida amorosa del pueblo está llena de las más curiosas y originales formas de juramentos. En el campo, el enamorado teme no ser creído

por la dama de sus sueños y le hace protestas de fidelidad con décimas como éstas:

Te juro poi esa lu
y pongo a Dio poi tetigo
que me he de casai contigo
si me correponde tú;
doblao como ei bambú
me verá siempre a tu pie,
te juro poi San José
que otra pa mí no ha nació,
y si tu quiere, amoi mío,
contigo me casaré..

Te juro todavía má,
poi todo lo que yo quiero,
poi mi mamá que venero,
poi mi querido papá,
poi mi agüelo que me dá
dinero pa que trabaje,
poi ete nombre que traje
ai mundo cuando nací,
que en diciéndome que sí
me mando a jasei ei traje.

Y la enamorada virgen campesina sabe también, cuando ha dado su amor al elegido de su alma, jurarle que lo quiere. Mientras sus labios no se abran como botón de rosa para dar el perfume del juramento, el amante temerá caer en las frialdades del olvido. Entonces ella le dirá:

Poi ese soi que etá alumbrando,
poi ese Dio que me etá viendo,
que como tú me siga amando
te seguiré siempre queriendo.

EL GOMADREO O EL HABITO DE HABLAR

MUGHO.

La mayor parte de nuestra buena gente de campo desconoce el valor del tiempo y de ahí el hábito muy arraigado de gastar una o dos horas para tratar un asunto baladí que no requiere sino la brevedad de un minuto para ser resuelto.

Los que tienen a su cargo oficinas públicas en donde se trabaja mucho, están continuamente expuestos a sufrir la plaga de cuantos no hacen sino volverse lenguas para hacer una consulta, solicitar un servicio, elevar una instancia o someter un caso que exige oportuna solución. No tienen idea del perjuicio que ocasionan con esta manía agotadora de paciencia. Es su privativa manera de conducirse en el trato humano y en esto no hay afectación sino naturalidad. Hacen lo que han visto hacer a sus mayores.

Si van a vender el tabaco, comienzan por

decir que no tenían postura pero que la debieron a la bondad de un compadre suyo. Aquí se inicia la historia de su cosecha. Enseguida, que le cayó el gusano «Siete de oro», llamado así porque produce en la hoja del fruto manchas amarillas semejantes al naipe de ese nombre.

Agregan que tuvieron que gastar mucho en el rancho y en la «cojida» del tabaco. Si durante la siembra hubo granizadas, no omiten el dato; si vientos que abatieron muchas plantaciones, tampoco; y así, cuando vienen a concretarse a la venta, ya el comprador se halla aburrido bajo el peso de un largo discurso a manera de prólogo de la operación comercial.

Si se trata de la venta de un caballo, sale al escenario oratorio la relación completa de la historia del bruto. Forzoso es decir que es hijo de la «betia» mora o haya del tío, y del caballo «rusillo» del compadre predilecto. «Le pagué a un montador,—dicen—pa que lo amansara; e naturai, pica bien, no se tranca, ni se resite. No maca freno, ni recula, ni tropieza ni se pisa lo pie». A todo esto hay que agregar las veces que anduvo con bestias cuando era «entero», los hijos que tuvo cuando fué encastado y una larga serie de pormenores que bastan para aburrir al más valiente imitador de las virtudes de Job.

Hace poco observamos, en el taller de una modista, el caso de una campesina interesada en la hechura de un vestido para servir de madrina en un bautismo. Comenzó por explicar lo que deseaba y a cada nuevo párrafo exclamaba: ¿Tú entiende como e? Quiso la modista abreviar el

discurso y trajo un figurín, pero la parroquiana le interrumpió diciéndole: «No quiero que me cosan poi lámina; yo he venío a que me jagan una faida y una chaqueta».

Era una de esas virtuosas mujeres del campo, rezadoras consuetudinarias, rebeldes a las modas que dicen ser inventadas por el diablo para conquistar almas, y que mantienen su habitual manera de vestir porque, según una expresión muy usual, «la que etá pendiente de mucha arandela no etá rezando y la que va muy empeichá a la iglesia tiene do pecao encima: ei que ella buca y ei que le jace cometei a la dei lao, que no rezará viendo la prironá de la otra».

El vestido lo quiere «que no le quede ni ancho, ni estrecho, ni largo, ni corto, sino ai cueipo». La chaqueta, de manga laiga, y poco rebajá», y la faida, con arandela y hasta «la batata de la pieina». Lo tratan a todo costo, y cuando cree la modista que no hay que agregar una palabra más a lo ya convenido, la buena mujer profiere: «Uté me le pone ei jilo, lo botone, un vivito y lo demás», y hace una regresión a todo lo hablado y convenido, animándolo de nuevo, hasta que la modista, avesada al trato con gente de esta calaña, se vuelve a las demás que la esperan y deja a la mujer plantada en su discurso, «con la palabra en la boca», según expresión corriente.

Esta costumbre no es sólo del campo sino del pueblo; pero es en el campo en donde adquiere principalmente el sello particular que la perfila y por eso nos limitamos a este aspecto de su colorido.

Como hablan, gesticulan. A la abundancia de términos corresponde la abundancia de gestos. Copiosa labia y exagerada mímica. No conformes con la acción a distancia, se acercan al oyente hasta tenerlo al alcance de las manos y así, en la viveza de un relato, no sólo le tocan por las piernas, si hablan sentados, o por los hombros, si parados, sino por el vestido, dándose el caso de desprenderle hasta los botones, muchas veces, cuando se trata de hacer un cuento «a lo vivo».

Hablan mucho porque son sanos y viven conformes con su suerte; porque tienen el optimismo de la naturaleza fecunda, la alegría del campo verde en donde habitan, en el que cada arroyo es como una boca reída eternamente.

Amparados en la irresponsabilidad de su incultura, irresponsabilidad gramatical incompatible con toda preocupación de forma, dicen cuanto les viene a la mente, sin que la libertad de expresión los lleve a exteriorizar lo que pueda comprometerlos o perjudicarlos.

En política hablan mucho, pero todo lo dicen por rodeos, concedores de que una opinión imprudente puede traerles disgustos; y en cuestiones de justicia, al ser requeridos como testigos de un hecho de sangre, hablan demasiado pero niegan haber visto lo que vieron y oído lo que oyeron. Estaban en el lugar del hecho pero ocupados en otra cosa mientras éste corría. Oyeron la discusión sin «asuntar». Vieron la víctima en el suelo, mas no la vieron caer. Y to-

do porque piensan que el declarar en contra de una familia es «echársela de enemiga», y el que mora en el campo debe estar bien con todos. De ahí lo cariñosos que son. Como el exceso de hojas es la mejor protesta de robustez y gallardía en el árbol, inspirador de la sana placidez de los campos, el hablar mucho es la mejor protesta-ción de fecundidad en el cariño.

TERAPEUTIGA POPULAR.

La costumbre de dar remedios es una de las cualidades más salientes de la psicología popular. Todos dan remedios y hay remedios para todo. No sabemos si es de origen español o de factura criolla este pareado:

«De médico, de poeta y de loco
todos tenemos un poco»

que con frecuencia empleamos para significar lo dados que somos a las recetas y a las rimas. No hay achaque de salud que no halle a tiempo su fórmula de curación gratuita como no hay manifestaciones de afecto que no encuentren adecuada expresión en algunos renglones medidos y rimados.

La idea de específico la expresa el vulgo con estas frases: «Es lo único», «Es un cuchillo», y cuando no bastan los recursos de la medicina casera, se apela al curandero o al médico. Por lo general nuestra sencilla gente, tanto la del

pueblo como la del campo, tiene más confianza en su terapéutica de barrio o de sabana que en la ciencia médica. Afortunadamente, han desaparecido muchos remedios sucios y repugnantes, tales como la orina, que hasta hace poco fué la panacea contra todas las enfermedades, pues era tanto de uso interno como externo, y así se tomaba para catarros, indigestiones y otras dolencias, y se aplicaba exteriormente en las llamadas «fletaciones» o fricciones en la piel, desde la cabeza hasta los pies.

Casi todo el valor farmacológico vulgar reside en la superstición y en las «plantas de la tierra», expresión pleonástica muy en boga entre los campesinos. Así, para la curación de la eripela es de uso corriente apresar un sapo y frotar con él varias veces la parte afectada, después de lo cual se cuelga de la rama de un árbol en la confianza de que el mal irá cediendo a medida que el animal vaya desecándose.

Contra el raquitismo es práctica conocida hacer un hoyo en tierra para introducir en él la criatura, después de friccionarle las articulaciones con manteca de culebra. El niño permanece en el hoyo, bajo la ira solar que afirma el lustre de la grasa sobre el flácido cuerpecito, hasta que el sudor le bañe la piel que el astro del día enrojeció como un tomate.

Contra la hernia umbilical se hace en un tronco de almácigo una abertura igual al diámetro del ombligo, en la que se introduce dicho órgano y con ese tratamiento dicen muchos curar la enfermedad.

Para la disentería se prepara un menjurje con semilla de aguacate y jugo de cajuil, dos astringentes poderosos, y se toma a grandes dosis.

Las fiebres malignas son atacadas partiendo por mitad un pollo vivo y poniendo plantillas al enfermo. Si la carne del pollo ennegrece es señal de muerte segura.

Contra el llamado «mal de orina» se usan varios diuréticos tales como el agua del coco, infusiones de raíz de «guasí», de «barba de maiz», de hoja de patilla y de hoja de «bruja» o «tope»; pero el más activo de todos es la «tisana de grillo». Con este remedio, «Ni el río»—dicen—ponderando su eficacia.

Cuando el enfermo pierde el habla se le aplica estiércol de paloma en la garganta. Contra la picadura del «cien pie» se emplea la sustancia del mismo arácnido, conservado en aguardiente, con lo cual sigue la gente la máxima de la medicina clásica: «*Similia similibus curantur*» (los semejantes se curan con los semejantes). Así contra el ardor de las quemaduras el remedio es acercar al fuego la parte abrasada, porque, como se acostumbra decir: «un clavo saca a otro clavo».

Contra el orzuelo lo más usual es aplicar al ojo enfermo el rabo de un gato negro o un anillo calentado previamente al roce con la mano.

Los niños graciosos se hallan expuestos a ser aojados y para evitar el «mal de ojo» se emplea un azabache, que los pequeñuelos usan en la cadenita o ceñido al brazo.

Las paridas que dan poca leche toman el té de hoja de ramón, y contra el ahogúo nada hay como el cigarrillo de la flor «de cornicopio».

Los quebrantos del estómago tienen en el campo una terminología especial: «ajilibrio», es debilidad; «jberbedero», malestar producido por la acidez en el estómago; «relajo», empacho gástrico; y «ajito pelú» es el nombre de la dispepsia. Contra todas estas enfermedades se usan dos hojas de tabaco puestas en cruz sobre el vientre, la infusión de orégano, la «flor de sabana» o excremento de perro, seco, y la mar de brebajes.

Todo dolor difícil de localizar lo denominan «viento con sangre»; «cuerpo cortao» es el malestar precursor de la fiebre, o la destemplanza que su efecto produce. Contra la fiebre se emplea con éxito el té de la raíz de limón, el de borraja, excelente como sudorífico, las «fletaciones» de zábila y un sin número de remedios.

El encerramiento por muchos días es una de las prescripciones más usuales, así como la suspensión del baño, que en los casos de grippe debe ser una cuarentena rigurosa ya que el «sucio no mata» y «la cáscara guarda el palo».

Y vayamos a lo más interesante: el ensalmo. Son muchas las enfermedades cuyo tratamiento se practica de ese modo. El ensalmo contra el reumatismo se opera frotándole al paciente la parte adolorida en tanto se pronuncian, repetidas veces, las siguientes palabras en verso:

«Yo le debo a la mujei de Prieto,
su mujei me debe a mí,

yo aprieto a la mujei de Prieto
y Prieto me aprieta a mí».

Hay otro ensalmo muy curioso contra la pesadilla.

«San Baitolomé me dijo
que duimiera y depeitara,
que la pesadilla tiene
una mano agujeriada».

Esto se dice a manera de oración al acostarse y es un preventivo magnífico contra la angustia de los sueños pesados.

Pero el más célebre de todos los ensalmos, es el que se aplica a las mujeres que sufren de «insulto» o ataque de nervios. Mientras la «insultada» es presa de las más violentas convulsiones se le coloca un peine dentro del seno y se le dicen al oído estas palabras: «Recuerda que hay Dios, que hay Hijo, y que hay Espíritu Santo», que serán eficaces si el paciente las ignora; y si se sospecha que el ataque es simulado, como sucede con frecuencia bajo el influjo de los celos, se le dicen quedamente al oído ciertas palabras y es lo suficiente para que la enferma se reponga, apresurándose a ordenar su vestido para poner a raya la indiscreción de los curiosos.

Como es natural los ensalmos producen casi siempre la curación deseada porque obran directamente sobre la fe de las personas, de la misma manera que la auto-sugestión consciente del Dr. Cue produce maravillosos resultados.

Podríamos extendernos mostrando, a título

de curiosidad, los diferentes tratamientos seguidos contra todas las enfermedades; pero tal labor sería obra de muchas páginas impresas y nuestro objeto no es agotar toda la farmacopea popular sino trazar las líneas generales de ella, empeñados en hacer, con fidelidad de expresión colorista, la pintura original de esa costumbre.

LA LAVANDERA GRIOLLA.

No es el mismo en todas partes el hábito de lavar ropa. La lavandera criolla es un tipo de obrera digno de que se le dedique una página especial en esta serie de trabajos encaminados a poner de relieve las costumbres típicas dominicanas.

Este oficio propio de la mujer fuerte educada en el hábito de luchar contra la miseria, tiene para los que observan la parte bella y noble de las cosas, un interés moral que conmueve.

El cuadro de una lavandera es admirable: ella tiene un sello de conformidad y de resignación que la hace atrayente. Conaturalizada con las espinas del camino, tan familiares a su piedescalzo, no siente la ira solar reflejada en los guijarros de la playa, ni le aqueja el tormento de la lluvia, soportada a plomo sobre su cuerpo, camino del río, con el lío de ropa en la cabeza.

Los primeros rayos del sol sorpréndenla casi siempre bajando la cuesta al pie de la cual pasa

hilando alburas la corriente. Lleva entre el lío de ropa las «bricas» de jabón de pino, de blanda pasta de oro, el palo de «cuaba», inflamable y aromático, los cuadritos de azul para acentuar el blanco mate de la ropa, y el cántaro de lavar, destinado a hervir las piezas de vestido contra la rebeldía de las manchas de polvo.

Y va contenta, saboreando un «cabo» después de varios sorbos de café viejo, colado por ella misma en la añeja cocina enlutada de hollín por cuyas rendijas tapiadas de encajes de araña, dibuja el sol figuras de oro cambiantes y grotescas.

Ya en el río desnúdase y en vez de cubrir todo el bajo vientre y parte de los muslos con la tradicional pampanilla, vela sus muslos con la honesta camisa consentidora del agasajo libre de los vientos.

La primera ropa que lava es la que llevó puesta, para regresar con ella limpia. En las tres piedras del fogón, condenadas a eterno luto, en donde acumula la mejor leña para la actividad del fuego, asienta el cántaro de lavar destinado a hervir la ropa.

Lo primero que hace es mojar las piezas sin jabón, para reblandecerlas. Seguido «le da el primer ojo», o primera enjabonadura, en la ancha batea de almácigo, blanqueada por el continuo roce. En la restregadura mezcla el jabón con «mata gallina», «cundiamor» y otras hierbas aromáticas que imparten un color cetrino a la espuma que rebasa los bordes de la batea.

Luego, doblada hacia la piedra de lavar mantenida en forma de plano inclinado sobre el soporte de otras piedras, golpea la ropa para libertar la mugre, en un vaivén continuo, acompasado y rítmico, o bien con la paleta, utensilio de madera, cuadrado u ovalado, provisto de mango, que nos embelesaba cuando de niños extrañábamos desde la orilla opuesta, sin saber la causa, que el ruido producido no llegaba a nosotros sino mucho después de haber observado el golpe del instrumento en la ropa tendida sobre la cara oblicua de la piedra.

Encantadora edad aquella, en que no nos explicábamos tampoco por qué se multiplicaba a lo lejos el ruido de la paleta y nuestro grito en las dulces horas que transcurríamos en el líquido, zabullendo y partiendo el agua con las piernas lanzadas con violencia sobre la superficie del río a tiempo en que brotaba del herido cristal, como vidrios rotos, la golpeada linfa que el sol arcoirizaba por un instante en el aire. A esto le llamamos «panqueo» y era divertido, y placentero, y hermoso, echarnos a la corriente y embestirnos a pancada limpia con estridencias que ponían espanto en las garzas que al oírnos abrían con tardo vuelo sus alas eucarísticas para ir a situarse en otro punto de la playa en acecho de una joya escamosa.

Después, á la maltratada ropa «le da el segundo ojo», la hierva en seguida, y si con esto no blanquea lo suficiente para terminar la operación, la «playea» sobre los guijarros de la orilla, impregnada de jabón, hasta que, libre ya de im-

purezas, la enjuaga para azulearla y tenderla entonces sobre la verde maya o el empedrado natural que se tiende entre blandos encajes de juncos, de cañas y de helechos.

En la operación de hervir la ropa se sirve de un palo con el cual remueve las piezas dentro del cántaro. En las brasas, que armonizan con el dorado «cundeamor», golosina de ruisseños, con que se regalan los chicuelos, se cuece la batata y es asado el arenque.

No es una sola la que pone a la vera del río su nota de trabajo. Son muchas amigas y comadres del mismo oficio. Tienen un lavadero común y conservan, sin que nadie las toque, sus respectivas piedras de lavar. Están todas juntas y mientras lavan gastan su buen humor en hablar mal de las señoras a quienes les sirven y cuya vida tiene a veces lados flacos por donde pueden introducir la tijera de la maledicencia y cortar de lo lindo en la tela complicada de la reputación.

Algunas ponderan la tacañería de su «marchanta», que siendo tan rica le regatea un centavo al precio de la docena de ropa, y si por desgracia chamuscan alguna pieza o algún burro le come un corpiño en la maya en donde lo han tendido, tienen que reparar el daño.

Todo lo saben y lo dicen. El río es testigo del relato de todo lo que ocurre en el orden privado. Diríase que quieren, no sólo redimir de impurezas la ropa, sino lavar también las vidas ajenas en el agua viva de su lengua implacable.

Esto es un desquite por la eterna humillación en que viven, soportando el peso de su inferioridad social.

Otras veces cantan la vieja copla que aprendieron de niñas:

María taba lavando,
 en lo romero tendiendo,
 los angelito jugando
 y ei río siempre corriendo.

Y no miente la copla, porque casi siempre esta heroica mujer es madre de muchos hijos y se lleva al río los menores, los cuales pasan las horas dentro del agua, pescando camarones debajo de las piedras o jugando «zamos», el fruto de una leguminosa de frágil corteza de color pardo oscuro, que sobrenada en el líquido y les sirve de «gallo» para divertirse haciendo apuestas, o bien recogiendo por vía de selección los pintados gujarros para el «juego de chinas».

La necesidad de ganarse la vida (pues muchas de ellas mantienen a los hombres con quienes viven), la obliga a ir al río en los últimos meses del embarazo, y no pocas veces han tenido que deponer sobre un lecho de hojas a manera de cuna, el nuevo fruto de su amor.

Y cuando haya transcurrido la cuarentena sistemática que sigue al alumbramiento, la buena mujer volverá a lavar, con un peso más sobre sus hombros, débil y pálida aún, con el niño a la sombra de un árbol, sobre un «yaguasí» que hubo de la misericordia de una palma, educán-

dolo desde temprano en la dura escuela del sufrimiento.

Y cuando los gritos del inocente se mezclan al coro de la naturaleza, la pobre mujer, sin tiempo para acariciarlo, le cantará desde la orilla:

Duéímete niño chiquito
que tu madre no tá aquí,
ella tá en la cocina
haciéndote un «aguajío».

EL GARGADOR DE AGUA.

Por más que el Acueducto haya reaccionado contra la costumbre de vender agua en burros, que fué, hasta hace poco, una de las más típicas, especialmente en Santiago, donde alcanzó su más firme colorido, persiste con bastante fuerza de emoción el cuadro del muchacho vendedor de agua.

Hoy hay pocos de este oficio. Apenas se oye, como ayer, su canturreo por las calles de la ciudad a tiempo en que salíamos a su encuentro, ya fregada la tinaja con hojas de guayabo o estropajo de guano, en espera del chorro misericordioso.

Desde la madrugada, confundido su canto con el de los serenos, solíamos escucharlo, vociferando mejor que cantando su alegre tonada callejera:

Machantico llevo ei viaje,
lo vidone con el agua,

que se coje y no se bota;
que se vende y no se acaba.

Y al oírlo, en noches de baja temperatura, a esas horas en que el frío alcanza su máximo de intensidad, nos compadecíamos del pobre muchacho del pueblo, descalzo y astroso, luchando contra la crueldad de la intemperie, en medio de sus cuatro bidones de hojalata en los cuales ponía una caricia blanca la luna.

Tenía que levantarse temprano y atender a su clientela madrugadora que esperaba el sol con la frente santificada por el trabajo.

Desde que en la vieja plaza de armas sonaban las baterías dianeras, muchas sábanas quedaban sin calor, muchos lechos vacíos. Lo aguardaba la humilde planchadora que debía entregar tres docenas de ropa antes de las seis de la tarde, ropa ingrata llena de arandelas que son la tortura de la pobre hija del barrio.

Quería agua en esa hora la vendutera o «revendon», muy dada a corretear desde las cuatro de la madrugada en acecho del vendedor rural que se encamina a la feria, a quien le compra barato para vender doblando el precio del artículo.

Quería agua asimismo el mercader ambulante que madrugaba para dirigirse al campo a venderles a sus más regateadores parroquianos; y las «placeras», alma del mercado, para el café que servían en jarro de hojalata. Todos necesitaban henchir de agua la burda tinaja o el pesado

«canarí» adonde acuden atraídos por la humedad del barro, a altas horas del día, las avispas sedientas.

Al cercado, falto de hierba generalmente, se encaminaba el pobre cargador de agua, con la «jáquima» al hombro, lavado por la hierba el pie descalzo, en donde le aguardaba, mohino y tristón, el manso burro.

Conducíalo al rancho abatido de aperos ordinarios, tomaba la esterilla o sudadero pajizo, hecho con la corteza fibrosa del plátano, asida la pleita con hilos de cabuya, sobre la cual ponía el aparejo de fuerte ataharre de jeniquén que en ocasiones pelaba los ijares y ancas del sufrido bruto. Afirmaba con la cincha, también de cabuya, los aperos, y completaba el cuadro con las pardas aguaderas de bejuco depositarias de las cuatro vasijas relucientes, y después de embozado a dos vueltas con la burda «jáquima» el asnal hocico, montaba su pollino, provisto de un garrote, lucio por el roce de las manos, en uno de cuyos extremos mostraba su agudeza dramática una puya.

El tipo del muchacho, que todavía le vemos por las calles, es bien curioso: viste camisa de listado, pantalón de fuerte azul maltratado por el uso y roto casi siempre en las asentaderas, que provoca más risa que lástima por la clase de carne que publica; sombrero de cana, de ordinario roto en la copa, dejando ver el pelo selvático no amansado por el peine; la cara sucia, dientes amarillos por el cigarro, largas uñas pa-

ra reñir como felinos, embustero, pícaro, pendenciero y mal hablado.

Con todo esto, mueve a compasión. Es un hijo del pueblo, sin escuela, sin protección, sin esperanza de dicha, a quien le aguarda la cárcel, viendo sólo el antro del vicio abriéndose amenazador a sus pies.

Y cómo le veíamos en otro tiempo!: uníase a sus compañeros para vadear el río en busca de la verde caña de Castilla que alzaba sus pendones airosos con los que él hacía su «pájaro» o «chichigua», cuando no los vendía al pirotécnico que los compraba durante todo el año para montantes que habían de ser quemados en las fiestas religiosas o en los clásicos días de la patria.

No conocía el miedo. Pasaba de noche por los lugares más grimosos. Cuando terminaba su faena, su entretención favorita era jugar los centavos «saldados» en la venta o cazar pájaros con el «tirador» que hacía con dos franjas de goma elástica asidas por sus respectivos extremos con cuerdas de cáñamo, a una horquetilla de madera y a una piel flexible en donde introducía el guijarro que era arrojado con violencia al soltar de repente las gomas estiradas.

A la hora del bochorno no había «echado el día», y era penoso verle en esa hora: soberbio, maldiciente, cansado el burro, pesada la venta, diciendo a cuantos veía en las puertas por donde pasaba: «¿Aquí no beben?», y molestando al pobre burro, que corcoveaba de impaciencia

cuando sentía que le halaban los pelos o lo herían con la puya o las espinas de maya.

Es el último viaje, el del «saldo», y el animal quiere verse libre de aquella tortura, arrojarse al suelo a revolcarse en su «pelao», vueltas al cielo, las patas, pujando mientras lucha por «dar la vuelta», para levantarse seguido, sacudirse el polvo y olfatear la cáscara de plátano que recoge con los belfos hinchados en los cuales se advierte la huella ingrata del bozal.

La costumbre acabará por desaparecer del todo, pero nos quedará este recuerdo del vendedor de agua, que bebía en la misma tapa de los bidones, antes de llenarlos para la venta, y echaba en ellos el dinero y las golosinas que compraba.

El cuadro persistirá en la memoria de cuantos lo han visto, y pasará por vía de relato de una generación a otra, como un recuerdo bello y triste a la vez, porque están íntimamente unidos al poema del río poblado de cañas y enfiestado de pendones lucientes, la desgracia del pobre muchacho, descalzo y astroso, y el dolor resignado del burro que compensa sus horas de martirio estirando sus miembros al amor de un pelado y concentrando en sus pujidos todo el martirio del día, desde la lluvia de palos que soportaba en su largo pescuezo hasta la torcedura del rabo que sufría en horas de laxitud y de cansancio.

El campesino nuestro tiene que ser cantador. Vive en un eterno canto, el de esta naturaleza tropical, jocunda, pródiga en ritmos, sobrecargada de incentivos armoniosos. Por donde quiera recita su blanca estrofa el manantial, sueña una espiga, tiembla una arrogante flor, vibra un orgullo de pájaro, se empina una enredadera, arcada de nervios que florecen sensibles al más ligero ósculo de brisa, o a la más leve inquietud de lagarto.

Esa multicolorida extensión que verdea por sí misma, sin la cura del terreno, cordoneada de arroyos, trenzada de lluvias o empelucada de neblinas al amanecer, hace sueltos de lengua a pájaros y hombres.

El indio quisqueyano fué de suyo cantor. Anacaona rimó deliciosos areitos. ¡Quién sabe cuánto secreto poético anda por ahí en tanto guijarro disperso en donde el alma del primitivo habitador quisqueyano puso el sello de su vivir ignorado pero libre.

Cuanto más bello es un lugar más lírico es. El palo seco es un jubinado de canciones y de nidos. Acaso por eso mismo nuestro campesino canta en el trabajo, en el amor, en la fe. Cantando enamora, cantando aborrece. Cuando no canta, silba. Con una canción disipa la grimosidad nocturna, y hasta las aves de corral acuden a la consigna de un silbato, con ágil vuelo sobre los pajones guardadores de nidos, para corresponder a una demanda rubia de maíz.

Así con una décima empata el hilo roto del

amor, con otra echa a volar a media noche la flecha de una declaración amorosa. Tiene cuatro clases de décimas que él mismo denomina: «en amor», «en queja», «en desprecio», y «a lo divino».

Y nos parece oírlo, bajo la luna, entonar en el vecindario de la amada, ya entrada la noche, estas décimas vibrantes:

Cuando no te conocía
me gutaban la mujere,
y botaba en lo placere
todo lo que consumía;
media cosecha en un día
la jugaba a cuaiquiei gallo;
no me apiaba de un caballo
ni en ei llano ni en la cueta,
no faitaba en una fieta
y era ma guapo que un rayo.

Y cuando te conocí
abandoné lo placere
y todita la mujere
no existen fuera de tí.
Ya no soy lo que ante fuí,
con mi guapeza me callo,
casi no monto a caballo,
trabajo, dueimo la sieta,
nadie me ve en una fieta,
ni bebo, ni juego gallo.

La amada escuchó las décimas y las comparó a otras que oyera días antes de labios de otro enamorado que priva en cantar bien:

Mientras Dio me tenga vivo,
 en mí no ha de habeí mudanza,
 puede tai en la confianza
 que poi otra no te oivido;
 yo me he de casai contigo
 según tu compositación,
 sabe que mi pretensión
 he de llegaite a cumplí,
 y te cumplo como un hombre
 la palabra que te dí.

Ella, como la hembra de ciertos pájaros, que elige al mejor cantor, ha de decidirse por el que mejor entone sus querencias al amparo de la noche estrellada o bajo la luna que pone un motivo de sueño en todas las cosas. Ella establecerá la comparación entre sus dos rivales. Pensará acaso en que uno de ellos es «privón» en vestir bien; que usa casimir, camisa blanca con botonadura de oro y gemelos también de oro, hechos de un par de piecitas americanas de a cinco pesos, gruesa leontina de oro y espuelas de plata, caballero sobre un elegante «rucio» o moro «avi-pao», «naturai» y «de mucha vita».

O pensará quizás que el otro, menos «privón» acaso, canta más dulce y es «ma buen soldao» en el trabajo, y aun cuando triunfe sobre ella la tiranía de la voluntad paterna, obligándola a elegir al que su corazón no ha elegido, su predilección instintiva irá en favor del que le llegue más hondo con el canto, aunque no se imponga su deseo. Es una artista sin saberlo y la emoción de la décima que sofocó por un instante el alma invisible del silencio, la domina por so-

bre cualquier otro interés que osara encadenarla sin el asentimiento de las flores, ni la simpatía de las aves, ni la complicidad de los astros.

Pero a veces el canto va por otro camino. La requebrada moza esquiva todo contacto con el hombre que la adora sin darle jamás esperanza, y entonces el desdeñado amante le canta por este otro tenor:

Ai que me quiere, lo quiero;
 ai que habla de mí hablo dei,
 ai que no me puede vei
 yo tampoco veilo puedo;
 Si me deseden desedo
 poi que es así mi cotumbre;
 yo veo con la lu que alumbre
 pero no con la apaga;
 que si no quien mi amitá
 no me asite pesadumbre.

Mas a veces el despecho se convierte en odio cuando la amada abandona al que había elegido. La décima reviste entonces una mordacidad insufrible, como la siguiente:

Pagando iguai tu dureza
 mi vida mai te desea:
 llena de llaga te vea
 de lo pie a la cabeza;
 y para mayoi triteza
 te vea llena de piojo,
 sin hallai entre un depojo
 siquiera un pan pa comei,
 y para ma padecei
 cueivo te saquen losojó.

Así, rimando amores, quejas y desdenes, y entonando décimas «a lo divino», que son las de asuntos religiosos, se desenvuelve la vida afectiva de nuestros hombres rurales, para quienes el canto es disipador como el cigarro, embriagador como el vino, vengador como el puñal y amigo inseparable como el perro...

LA MEDIATUNA.

Ya en anteriores pinceladas de costumbres nativas hicimos notar la predilección que siente por el canto nuestro hombre rústico. Hasta en su burda forma de expresión se advierte esa particularidad. Cierra los párrafos con una inflexión muy típica caracterizada por el empleo del calderón al final del último término. El maestro rural sufre en su afán de desterrar en sus alumnos el tonillo para ellos dulzón con que se expresan, el «hablar cantando», como solemos decir.

De esta acentuada predilección al canto nace, en nuestra gente rural, el orgullo de cantar bien, tan privativo como el de ser guapo. Cantador y guapo son los títulos más firmes para las conquistas amorosas.

Esta preocupación, trasmitida de padre a hijo en la sangre, se afianza en el ambiente que rodea al hombre de campo desde que nace. De ahí «La mediatuna» o canto a porfía, verdadero reto entre dos cantadores de oficio.

Se caracteriza la «mediatuna» por la tonada especial con que son cantadas las décimas, y el nombre puede haberlo sugerido la voz castiza «tuna», o vida holgazana, libre y vagabunda, pues los cantadores de mediatuna solían ir de una región a otra, atraídos por su fama para «darse la mano» como los mejores prestigios de su clase.

¡Bella y sana costumbre ésta de medir sus fuerzas líricas dos hombres, tenidos por los mejores cantores de sus respectivos lugares!

Querido y admirado entre los suyos como la personalidad artística de su vecindario, este héroe de las cruzadas decimeras, gran señor entre su gente, es consentido como el pedáneo, amado como el cura, agasajado como el compadre, visitado como el consejero patriarcal de la comarca y llevado y traído como la buena moza que repiquetea un «sarambo» o baila como «bolla» en el río los aires caprichosos de una «yuca».

En las «velas», es maestro de ceremonias; en las fiestas, el alma; indispensable en las «juntas»; insustituible en los «rosarios»; un a modo de seto en las enredaderas de cabellos de oro de las lindas muchachas que buscan para sus goces el apoyo feliz de un cantador.

Verdadero torneo sin arena para arrastrar al vencido. Su arma es el canto. En su victoria no hay sangre, ni odio en sus luchas, sino alegría sana, satisfacciones puras y placeres muy íntimos. Dormidas quédanse las crueldades de los otros juegos, en llegando a éste. Se respira en

esta lucha un ambiente de serenidad y mansedumbre porque todos los espectadores están dulcificados por el interés sentimental de la belleza.

La frescura de la noche agrega suavidad a esta costumbre a la cual presta la sombra hospitalidad bonancible. La noche es toda corazón y se adapta mejor que el día, cerebral y ruidoso, a este febril encuentro de dos almas debatiéndose en la arena viva de la paladra hecha canto.

Los dos líricos hállanse frente a frente. En torno de ellos curiosean la gente campesina. Han echado en el fondo del sombrero de cana, húmedo por el «sereno», una «macá» de tabaco viejo, del mejor «andullo» de la sierra, cubriéndose de nuevo la cabeza. Carraspean y uno de ellos, sentado en el centro de aquel círculo humano, rompe el silencio de la hora con este canto «a lo divino».

Etaba ei Cuatro y ei Tre
en grande aigumento un día
diputando entre lo do
cuai número ma valía.

Dijo ei Cuatro: cuatro son
lo divinos evangelio
y cuatro son lo miterio
de la Santa Encainación;
cuatro la Consagración;
cuatro semana es un me
y de cuatro equina e
la torre dei Nacimiento;
dicutiendo ete aigumento
etaban ei Cuatro y ei Tre.

Dijo ei Tre con seriedá:
 yo me llevo la corona
 poique tre son la peisona
 de la Santa Trinidad;
 Treinta y tre año de edá
 tuvo Jesú en su agonía;
 tre hora lloró María
 viendo a Jesú con ei yugo,
 Con ese aigumento etuvo
 ei Tre con ei Cuatro un día.

Las décimas siguen entonadas por uno de los justadores y no bien termina agarra el otro la tonada con estas otras décimas:

Si ei negro te causa epanto
 no le muetre tu nobleza,
 de negro viten la iglesia
 ei Jueve y ei Vieine Santo;
 de negro ponen ei manto
 en aquei sagrado aitai
 poique de negro ha de tai
 jata ei sábado a su hora,
 y para entrai a la gloria
 todo semo de un iguai.

Y esta lucha se prolonga a veces hasta la madrugada, hora en que parecen hacer lo mismo los gallos del lugar, en las ramas frondosas, entre el amor de sus gallinas, mientras en el cielo una brocha oculta parece complacida en ir borrando estrellas.

Uno ha quedado vencedor en medio a las aclamaciones jubilosas de los asistentes; pero no hay rencilla ni tibieza, y mientras la taza de ca-

fé humeante conforta las gargantas abatidas, todo concluye bien, y son dos triunfos en aquella hora: el de la luz, celebrado por el clarín de los gallos, y el de un poeta rústico que se va camino abajo, saboreando otra vez la «macá» de tabaco viejo, del mejor «andullo» de la sierra.

En todo el día no se hablará de otra cosa que de aquel encuentro lírico, en la casa, en el conuco o a la vera del río. Todo será vibración recordatoria de aquella escena nocturna, y los versos nuevos, que hizo suyos el oído atento, los reproducirá la voz en el conuco, al amor del machete, o la voz fina de la moza, restregando en la «batea» o golpeando la ropa en la dura piedra coronada de espumas, que el eco repite mientras va y viene la «paleta».

LAS "JUNTAS".

Interesante costumbre es esta de las «Juntas». Constituyen una original manera de cooperación mutua, realizada en un día, previa invitación del interesado a sus vecinos. Aun conservamos, con toda su viveza de coloración, lujo de pormenores y suma de atractivos poéticos, la última junta que observamos en uno de los más bellos rincones de la rusticidad florida de este suelo, de cuya enorme cantera poética no han extraído los artífices del verso las gemas preciosas con que edificar un lirismo tierno, pastoril y cándido, con frescor de hierba mojada, parlero chorro saltarín y ebriedad de frutas maduras.

Veamos el cuadro. Se trata de la «tumba» de un monte para hacer un conuco. Desde las seis de la mañana comienzan a llegar los invitados, unos provistos de hachas de buen mango de baitoa, otros de afilados machetes en cuyas hojas comidas por la piedra de amolar el sol hace ofensas a los ojos, y todos con la visión del buen gui-

so en que pondrán las guapas mozas de la casa la habilidad de unas manos hechas lo mismo para sembrar claveles que para aderezar un buen plato.

El monte, ignorante de la suerte que le aguarda, ofrece su cabellera en desorden al galanteo de la primera brisa. La feroz hacha va a iniciar su implacable ansia de ruinas. Al filo del arma irresponsable de tanto destrozo de hermosura, van a caer exánimes las más airosas copas sobre las cuales saludó a la aurora la ternura de algún pájaro que buscará en frondas más felices plaza de amor para su pico...

Conviene en cierto modo la ignorancia de estos groseros trabajadores. Ellos no piensan en los nidos que se van a perder, en las crías que no tienen alas para buscar refugio en otros árboles. Ni comprenderán el valor de un tronco antiguo respetado por los huracanes, bajo cuya verde misericordia discurrió la infancia de muchas generaciones, ni oyen en las floridas ramas la oración musical de las abejas.

Ha llegado el momento decisivo. El osado machete desnuda el tronco del ropaje que le tendieron los bejucos. A cada tronco se enfrentan dos fornidos hombres. Lo miden con la vista, el hecha asciende, tirada a dos manos para caer implacable sobre la dura corteza. Los golpes en dirección opuesta forman ángulo y a cada dos heridas el martirio arranca una astilla que se escapa silbadora como una queja. Y mientras una y otra hacha alternan en la trágica obra, se escucha esta tonada:

Jo jo
 Compadre mío,
 jo jo
 suba la vo,
 jo jo
 que cuatro jacha
 jo jo
 son ma que do.

Al pie de otro árbol otros dos braceros cantan, variando la letra, la misma tonada:

Jo jo
 Subí la loma
 jo jo
 voiví y bajé
 jo jo
 me echán lo perro,
 jo jo
 en case André.

Los golpes se suceden con uniformidad. De pronto cesa el canto. Vencido por el hacha, se desplomó un árbol dejando un claro que sorprende con la amargura de un vacío que se llena de luz y azul de cielo. En otro sitio de la escena lucha todavía con la muerte una caoba centenaria. Los hacheros, sudorosos, necesitan descanso. Se escupen en las manos para vencer el calor del roce de la carne con el mango del hacha, enfiebreada por el largo ejercicio, y repuestos de la fatiga emprenden de nuevo la tarea.

Una niña como de doce años, en cuyos grandes ojos morenos la picardía del sexo duerme

como en espera de una revelación, trae en su gentil cabeza, sobre el rodete de trapo denominado «babonuco», el bidón de agua fresca tapado con hojas de guayabo que, al no cerrar del todo el agujero de la vasija, toleran el paso del líquido que brota con el movimiento de la marcha y da a la frente una sensación de perlas que se rompen... La ve llegar un moreno joven que «tala» una parcela y le arroja, como flores, estas primicias rimadas:

Quisiera veite y no veite,
quisiera hablaite y no hablaite,
quisiera encontraite sola
y no quisiera encontraite.

La sombra de un árbol marca las doce sobre el musgo. En cada estómago son también las doce. ¡Ai bojó! clama una voz certera como una flecha, y el ejército del trabajo se encamina a la enramada en donde esplende, sobre una improvisada barbacoa, dispuestos en yaguas que hacen más incitante la comida, el guiso de lechón, olfateado por más de veinte perros, el blanco arroz y el pródigo cazabe, trina excelencia de aquella fatigada tropa que a poco de comer se inclina a la piedra de amolar y devuelve su gastado filo a los machetes.

La lucha ha comenzado de nuevo. El sol aprieta y la bondad del agua aprisionada en los calabazos se agota en las vasijas rústicas, y esta fiebre, esta implacable desolación de árboles dura hasta que el sol declina, hora en que salen todos, satisfechos y alegres, entonando la déci-

ma amorosa, del monte en cuya desolada breña ya no dormirán las palomas, en tanto que bandadas de tórtolas viajeras manchan el cielo cárdeno buscando el lejano retiro en donde recogerse en las intimidades de la noche.

EL CAMPESINO NEGOCIANTE.

Dijimos en anteriores trabajos de esta índole que el campesino dominicano es interesado y por lo mismo servicial por cálculo y conveniencia propia, y esta cualidad resaltante de su carácter se manifiesta con mayor relieve en su vida de negocios. Aguza su inteligencia en el modo de tratar. La ley de la oferta y la demanda no la ha estudiado en los libros sino en los hombres con quienes trata, y como sabe por experiencia personal que el ofrecer reduce el valor de lo vendible, distraza hábilmente la oferta con rodeos de palabras aparentando interés de comprar cuando la intención que lleva es de vender.

Generalmente lo que menos desea conservar es lo que dice tener en mayor estima, y cuando sabe que hay quien lo interese asegura que sólo en caso de apuros podría desprenderse de aquello. Cuando se percata de que está frente a otro igualmente hábil en manejos de esta clase, contra quien no valen las argucias de la invención,

esquiva el negocio diciéndole entre chanza y agudeza: «Filo con filo no se coitan».

En sus relaciones comerciales con el hombre de pueblo, hay algo más que el interés de salir bien librado en el negocio: la prevención tradicional que siente contra aquél, pues desde muy temprano aprende a tenerle desconfianza suponiéndole un elemento preparado para «armarle una trampa». El fundamento de esta prevención es lógico: el campesino fué víctima muchas veces de la industria de nuestros comerciantes. En las cosechas de tabaco dejaba siempre, según frase muy típica, «el cuero en manos del comprador». El comerciante preparaba de tal modo la romana en que pesaba el tabaco, que cinco quintales quedaban reducidos a cuatro. La treta fué advertida por un ladino cosechero, como se verá por la siguiente relación. Una casa comercial de Santiago compró una vez cierta cantidad de tabaco y, al ser interrogado el vendedor acerca del nombre del lugar en que se había cosechado el fruto, respondió: «Ete tabaco e de piedra adentro».

Pocos días después, al ser extraído el fruto de los serones para llevarlo a la «troje», se descubrió el engaño. Llamado el principal para que observara las piedras que habían sido depositadas entre las sartas, éste no pudo menos que celebrar la ocurrencia diciendo: «Efectivamente, él me declaró que el tabaco era de piedra adentro, expresión que yo tomé por el nombre del lugar en donde fué cosechado».

Hay, pues, entre el habitante del pueblo y el

del campo, una tendencia disimulada pero decisiva a defenderse el uno del otro; y como el campesino reconoce que no es, como él dice, «hombre de letra», frase aplicada al que sabe leer y escribir, su desconfianza es mayor y de aquí proviene su extremada habilidad en no dejarse engañar por él en sus inevitables relaciones comerciales.

Así, cuando trata de venderle algo adopta una actitud simulada de hombre simple y bobo que le permite estudiar mejor la posición del contrario, y cuando se despide va diciendo para sí: «Me lo llevé en la epuela», en tanto que al otro sólo le resta repetir filosóficamente la conocida muletilla del hombre urbano: «El más bruto del campo sirve para arzobispo».

Prefiere, a venderle el tabaco de su cosecha, servirle de «comín», pues así puede entrar fácilmente en un desquite.

Hay que haber vivido en el campo, en intimidad con él, para darse cuenta exacta de que sabe más que el más listo hombre de pueblo en materia de negocios. Algunos tienen en un cerro el corral en que venden novillos por «partidas» que son apreciados «al ojo». El comprador, situado en la parte más alta, ve las reses por el lomo y naturalmente las halla más gruesas que si las viera de otro modo, pues se necesita que el animal esté muy atrasado para que visto de esa manera se vea flaco.

Hay quienes prefieren tratar el «chapeo» de un «tabaco» a la una del día, pues por la mañana la hierba está «vivita y abicita» y «tupe» mucho

obligando al peón a exigir mayor suma por su trabajo, en tanto que de doce a una de la tarde las hojas se inclinan maltratadas por los rayos del sol y dejan ver muchos claros a lo largo del «tabuco» dando apariencia de menos trabajo, a esa hora de rigurosa insolación, al pobre obrero que entra, por incauto, en la trampa.

Los que ceban puercos, por economía, con «rabitos de batata», que producen una manteca inferior, suelen llenar de «tusas» la pocilga días antes del señalado para tratar, para que el comprador, que no busca sino cerdos cebados con maíz o palma, que dan la grasa más fina y rendidora, compre el animal sin titubeos.

Jamás es exhibido, sin antes darle de beber, el ganado dispuesto para la venta. Las vendedoras de naranjas «hacen su agosto» en el mercado. Nunca están ellas como dicen, «dentro de la fruta pa sabei si tan dulce», como tampoco «dentro de lo huevo pa sabei si tan sano». Hábilmente mezclan las naranjas dulces con las agrias, dando a probar de antemano una de las buenas, que distinguen perfectamente por algún detalle fuera del alcance del comprador.

A propósito de todo esto se citan casos muy curiosos: «un vendedor de leche se propuso una vez comprar un sombrero fino con lo que a diario se robaba «bautizando la leche». No bien llegaba al único arroyo tendido, como misericordia de las bestias de carga, entre la lechería y el pueblo, se desmontaba y hacía su «bautismo». Pero la ley de la compensación la vió prontamente

cumplida. El mismo día de la compra halló a su regreso muy crecido el arroyo. Arrojóse a él, dispuesto a vadearlo, pero el sombrero cayó al agua y fué arrastrado por la corriente. Lamentó el fracaso pero tuvo una frase ingeniosa frente a las burlas de sus compañeros: «Lo que e del agua, el agua se lo lleva».

Tiene siempre algún amigo de su confianza a quien supone «una ficha» en materia de negocios. Es uno de esos que adivinan las intenciones del que trata de engañarlos, y de quien todos dicen, reconociéndole talento, «que gritó en la barriga e su mama». Este hombre tiene la gallardía del que se estima poseedor de una fuerza que lleva dentro de sí mismo. Es el consejero del vecindario rural. Sabe que difícilmente vende uno lo mejor que tiene y dice a su compadre: «Tenga cuidao cuando vaya a tratai, que ei que vende su mula, o patea o recula». El es también el que aconseja la paz y la armonía, el que allana conflictos y evita, con un rasgo de talento, una tragedia después de un disgusto por una mala apuesta en un desafío de gallos, y el que aconseja a sus amigos condescender y transigir, cediendo en ocasiones sus derechos, pues la oveja mansa se mama su teta y la ajena».

EL JUEGO DE GALLOS.

De las fiestas que mantienen un acentuado tinte criollo por las circunstancias y particularidades que las perfilan, pocas tienen, como el juego de gallos, una singularidad más pintoresca.

No es este juego, en rigor, una costumbre vernácula. Su origen se pierde en las nebulosidades históricas del pueblo griego. En muchos países de América está la audaz costumbre como una página de crueldad festiva en el libro de su privativa manifestación psicológica; pero el grotesco juego tiene en cada uno de ellos pinceladas diversas, modalidades que difieren según el temperamento y el carácter de cada nacionalidad. Una misma costumbre no puede ser idéntica en todas partes, de tal modo que aun dentro de una misma limitación geográfica y política una forma cualquiera de diversión adopta peculiares diferencias de matices en cada uno de sus pueblos, menos acentuadas que las que se advierten entre unos países y otros.

Justificado de este modo nuestro punto de

vista al considerar el juego de gallos como costumbre criolla, observado al través del temperamento nacional, entremos a dar en esta página los brochazos de la animada escena galleril.

Ninguna diversión criolla supera en colorido, en animación y en fuerza emocional, a esta del juego de gallos. Personas hay que le consagran la vida entera. Su inteligencia se aguza en la preparación del emplumado bípodo que no bien es sustraído del gallinero en donde estuvo haciendo las primeras ruedas a la fresca polla de pintadas plumas, se le somete a la refriega preparatoria que denominan «tope», y una vez probada su aptitud para distinguirse en la severidad dramática del juego, es sometido a la acción de las tijeras que suprimen el raso del plumaje en la cabeza, libre ya del gorro frigio de la cresta y del carmín de la barba, con cuyo sacrificio de sangre se inició en la lucha, así como también en la parte trasera y en los muslos para que se enrojecan a los rigores de hora y media de sol todas las mañanas, después de rociados con agua entre las manos nerviosas del gallero.

Pelado así el emplumado bípodo se acomoda a las torturas martirizadoras de la traba, en donde pasa el día cantando, tal vez en recuerdo de la hembra por la cual lidió de pollo contra un osado par de espuelas que midió con él sus bríos frente a las exigencias de un duelo definitivo a la sombra de una palma. Allí come los granos contados que le dan del mejor maíz «entresaca» y bebe los escasos tragos de agua a que le sometió la técnica propia de aquel arte.

Se aproxima la fecha de una jugada especial llamada «desafío», a la que vendrán «tercios» de todas partes. El emplumado héroe es sacado al patio de la «cuadra» para su adiestramiento en la pelea. Un pobre gallo batido en retirada, que ha perdido un ojo y las fuerzas en el largo debate dominguero, es la «mona» en esta operación denominada «traqueo», y asida por las patas la triste mona aguanta en manos del gallero los espolazos del terrible héroe. Es la gimnasia precursora del primer duelo...

El día del desafío ha llegado. Un rústico caserón circular a manera de kiosko grotesco, alza su vieja techumbre de cana maltratada por el tiempo. En el interior del redondel se empujan las gradas extendidas en forma de arco, y en el centro hay «plantados» dos fieros gladiadores de plumas. Uno de ellos es un gallo joven que llamó la atención desde su primer acento de clarín. Es alto, «gallino culebra» como su padre, «pateadoi de primera» y de seguro pico. Echado al peso resultó ser un «tres ocho» admirable, frente a un «tres nueve» «corredor» «cenizo palomo» de mucha fama en la historia galleril de la comarca y que «no ha juío nunca» según gráfica expresión de su dueño.

Las espuelas son adelgazadas con el corta-plumas que nunca falta en manos de un gallero.

En el ancho patio, teatro de la lucha, hay más de treinta gallos amarrados en estaquitas apuntaladas en el suelo. Son de diversos tipos y colores. Los hay blancos con pocas plumas

negras o «primavera», «guacamayos», «giros» de varias pintas, «talizardos» y «canelos».

Numerosos caballos, desde el bruto elegante de silla con flamante «usa» nueva hasta el pobre jaco de carga, descarnado y trotón, aguardan a sus dueños amarrados a los árboles contiguos.

Se concierta al fin la jugada.

Los «tercios» lucen en sus callosas manos sendas bolsas llenas de incitantes billetes y monedas de oro. Menudean las apuestas. Las patas son libertadas de sus sogas y el agua refrescante cae a modo de lluvia de la boca de los galleros sobre sus respectivos gallos de pelea.

De pronto atruenan el espacio voces desconcertadas, gritos agudos acompañados de gestikulaciones macabras. Están en los primeros tiros, mirándose con fieros ojos de tragedia. Nuevos gritos ponen nota de espanto en el azul del cielo. De los vecinos árboles huyen espantadizas las aves que hasta entonces desgranaban sus armonías en aquel ambiente.

Bocas acostumbradas al ajo típico muequen deformes; los brazos se agitan convulsivamente; quieren salirse, saltones y vidriados por la emoción, los ojos de algunos jugadores. Las apuestas se triplican. Aquello es una verdadera locura, un mar de palabras salidas sin control de los labios hediondos a tabaco de andullo.

Se impone un careo y hay tregua. Uno de los jugadores masca supersticiosamente la sogá de su gallo. Las dos cabezas ensangrentadas

son introducidas en las bocas de sus respectivos careadores. Rociados de nuevo vuelven a la lucha y al fin, vencido el cenizo palomo, con una «cañera» que incendia de rojo la arena de aquel circo, es regalado al más escandaloso de la fiesta mientras el vencedor vuelve libre de trabas martirizadoras, al dulce gallinero en donde lo esperan hembras de raza para cumplir allí la misión de perpetuar su brava sangre heroica dando a su amo los mejores pollos «de calidad».

LOS SANGOCHOS NOCTURNOS.

Hay que haber observado bien esta pintoresca costumbre criolla para darse cuenta del color local que le imprime un sello típico populachero y festivo.

El sancocho es el plato por excelencia. El solo basta para aplacar, sin aditamento de otras vituallas, la inquietud del hambre más rebelde. Es un cocido de carne, plátanos y otros bastimentos, condimentado con lujo de verduras aromáticas. No es un plato de salón. Es el aliado de nuestra democracia y apenas sabe de la mesa elegante donde la alcorniada caballerosidad se regodea entre el lujo de los comedores palatinos.

Pero con no ser admitido en los recintos destinados a satisfacer los caprichos de la vanidad ostentosa, se ha impuesto a todas las clases sociales, y a semejanza del proletario orgulloso que no visita al aristócrata y que se complace en que éste lo visite, el sancocho hace ir a la

tosca mesa del obrero, que es oficialmente la suya, a los más altos personajes de la ruidosa y flamante clase aristocrática.

Por eso el pobre y sencillo plato del pueblo tiene una superioridad reconocida. Todos lo buscan, el afortunado y el renegado de la fortuna; el burócrata empecinado en su brillo de oficina y el que tiene que habérselas con la burda herramienta; la dama principal, que puede multiplicar el sol en su vestido y la que a diario tiene que estar al sol para ganarse la vida. De ahí la predilección que por él se tiene a altas horas de la noche, en la rústica choza donde la festiva morena que goza de renombre en el barrio y que es maestra en todas las maravillas de la culinaria criolla, es bien pagada por la soñadora juventud masculina, que se echa a la calle, jovial y aventurera, a gozar de la frescura de sus años en todos los tonos en que se revela la gama encendida del placer.

Y bajo el techo, que el humo de una mecha de gas hizo ingrato a los ojos, se reúne, sin aparato de títulos ni engrimamientos de clases, la ambulante juventud, mezcla social semejante a la del sancocho, en donde se confunden en estrecha alianza la blanca carne de gallina, robada en el inseguro patio de alguna pobre vieja, el rústico plátano, amparo de los sufridos trabajadores, el agua común, el mapuey indígena, la inofensiva yuca, la rastrera auyama, la brava pimienta, el mal holiente ajo y la pródiga verdura que da a la mezcla, que el fuego hace bailar en el puchero, el sabor y las virtudes de su aroma.

Y lo que más caracteriza esta costumbre del sancocho nocturno es un capricho erigido en obligada ceremonia: la gallina ha de ser robada en el patio en que duerme ajena a la triste suerte que le aguarda. Tiene un grato sabor de aventura esto de introducirse en el patio en que la inofensiva presa se recoge bajo la piedad de las hojas que en vano tratan de formarle albergue contra la asechanza de los pillos que espían su sueño en el silencio de la media noche. Saben ellos la manera de sorprender al ave y ahogar su voz estrangulándola; y si alguna vez la emplumada víctima lanza el CREO que denuncia la tragedia, no es extraño oír escenas como esta, ocurrida una noche en uno de los barrios de la ciudad: «Poi la Vinge Santísima, no me la lleven»—clamó una pobre vieja desde su tosco lecho—a lo que respondió la turba trasnochada: «Vieja, no se apure, que le dejamos el gallo».

Estos sancochos son a veces bailables y entonces revisten mayor interés porque ya no es sólo la glotonería que tiene por testigos a los astros, la que los provoca, sino la emoción incitante del merengue con la alegre muchacha del barrio o la pecadora forma que se echa encima los más rabiosos colores del espectro y las más vivas esencias que son, en el típico baile popular, lo que la pimienta en el jugoso plato que tiene por epílogo la botella de ron.

Y hay escenas curiosas que no debemos olvidar en este trazo de la original costumbre criolla: mientras en la salita donde el cantador se acompaña con el instrumento de largo cuello y

airosa cintura, las parejas se entregan a la voluptuosidad de los giros bailables, algunos audaces, que gozan en seguir la broma aventurera, se fugan con la paila y van a situarse lejos del lugar en que la pobre morena, llamada con engaño por uno de los conjurados, se enfurece y lanza maldiciones de todo calibre contra los que ponen, de aquella original manera, punto final a la típica escena de la media noche.

EL MONTERO.

El hombre de nuestras monterías es un tipo sobremanera interesante. Su vida despierta interés artístico. El lugar que sirve de teatro a las escenas vividas por él, es la montaña, suspiradora siempre, si es de pinos, densa y crujidora si es de cedros, macaos y amaceyes.

Ve el montero el cielo recortado por las osadas cumbres, menos cielo que en el llano, pero más azul, más limpio, infundidor de más confianza; cielo copiado a retazos por los arroyos, agujas que hacen en él telar de los siglos la randa de los valles.

Al amparo de aquellas excelsitudes manteadas por las brumas, vive el montero. Está bien hallado con la soledad. Generalmente hay dos o tres viviendas que guarecen familias vinculadas por la amistad más pura. •

Sin saberlo es el verdadero geógrafo de la parte montañosa del país. A él recurren los versados en ciencias geográficas. Les sirve de prác-

tico en aquellas alturas, les da los nombres de lugares, ríos y montañas, informes climatéricos, hidrográficos e históricos y pone a su disposición el rancho y cuanto tiene, porque es «pecho abierto» para todos, a quienes estima sanos como él y como el perro.

Entre aquellos fundos apartados y el sitio destinado a las escenas monteriles, media una larga caminata.

Desde unos quince días antes se extrema el cuidado de los bravos perros de caza. Manos de mujeres que perdieron su espiritual delicadeza en la dura faena del conuco, «tuercen» con cabulla o corteza de «jagüey» los «cordeles» con que son atados los perros.

Para estas jornadas camisa de listado y pantalón de fuerte azul han de ser nuevos porque tienen que habérselas con espinas y colmillos de cerdos montaraces. El pantalón no puede ir campaneando sobre los gruesos tobillos: buena cuenta de él darían las breñas. Previene la dificultad con las llamadas «ligas», cordones tejidos con «pabilos» por las mismas manos torcedoras que hicieron los cordeles. A veces es la novia del montero la que tuerce los hilos y es de ver cómo remata los extremos con matizadas borlas en cuyos flecos de lana enreda también ilusiones o ata caprichos juveniles.

Incentivo de valor temerario son para él aquellos adornos, cuya pérdida lamenta cuando, sin advertirlo, quedan presos en las redes del «tibisí» o en las mayas del «bejuco chino».

No usa sombrero sino paños que se ata a la cabeza. El sombrero haría diversión a la ramas bajas y a los vientos, aparte de que no preserva la cabeza, como el paño, del frío de las alturas.

Desde la víspera prepara el «macutico de aderezo» que construye de la manera como teje los sombreros, con pencas de guano o de manaca. Por toda provisión lleva café o el sucedáneo de éste, la «bruca jembra», muy estimada en la terapéutica rural; el cachimbo, dissipador de las fatigas; ruedas de tabaco de «andullo», que masca por mero placer o como recurso contra el «pasma» cuantas veces tiene que vadear, sudoroso por el largo trajín, los tímidos arroyos; ajo contra las picaduras venenosas; jengibre común para guardarse del frío; jengibre amargo contra cólicos; «melao de caña» o «de abeja» y sal para tocinos y cecinas.

Con estos aprestos se aventura a emprender la marcha. Se duerme con la visión del cuadro montaraz, poblada la mente de color de montaña, de rastros de animales y de ladridos de perros, y atalayando desde un pico el rancho amable que dejara sierra adentro, en el que duerme, sala las carnes y adereza las comidas durante los veinte o más días que pasa en aquellas soledades.

Todo esto ve en sueños hasta que despierta en la madrugada, consulta su reloj, el cielo estrellado, toma café, desamarra sus perros, agarra sus largos cuchillos, bien vaciados, el machete de ruta para abrirse paso por entre «bejuqueras», al hombro el macutico de aderezo y la grosera frisa, atado el paño a la cabeza, faz alegre,

ánimo fuerte, confianza en sí mismo, con la pipa humeante sobre los gruesos labios decidores, mientras lo ven salir, calientes aun las manos por la pilada del café, la mujer o la novia, la madre o la hermana, protegidas por uno o más hombres de la familia, prácticos en aquellas esperanzas en previsión de que circunstancias adversas creen la necesidad de salir en busca de los compañeros para imponerlos de alguna desgracia o riesgo inminente.

Los animales perseguidos son la res montañesa y el puerco cimarrón, especialmente este último cuya ferocidad cuesta, junto con el sacrificio de millares de perros, algunas víctimas humanas.

Las épocas de monterías son los meses en que maduran la «guásara», el «jobo de puerco» o la manaca; pero se prefiere el tiempo en que cae el fruto de esta última, porque los perros persiguen manadas enteras bajo los manacales, al paso que el jobo y la guásara no se agrupan como las palmeras y los puercos están separados en el monte.

Las costumbres del perro son en extremo interesantes. Hay el adiestrado para perseguir vacas, «que no le cae» al puerco aunque «se lo suben», y el adiestrado para cerdos, que no «se tira» con las vacas, si bien hay algunos que prestan indistintamente estos servicios. Son preferibles, sin embargo, los especiales para cada clase de animal. Así, cuando un montero da con un rastro o huella de res, dice a sus compañeros: «Sueiten a Tigre, que ei carrí e de vaca».

Al llegar a un río cuyo vado es conocido, nin-

gún perro se atreve a precipitarse al agua sino que llegándose a un montero le echa encima las patas delanteras para que lo cargue. Está enseñado a que no debe pasar ríos porque la frialdad del agua le entumece los miembros impidiéndole trabajar, y se guarda de hacerlo para no faltar a la docilidad que debe al dueño.

Pintemos, para darle mayor relieve a la costumbre, una escena vivida por uno de los monteros más audaces que registra la historia de la montería dominicana, muerto hace algunos años, historia impresa sólo en la memoria de los que habitan las montañas de la región central de la República. Se llamaba Santiago de Vargas. Entre sus perros de presa tenía uno llamado Clarín a causa de lo agudo de su ladrido, resistente animal ducho en la persecución de vacas cuyo rastro no perdía una vez en él hasta dar con ellas en algún picacho.

Ante un carril de vacas que habían pasado la cabezada del arroyo El Gallo, afluente del río Mao, el osado montero soltó a Clarín en la loma del Corozal. Transcurrieron tres días sin que los monteros supieran del perro. Rumaldo Rodríguez, uno de los monteros, se atrevió a decirle al dueño del perro: «Compai Vaiga, Clarín debe habcise díó pa su casa», a lo que el sabio montero respondió sin vacilar: «Compai Rumaido, mi perro no vueive sin meniai ese ganao».

El aplomo de estas palabras revelaban el carácter de nuestro hombre y su confianza en la formalidad de su perro. A poco oyeron todos

unos ladridos semiapagados por la distancia. En la manera de ladrar conoció Santiago de Vargas su perro. Y como los compañeros, ganosos de volverse al rancho por la fatiga y la proximidad de la noche, anunciada por un crepúsculo de sangre que incendió las nubes y acentuó más aún el violeta de las lejanías, le mostrasen deseos de no seguir, aquel hombre de hierro, producto de la montaña, fuerte como ella, como ella altivo, se volvió a los compañeros diciéndoles en tono de velado reproche: «Yo no soy hombre que deja su perro abandonao».

Hubo una pausa en que todos se miraron penetrados del sentido de aquellas palabras. No dejaba su perro, pagándole, en sacrificio de fidelidad, la fidelidad que de él recibía. El que es ingrato con un perro lo es con un hombre. Un perro es un compañero. Arriesga su vida por la de su amo. ¿Por qué no arriesgarla el amo por su perro? Todo esto pudo haber fecundado el corazón de aquellos hombres en breves minutos de silencio. La luna prometía suavidades de perlas al aire embalsamado de la sierra. Santiago de Vargas avanzó varios pasos al borde de un precipicio, y todos lo siguieron, admirando su nobleza. Como a las nueve de la noche, cuya hora reconocieron por la posición de las estrellas, llegaron a donde estaba el perro, que esta vez ladró de alegría. La emoción era intensa. Uno de los astados se abalanzó sobre los monteros, que le soltaron dos perros de los que traían, a tiempo en que Eugenio Santana, que portaba una carabina, apuntó a la res que herida mor-

talmente rodó al precipicio en cuyo fondo discurría con saltonas aguas un arroyo.

Allí la desollaron, y luego la «cintieron», llevándose cada uno la parte de carne que pudo soportar sobre sus hombros en aquellos lugares en donde es imposible llevar bestias de carga.

En otra ocasión los mismos monteros se hallaron frente a un enorme verraco armado de terribles «navajas». La fiera venía perseguida por uno de los mejores perros de caza, llamado Valentín. Soltáronle dos perros más y se «cuadró» a defenderse. De una «pasada» hirió de muerte a Valentín, y luego a otro de los perros hasta que el héroe de nuestro cuento lo esperó a pie firme, agarrándolo por ambas orejas a tiempo en que uno de los compañeros le asestó una estocada dejándolo tendido en el campo; pero el héroe estaba herido y fué llevado al rancho en brazos de sus compañeros, en donde se le curó con «anamú», que preserva del «pasma», ligada la herida con «bejuco e tabaco», empleado contra la hemorragia.

Después, la escena más conmovedora que jamás hayan visto con sus pupilas de agua las montañas: sobre el cadáver de Valentín su amo derramó una lágrima como amarga despedida y lo enterró al pie de un árbol, elocuente manifestación de cómo viven bajo aquellos cielos y entre aquellos picos, el hombre y el perro, dos fidelidades que hermana la montaña, en donde el hombre se aproxima tanto a la nobleza del perro que el perro llega a ser estimado como un hombre.

LAS PLAGERAS.

El nombre corriente de nuestros mercados es el de «plazas», y de ahí la denominación de «placeras» a esas pobres mujeres, de la ciudad y de los campos, que todos los días se levantan temprano a saturarse de frescura mañanera y a izar la bandera del trabajo, que son ellas mismas, porque cada una de estas heroicas y sufridas mujeres, alma de su pueblo, es una bandera que anda flameada por todos los vientos, los de la naturaleza y los del mundo.

Nos interesa vivamente el cuadro de estas madrugadoras de oficio, las primeras en romper el empedrado cristalino que dejaron sobre la hierba del sendero las hadas llorosas de la Noche. Y nos interesan estas mujeres porque en ellas está el pueblo en la superficie del río de los sucesos, porque son ellas de la corteza del árbol humano y tienen la savia de las multitudes, el jugo de las tradiciones y de los recuerdos, la esencia de los heroismos y de los resabios étnicos que nutrieron muchas grandezas legendarias.

Mujeres fuertes, curtidas en la adversidad, acorazadas por la misma dureza de las cicatrices, en el cuerpo y en el alma, pues nadie como ellas para la defensa cotidiana contra las asechanzas de la vida.

El sabio hallaría una maestra del dolor en cada una de estas mujeres, que como llevan los pies, a prueba de terrones y de espinas, llevan el alma, porque hay también terrones y espinas en los campos por donde discurren el afán y las inquietudes humanas.

Y hay que ir al mercado, acercarse a ellas disimulando el interés de observación que nos domina, inspirarles confianza y hacerles preguntas que hagan salir su alma en la sinceridad de las respuestas. Si no hay tacto en eso harán como la res madre, que esconde la leche de sus ubres de las manos torpes que no saben ordeñarla.

Pero pintemos el cuadro, con toda su viveza de expresión, para regalo de los que gustan sentir de cerca las palpitations más íntimas del populacho.

Hay dos clases de placeras: las del campo, que traen sus cargas al mercado, sobre descarnadas bestias, dóciles a los rigores del penoso trajín, y las del pueblo, llamadas «revendonas», que madrugan para ir al encuentro de las primeras, a comprarles los frutos para «hacer herejías», según la conocida frase popular.

Desde el primer brote de día con que se aurifica el oriente, se echan a la calle estas revende-

doras, invaden las afueras de la población, realizan sus arteras compras y acuden a instalarse en los sitios del mercado que ya le son familiares.

Las hay que se dedican a labores culinarias. Desde muy temprano arde el carbón en los groseros anafes y sobre la dura mesa atezada por el humo de la pira, descansan el «colador», la burda cafetera y los jarritos de hojalata. La jente madrugadora acude, muy de alba, a templar el cuerpo con el café aromático, aliado inseparable del trabajador cuyo cuerpo se resiente de impotencia para la brega cotidiana como no apure el rico néctar, que debió ser el preferido de los dioses.

Y cuando sube el día, sobre la urente brasa difundirá el caldero el olor del «locrío», cebo del apetito con que van a la placera, fatigados de la lucha, los trabajadores.

Las placeras rurales deshacen desde la media noche su pacto diario con la cama. Echan, sobre el lomo de sus bestias, las hárganas hinchadas de frutos, empiernan sus monturas, prenden sus enormes cigarros, y parten. En las noches oscuras se alumbran con «jachos» de cuaba y es muy típico el desfile de estas mujeres por los largos caminos. Las humeantes antorchas encandilan a los búcaros que pueden cojerse a veces con la mano. Huyen los cucúes con vuelo asustadizo, y quemán sus alas, trágicamente, las mariposas de la noche, atraídas por la llama rojiza.

Y es muy divertida la jornada. Vienen juntas varias comadres que por el mismo sacramen-

to no se «hacen mai teicio» en la venta, ni se quitan mutuamente los maridos, ni los «maichantes», únicas causas de las riñas frecuentes de las placeras.

Algunas vienen a pie, detrás de las bestias en cuyas ancas suena el chasquido de la vara inclemente. Traen la ancha túnica alzada en forma de tontillo, en el seno el saquillo de listado para el dinero de la venta, y encajado en el moño, como talismán, el ramo de «celedonia», que posee virtudes misteriosas para atraer la suerte y prevenir contra las prácticas que «salar».

Hay el impío hábito de «salar» con embrujamientos, y para precaverse contra estas malas artes, las placeras recurren a los baños salvadores que con ese fin han inventado.

Éstos baños los preparan con las hierbas a las cuales atribuyen propiedades maravillosas contra los hechizos: albahaca, ruda, «rompezaragüey», «celedonia», «buenas noches», hierba buena, salvia y cogollos de guandules, a lo que agregan Agua de Florida y resinas aromáticas.

Los martes y los viernes son los días señalados para estos baños, y mientras los toman preparan zahumerios con mirra, benjuí, incienso y la corteza de naranja, ya seca.

Pero su mejor preservativo contra maleficios es la piedra imán. A ninguna placera le falta, y son bien originales las costumbres relativas al uso de esta piedra. En los días ya señalados la mojan y espolvorean limaduras de hierro sobre

su dureza granítica, a lo que llaman ellas «alimentar la piedra». Con este recurso suelen entrar muy orondas y exclaman como poseídas de su fuerza: «Nadie me venga a embabucai, poique pa un madrugadoi, uno que no dueime».

Riñen a menudo por querer quitarse los marchantes o el hombre a quien aman. Y no es extraño oír, a cada paso, altercados como este que presenciamos hace poco en la vieja «plaza» de Santiago.

—Mira, tragona, ese machante e mío.

—¡Anjá, pero ei vino!

—Etá bien, atrá vendrá quien te enderece.

—Cuando tú diba ya yo venía, y poi eso te la tengo toa cojía.

—No te apure, que donde nació uno se crió ei otro.

—A mí no me venga con indireita, poique yo soi la otra. Connigo e dai como no dai.

—¡Aguaiten a la piojosa!... dándosela poique tá entre la gente. Y má te vale meteite con ei diablo, poique yo soi seca y sacudía y medía poi buen cajón.

—Po ven pa cá, pa que dé con tu tusa.

—Ja, ja, ja, de tusa mía a jecho tú siempre...

En ese momento intervino la policía.

Así discurre la vida de estas pobres mujeres. ¡Y qué cuadro más bello el que contemplan los

ojos al amanecer! A un lado las pilas de ajíes prometiéndole sazón para el puchero o ardor para el vinagre hecho con la estrangulación de la naranja. Sobre una mesa, baratijas rústicas: jígueras y cucharas de olla, esqueleto exterior del fruto sacrificado para bien de la cocina. Sobre otra mesa, construída de cemento, «manos» de guineos pintones y olorosos. En otra, pilas de maíz en granos en cuya amarillez sorprenden un sueño de arepas las miradas. En un ángulo del recinto, henchidas de tonalidad nazarena, el vinagrillo y la remolacha; en otro, cientos de plátanos dan su nota verde y amarilla al cuadro primoroso, y frente a ellos, «petacas» de rojos claveles, sangre florida de la loma, que los pinta a millares para que traigan al llano pueblerino emanaciones de aquellas alturas, soberbias y magníficas.

Mezcla todo aquello de la poesía, que es necesaria, y de la necesidad, que es poética. El Arte siempre, como gloria y remate de todas las cosas.

NUESTRA ESCUELA ANTIGUA.

En nuestra obra de costumbres no puede faltar la pintura de la escuela antigua, con sus más vívidos colores.

Todavía nos quedan curiosos ejemplares de maestros que viven censurando acerbamente a los de hoy, cuyos métodos les son sobremanera repulsivos, amén de las otras prácticas docentes.

¡Qué horror!—dicen—observando los ejercicios gimnásticos y los juegos libres en el patio de la escuela, y las excursiones escolares a los campos vecinos.

«Todo el tiempo se les va a los chicos en hacer maromas. ¡Cuándo en mi tiempo! No había quien se moviera ni chistara, y como lo hiciera, buen azote se llevaba!» Así decíanos hace poco uno de los más típicos representantes de la escuela antigua, y como lo excitásemos a que prosiguiera en su crítica de la escuela actual, picándolo en su rancio orgullo del pasado, agregó:

«Antes había más respeto, una más comprensiva inteligencia entre maestros y padres de familias; pero desde que el fuste fué proscrito del aula, suprimido el calabozo, el guayo y la palmeta, con los castigos desterrados huyó la disciplina de la escuela, y el niño aprende mal porque amor pide rigor y la letra entra con sangre».

Y al hablar así, el héroe de la enseñanza arcaica imprimía a los términos de su oración el énfasis del apóstol convencido, seguro de que le asiste la verdad, creyendo infalibles los postulados de la vieja escuela, orgulloso de la bondad de su método cuando ocupaba plaza de docente en la dirección de una academia remota.

Y evocando hoy nosotros la bárbara sentencia de que «con el golpe se abre el entendimiento», que antaño fué erigida en máxima pedagógica, y que escuchamos de niños en boca de la gente, vamos a reconstruir en toda su fuerza de expresión la vieja escuela antigua.

Las primeras impresiones que surjen en los albores de la razón dejan huellas profundas en el cerebro, y no podemos olvidar los crueles castigos que soportamos una vez, arrodillados con los brazos en cruz, con una piedra en cada mano. En esa actitud éramos la figura de una balanza humana, pesando la barbarie de nuestros inhumanos preceptores.

Y recordamos asimismo las veces en que por hablar demasiado se nos condenó al suplicio de tener la boca llena de agua durante un cuarto

de hora. «¡Coja un buche de agua pronto!»—clamaba imperioso y altanero el profesor—, y teníamos que someternos a la pena inquisitorial en tan fea actitud frente a la calle, expuestos a las burlas de los vendedores de agua, que detenían sus burros para reirse a su sabor al vernos compungidos con los mofletes casi al nivel de la nariz, o del chico corredor de vendutas, que apeaba sus bandejas repletas de correosos piñonates o «jalaos», solazándose al vernos de esta guisa.

Y a este suplicio agregábase el de la palmeta y el guayo, sobre el cual nos arrodillaban con frecuencia, crueldad que venía a completar «la madrina», correa de dura suela dividida en tres flecos para martirio de pantorrillas despojadas previamente de sus medias, o del músculo glúteo cuando, tendidos de bruces sobre las piernas del maestro, nos daban buena tunda.

Pero el mayor tormento eran las lecciones aprendidas de memoria. Al entrar en la escuela había que llevar un madero provisto de mango, denominado «tableta», en el que se pegaba el abecedario denominado «Jesús» porque comenzaba con una cruz y las iniciales de Ntro. Señor Jesucristo en hebreo. Y como si el «Jesús» fuera la primera letra del abecedario, el alumno debía comenzarle por dicha palabra. Así, cuando una persona era del todo ignorante decíase de ella «que no sabía ni el Jesús».

El alumno señalaba las letras con un «puntero», y cuando confundía los nombres de algunas, pagaba el error con un tirón de orejas.

¡Y qué métodos! Ni los bancos sin respaldos, que exponían a las pobres criaturas a deformidades físicas y las hacían ir al patio con frecuencia a estirar sus fatigados miembros, eran peores que aquellos sistemas de enseñanza.

En las primeras lecciones de Aritmética era delito contar con los dedos. El alumno, guiado por la lógica intuitiva apelaba a la decena que llevaba en ambas manos, semejante a la que observa hoy en cada varilla del ábaco, y esto era lo suficiente para un violento coscorrón.

Y cuando en el desenvolvimiento de la asignatura se requería abandonar los objetos y recurrir a lo abstracto, maestros había que aconsejaban entonces el uso de la mano. Así, cuando un alumno tardaba en la respuesta decíanle: «¿Para qué tiene usted los dedos?»

La enseñanza de la Lectura y Escritura sucesivas era un proceso largo y tedioso. El funesto «Be a ba» costaba muchas lágrimas a los pobres alumnos, y en la Escritura al dictado no eran pocos los golpes que soportaban por el cambio arbitrario de «la v de vaca en b de burro» y viceversa, expresión muy usual en boca del antiguo maestro.

El sistema individual era el empleado en la clase. El discípulo sentábase en fila sobre los duros bancos soporíferos, y la pregunta hecha a un alumno se hacía por turno a los del curso si éste no le contestaba. Y cuando uno daba con la respuesta, el maestro decía: «Arriba». A este instrumento de estímulo le llamaban «Sube y

baja», y era muy divertido para los niños, pues se movían a sus anchas y el único castigo era la pérdida de los asientos de honor.

Cuando no podía aprender de memoria las lecciones que le marcaban en el pesado «Mantilla», dejaba de asistir a la clase, oculto hasta la hora de salida, para no inspirar sospecha en la casa. A esa treta le llamaban «curársela». Y si un alumno indiscreto denunciaba al culpable, éste lo retaba con la palma de la mano hacia arriba, o murmurando por lo bajo: «Tu verá en saliendo».

El solar más cercano era el escogido para el duelo. El puntillo de honor estaba puesto en la «paja» que uno de ellos colocaba sobre el hombro izquierdo. Esta paja era el símbolo de la dignidad y del orgullo. El otro podía, cuadrado en el campo elegido para la refriega «a puño limpio», insultar al de la paja y éste no responder con la agresión; pero como le tocara al terrible símbolo, derribándolo al suelo, el duelo era seguro.

Los compañeros asistían a la lucha con carácter de padrinos, y cuando uno de los dos «se extrañaba» como gallo manilo y dejaba la paja en el hombro de su contrario, llovían sobre él las mofas y rechiflas.

Había la costumbre del más grande «amarrarse una mano» para el otro, cuando todos le suponían más fuerte.

Los maestros comían golosinas en la escuela; pero al alumno le estaba prohibido; y lo peor

era que estas golosinas las pagaban los pobres muchachos, quienes recibían de sus padres los «medios» para el obsequio cotidiano. Cuando fallaban en esto algunos se excusaban con expresiones por el estilo: «Maestro, hoy no pude traerle nada», y el buen maestro contestaba: «Está bien».

Pero el día de gracia de nuestro héroe era el del santo de su nombre. Llovíanle los obsequios. Si era dama, hábilmente hacía saber a sus discípulas, por mediación de alguna persona lo que más necesitaba, y ese día en la cama de la señora no cabían los regalos: medias, cortes de vestidos, cintas, pantuflas, esencias y licores.

Su poco sueldo lo compensaban estos días en que se aviaba para muchos meses. El día del examen luciría parte de los regalos, ya que era de rigor un lujo asiático en la sala de clases y los niños debían llevar sus mejores prendas de vestir para no desentonar con la comisión, que asistiría de gala a presenciar las pruebas desde la amplia mecedora que prestaba algún ricacho, previa contribución para el dulce y la bebida, que no salía del peculio del maestro sino del bolsillo de los padres, muchos de los cuales hacían grandes sacrificios para «empiquetar» a sus chiquelos.

Pero ese día no había castigos atormentadores. La «madrina» estaba oculta con los muebles destartalados de la escuela, y tras el examen vendrían las vacaciones, es decir, la libertad, que permitiría a los niños corretear por los

campos, volar sin impaciencia sus «chichiguas», bañarse a todas horas en el río, sin tener que «curársela» para poder alzar pedazos de arcoiris de una «pancada» formidable después de zabullir en la corriente.

Así estaba el alumno exento de suplicios, en una escuela superior a la otra: la naturaleza, que lo colmaba de azul, de primavera, de risas del arroyo y canciones de pájaros, con los cuales habría de constituir, andando el tiempo, los elementos de la escuela nueva.

LOS REGUEROS.

La época de los recueros pasó, aquel amable tiempo en que parecía estar derramada, en ciudades y campos, la riente cornucopia.

Aun quedan restos de aquella costumbre, pero el encanto de esos viajes de arrieros y de bestias a lo largo de inmensos caminos polvorientos o fangosos, según la época del año, se esfumó de la realidad y sólo persiste en la imaginación que reproduce el trajín de las cabalgaduras bajo la inmisericordia solar o la inclemencia de la lluvia, la poesía tradicional de lo que antes fué, entre dos grandes poblaciones, una cadena de recuas, pues no era sino un ir y venir de animales cargados a la manera criolla, día y noche, por entre montañas abruptas y valles solitarios.

El estado de las vías de comunicación era deplorable. Había que ir de una población a otra a lomo de bestias. El tráfico se hacía de esta guisa y eran en extremo pintorescas, por lo típi-

cas, las escenas que vamos a reproducir en toda su vitalidad de colorido.

Había gran número de recueros. Estos vivían en el campo, en casa de regular apariencia, con cercas de excelente pasto para las cabalgaduras. Alzábase, al lado de la casa, el rancho original, de bajo techo pajizo «a dos aguas», con equipo completo de aparejos, esterillas, fuetes, enjalmas, jáquimas y serones.

El «aparejero» venía periódicamente a construir los aparejos a la propia casa del recuero, o a remediar los que habían sufrido deterioro con el uso. Igual procedimiento seguía el fabricante de esterillas, especie de sudaderos contruídos con la corteza y hojas de plátano, ya secas.

Las tiendas y pulperías vendían a porrillo estos enseres cuya elaboración constituía verdaderas industrias textiles en algunos campos con las tres materias primas principales: plátano, guano y cabuya.

El instrumento para gobierno de la recua era el fute, que servía a la vez para azotar las ancas de las bestias, arreándolas, o estimular la marcha con el chasquido de la rabiza al cortar el aire con violencia. Su uso queda hoy reducido a los viajes a corta distancia y al pastoreo en las fincas.

Compónese de un palo corto manuable, lustroso por el roce de la mano, con una garganta en un extremo, de la que pende un corto hilo y de éste la sogá de cabuya, de unos tres metros

de largo, más gruesa en la proximidad del palo, y que va adelgazándose hasta rematar en cola.

Alzándolo con el brazo derecho sobre la cabeza y describiendo un arco bruscamente cortado con un movimiento ondulante de la soga, produce el estallido tan familiar a las bestias de carga.

A veces, a altas horas de la noche, oía el labriego, desde la burda hamaca crujidora, unido a la canción popular y al «ajo» típico que llovía sobre la dócil recua, el estallido del fuele. Era el trasnochador recuero a quien no intimidaron los lugares grimosos, porque portaba sus armas favoritas, no el «colín» y el «encabao», sino la décima, el cigarro y la botella, y sobre todo «la manífica» o el ensalmo que lo escudaba contra hechizos o apariciones de ultratumba.

Cada animal de la recua llevaba un nombre, al que daba origen el color o alguna imperfección física, del bruto, su procedencia o alguna otra circunstancia. Y así había «El Bayo», «El Rucio», «El Gacho», «Pisaflo», «Andafino», «Montero» y otros nombres parecidos.

Por su resistencia física para largas jornadas y lo económica de su alimentación, se prefería al mulo, por aquello de que

En jallando aiguna cácara,
agua a tiempo y un pelao,
poi má caiga que le echen
no tará nunca ajilao.

En tanto que el caballo requiere «ceicao sobrancero de yeiba, agua buena y mejoi trato».

No obstante el mulo tiene mañas que hereda de su padre, el burro. De ahí lo suelto de patas para pintarlas fácilmente en las costillas de algún improvisado recuero.

Cuando no es suficientemente manso, «tira pai monte, como la guinea». Siempre había uno voluntario que no dejaba el camino, al que los recueros denominaban «El práctico». Era curioso verlo. Lo cargaban primero que a los otros y parecía ufanarse del papel que le confiaran. Si otro quería tomar la delantera, le amusgaba en señal de protesta y como siguiera la temeridad hacía uso de sus dientes o imponía la autoridad de sus patas. Era el que llevaba el cencerro, y toda la recua lo seguía.

La operación de cargar era harto penosa. En la calzada del establecimiento y hasta en el medio de la calle, —¡tal era entonces la ausencia de vehículos!— se situaban las cargas: muchos pares de serones «del mejor guano de la Sierra», llenos de frutos del país, si iban del interior para las poblaciones marítimas, o de mercancías y provisiones, si de éstas al interior.

Un empleado del almacén rotulaba, con la firma de la casa expedidora, los serones que, hermanados con sogas, eran echados entre dos peones sobre el lomo aparejado de las bestias.

Una de las cargas era de dinero en sonantes onzas españolas y americanas o en plata del cu-

ño mejicano. Millares de pesos eran conducidos en cargas, y es fama que jamás se registró un robo en aquellos caminos limpios de malhechores. Tan honrados eran los recueros como los demás traficantes

En ocasiones los tragos a botella escurrida obligaban al recuero a «pasar el jumo» sobre la carga repleta de valores, y cuando «se desaturdía» hallaba intacto el dinero que permaneció indiferente a las miradas de los transeuntes. Increíble hallarán la relación quienes no hayan oído como nosotros, en boca de antiguos recueros, la relación de esta costumbre.

No era sólo el respeto que inspiraba lo ajeno lo que determinaba esta conducta, sino la sencillez de la vida, libre del tormento y las preocupaciones de hoy, en que todo era abundancia, por lo que dan en decir nuestros abuelos, suspirando por lo que no ha de volver, que eran «tiempos en que los perros se amarraban con longanizas».

Llevaban, para el «sancocho» de rigor, la «banda» de tocino o de cecina, dentro de flexible yagua, gruesas «manos» de rulo y menudos «calabazos» llenos de la mejor agua potable.

¡Qué sinceridad en los servicios mutuos! Había entre ellos el «tornapión», que era el acto de ceder uno a otro un peón de recua a cambio de un servicio igual.

Como veterinarios prácticos ponían limón y ceniza sobre las rojas mataduras después que descargaban y eran puestas al sol las esterillas,

húmedas de sudor y de sangre. Con la cebadilla limpiaban sus bestias de gusanos y alejaban las moscas que ponían, en las heridas de los brutos, sus larvas o «querezas», lo que también lograban con ensalmos en las huellas del animal enfermo.

A esta amable historia de recueros estaba unida la mujer. A unas cuantas horas de jornada se echaba al medio del camino, al oír el cencerro y la consigna del fueite, alguna guapa campesina. Era la querida del recuero. La recua deteníase, por fuerza de hábito, frente a la casa. Nuestro tipo desmontábase, gastaba con ella mil caricias, desceñíase el pañuelo atado a la cabeza, le daba el cabo del cigarro, el bulto con la carne, y esperaba, junto con sus peones, el plato favorito.

Era aquel dulce encuentro reparador como el sancocho, sedante como el sueño y fresco como el agua. Si era de tarde sentía necesidad de descansar, de recojerse en la intimidad de un viejo afecto y olvidar bajo un techo hospitalario las torturas de las noches lluviosas pasadas bajo una «cobija de vaca», junto a las cargas vigiladas de continuo para defenderlas de alguna corriente llovediza, o bien los largos días en que la necesidad lo precipitó a un río «hondo», a defender unas cargas en peligro, desafiando la muerte en medio de las aguas. Todo eso lo compensa una noche de amor en el hueco dulce de una choza.

Así, entre unos brazos que esperaban, no le atormentaba el recuerdo de las pobres bestias

son víctimas de una musicalidad cómica, que las pone a bailar los giros de una prosodia macabra en presencia de gente culta, y así no son extrañas entre nosotros, expresiones como éstas que anotamos en una casa de negocios: «Quiero dos briscas de jashón».

Hace poco preguntamos a la madre de un niño a quien el médico había sometido a un régimen dietético, qué le daba de noche a la criatura, y por toda respuesta nos dijo alargando melosamente la palabra: «Téees».

La forma más común del «fisiqueo» es la prodigalidad de la esc. Se registra también una forma muy usual de este defecto y es la costumbre de suprimir letras en algunas palabras, por lo que hay físicos que dicen: «ensarté la auja», «traje el beuco», «limpié el coín» y «me cortés las ejas». Cuando más se esmeran en pulir la conversación, peor hablan.

Para darse cuenta de la diferencia de pronunciación de unas mismas palabras por esta clase de personas, hay que observar primero cómo hablan ellas entre los suyos, dentro de la sencillez del trato familiar, y cómo se expresan cuando están en presencia de personas capaces.

Los que se dan a la tarea de coleccionar las voces criollas necesitan tener muy en cuenta esta particularidad de nuestro tipo para no incluir en la lista de palabras terminachos que sólo tienen un empleo accidental. Tan pronto como el físico se despoja de su anormalidad habla de un modo distinto de como hablara cuando creyó

necesario pulirse en presencia de ciertas personas.

Los abogados y los médicos se dan continuamente con curiosos ejemplares del tipo a que nos referimos. Para éste tales profesionales son los más dotados de sabiduría; su ciego afán de pulimento adopta en presencia de ellos su máximo de extravagancia. «Jesú, que alor, parece que va a llovei andelas», decía una vez cierto «físico» mientras hablaba con su médico.

Otra manifestación del «fisiqueo» es el hábito propio de los que oyen palabras desconocidas que les suenan bien o les seducen por su rareza y las retienen para usarlas en el primer velorio o fandango a que asistan personas intelectuales, y de tal modo se preocupan porque llegue la oportunidad de lucir su dulce hallazgo, que no están tranquilos hasta desahogarse a sus anchas con la pronunciación del nuevo término.

Y viene como tapón a la botella un cuento de nuestro personaje popular el conocido y celebrado Gollito Polanco, quien oyó una vez llamarle al camino real «intransitable». Camino intransitable, camino malo,—pensó—y la nueva palabra, como si pugnara por salir a manifestarse en boca de nuestro buen hombre, espoleó su imaginación hasta que la enfermedad de su consorte vínole de perilla al asunto. «Dotoi, corra, que mi mujei ta intransitable», dijo al médico como quien usa una prenda por primera vez.

Pero el sujeto que mejor ha perfilado hasta ahora el tipo que informa este trabajo era un

tal Vicente, vecino de Cerro Gordo, en cuyo lugar levantó un predio y una casa en la que vivió rodeado de comodidades. Lo visitaba mucha gente distinguida y se habituó al «fisqueo». Hablaba con más eses que el viento entre los pinos.

A propósito de esto refiérese lo que a modo de cuento vamos a relatar. Celebrábase una fiesta en Mao, a la que concurren algunos jóvenes vecinos de Guayubín, quienes libaron con tal desprecio de sí mismos que al retornar en la madrugada perdieron el camino después de haber perdido la cabeza. El trajín era penoso y estaban fatigados cuando oyeron la voz de unos perros que tenían que ser los de Vicente porque ladraban: «Jaus, jaus, jaus». En seguida creyeron haber llegado a Cerro Gordo, y efectivamente así era pues a poco de andar trinó un gallo: «Cuscuscús», y unas cuantas gallinas: «Coscoriasco, coscoriasco».

No hay duda—se dijeron—estamos en Cerro Gordo: estos son los animales de Vicente, que han aprendido con él el «fisqueo».

LA SIEMBRA DEL MAIZ.

Pocas escenas de la vida rural dominicana nos han proporcionado mayor interés y observación que esta de la siembra del maíz. Parece-nos estar viendo el pintoresco cuadro, henchido de sol, de gracia, de naturaleza jocunda y palpitante. Pintémoslo para dar, a quien no lo haya observado, una idea de esta costumbre.

Fué en un campo habitado por una familia pobre a quien la sequía atormentaba horriblemente. Había que sembrar maíz a todo trance, pero el cielo seguía inclemente con la tierra. No llovió en la luna nueva, mas acercábase la menguante en la que fiaba el viejo agricultor, y si algún desesperado le decía: «No llueve ma», el experto labriego contestábale:

«Yo he vito claro llovei,
yo he vito ecampai ocuro,
yo he vito oividaise do
cuando taban ma seguro».

Su palurda ciencia le indicaba la proximidad del agua, y confiando en ella dispuso se desgranara el maíz que había de ser sembrado. Para la operación se eligió una prima noche. ¡Preciosa noche aquella!... En el patio, blanco de luna, sentáronse todos: sobre la calzada de piedras de la casa unos, en sillas de guano otros, y los chicos con las rodillas en tierra, apoyados más que sentados sobre los desnudos talones.

En la mano derecha una «tusa», esqueleto de la mazorca y en la izquierda la que se ha de desgranar, van cediendo los granos al roce del objeto con las hileras de oro. En algunas mazorcas el grano apenas se resiste a la obra, y entonces basta la yema del pulgar para deshacer la rubia dentadura.

Entre tanto hablan algunos de la dura sequía, otros de la próxima fiesta o de la última «vela» habida en aquel sitio, mientras la guapa moza de la casa siente a ratos golpear su corpiño, cuando más distraídos se hallan los demás, el grano certero, acariciador, lanzado por un listo mozo del lugar, que no deja de verla un solo día y le lleva los más ricos cajuiles, los mejores mangos pintones y las flores más lindas de la huerta.

Este grano de maíz que el pulgar y el índice arrojan en ademán galante, es un piropo mudo, disimulado por la hermosa, que no siempre rechaza la original galantería pero la reprocha con una mirada temiendo que el grano se desvíe y vaya a dar en otro cuerpo, con mengua de la intriga amorosa, o que los chicos, para quienes

nada pasa inadvertido, den con el secreto y la sonrojen con una indiscreción.

La predicción del viejo agricultor fué cumplida. La menguante trajo copiosa lluvia que bebió con avidez «el polvo sediento». Fué una tarde. Era la primera lluvia de mayo. La hija mimada de la casa corrió a la puerta del patio a lavarse la cara, no para rejuvenecer, pues que era moza, sino porque joven como era, sería más bella con la virtud de la primera lluvia de mayo, a la que se atribuye un admirable poder renovador.

La lluvia fué atenuándose, y manchó la pureza del albino cielo una repentina invasión de alas negras. Eran golondrinas que entregaban, a los últimos alfilerazos de la lluvia, el eterno dolor de su plumaje.

El día precursor al de la siembra tuvo una ardorosa mañana de oro y una fecunda tarde de plata, tarde blanca de lluvia en que el cielo no parecía otra cosa que una malla perlina incendiada a trechos por la inquietud luminosa de un relámpago.

Y llegó el día señalado para la siembra. La diafanidad del aire, con el lavado del cielo de la víspera, daba la perfecta ilusión de un acercamiento de montañas. En el rastro de la lluvia sobre la diminuta arena del camino, los primeros rayos de sol herían las partículas de mica cuyo reflejo agregaba más hermosura al prólogo de aquella siembra.

Encamináronse al conuco, pertrechados de batata asada y chicharrones de cuero, el dueño de la hacienda, un robusto peón, una linda moza, dos rollizos nenes todos descalzos, los hombres con el ruedo del pantalón de fuerte azul doblado a tres vueltas sobre la velluda pierna musculosa, ancho sombrero de cana, camisa de listado con grandes manchas de plátano y largos cuchillos en la cintura, y la niña con falda de «salpuria» azul recogida en alto en forma de tontillo, y sobre la cabeza, de negro pelo en ondas, el alarde blanco de un jazmín.

Van rompiendo cristales de pozos con los pies lavados y perfumados al mismo tiempo por la hierba. Por fin llegan al conuco en cuyo suelo la lombriz de tierra, maestra del arado, muestra su delgada cinta contráctil a los ojos inquietos de los sembradores.

Y se inicia la tarea. El oro del maíz pasa del pesado cántaro al fondo de las blancas «jigüeras». De una a otra empalizada del conuco se tiende un delgado cordel de cabulla para guía del puyador que ha de hacer los hoyos de modo que al nacer el fruto se destaque la simetría de la siembra.

Y he aquí, en una pincelada lírica, la pintoresca escena matinal:

¡Con qué gusto siembran
el grano fecundo
los agricultores!
Un peón robusto
va tendiendo un hilo

de uno al otro punto
de la empalizada
que cierra el conuco,
y detrás le sigue
rebosando júbilo
otro campesino
de potente músculo.

Lleva entre las manos
el «puyón» agudo,
y siguiendo el hilo
que le marca rumbo,
prodigando hoyos
va por el terruño.

A su espalda siguen
dos muchachos rudos
y una buena moza
de cabello obscuro.

Llevan en un «coco»
de «jigüero» el fruto;
con la diestra toman
el grano fecundo:
inclinan el cuerpo,
miden bien el punto,
sobre el hoyo caen
cinco granos juntos,
y cierran el hoyo
con el pie desnudo.

LAS VELAS.

Otra costumbre muy en boga entre la gente de campo son las «Velas», prácticas religiosas que se celebran de noche, como su nombre lo indica, por el alma de algún difunto o por alcanzar una gracia del Cielo solicitada con vehemencia.

Las hay de dos clases: «Velas de muertos» y «Velas de ofrecimientos». Las primeras son las que se hacen a los nueve días de haber fallecido la persona en cuya memoria se celebran, o al cumplirse el primer aniversario de la defunción. Las segundas, llamadas también «de canto», se celebran en cualquier tiempo y son divertidísimas. Mientras en aquéllas domina la gravedad del culto con alguna tolerancia para los cuentos fuera de la sala de oraciones y en la cocina cerca de la olla incitante, en éstas toda la sal del buen humor campestre asoma en los cuentos, chistes, cantos y adivinanzas que constituyen parte importantísima de su programa.

Nos detenemos a pintar esta última clase de velas según la hemos visto en los campos de Valverde, en donde son, por lo común, bailables. En esto difieren de las que se celebran en las secciones rurales de la común de Santiago.

La casa, a la vera del camino, es un primor de rusticidad. Por lo regular es de madera de palma, más resistente que la de pino, de puertas bajas y estrechas, una al frente y otra del lado del patio, con dos ventanas también al frente, pintada de blanco con las puertas rojas. De ordinario tiene una sala común a dos aposentos, que sirve a la vez de comedor, en uno de cuyos rincones se eleva, sobre un tronco de tres ganchos a modo de trípode invertido, la fresca tinaja, «curada» para que no lllore, y más de veinte coquitos de «jigüero» pulidos y traslúcidos, con honores de vasos a los cuales sirve de vajilla la palma de la mano. En los setos, la mar de cromos de anuncios, presidido todo aquel conjunto de pinturas por la fotografía del caudillo predilecto.

Estas casas lucen desde temprano, sobre la cuerda que sujetan dos horcones de madera, el ansiado tocino puesto al sol o la gorda cecina reflejada en las pupilas fosforescentes de los gatos.

Da gusto el patio llano, barrido con ramos secos de palma después que el verde grano se desprendió de ellos para cebar lechones, largas escobas denominadas «tiringüillos», o con la otra escoba de «tremolina» cuyas cáusticas hojas pre-

servan la casa de chinches y de pulgas. Es un encanto. Las púas del jericó fingen juegos de embique al destacarse en las agudas puntas los blancos cascarones de huevo que honrada mano femenina fué colocando después de cada almuerzo en prenda de una estética barata.

Y es un primor la tosca empalizada, modelo de arte criollo, que forman gruesas astillas inclinadas entre pares de estacas enterradas en el suelo y asidas con bejuco o alambre fino y que dan idea de la previsión del buen hombre de campo, que al inclinar las astillas evita la retención del agua sobre la madera, impidiendo que se pudra antes de tiempo.

En la casa todo ha sido dispuesto para la ceremonia. El seto de tablas «pisadas» que respalda el altar ostenta dos o tres sábanas unidas con alfileres, cuya blancura profanan grandes letras bordadas con hilos de insolente púrpura. El viento que se cuele por las rendijas que dejó sobre algunas tablas la grosería de un clavo, hincha las sábanas que pasan las horas en un continuo ir y venir, semejante a un blanco seno que abulta y comprime la respiración. Delante de las sábanas, la mesita forrada de percal sobre la que descansa el dolor de un crucifijo iluminado por grandes velas bendecidas el día de la Candelaria.

Por angostas veredas que cubre a trechos la rastrera encajería del campo, van llegando los grupos al caer la tarde. Mozas garridas, de gentil figura pero de andar desfigurado por las

cárceles con que ofenden la soltura del pie libre, señor sobre la hierba, llegan hablando como cotorras, la falda erizada de «cadillos» o arañada por las mayas. Mezclan su ramplonería prosódica al crujir de los zapatos cuyo ruido sofoca a intervalos la arena del camino. Traen unas, sobre el rebelde pelo que amansó la grasa, la encendida rosa, alegre sobre el búcaro del moño; en otra cabeza, de abundante pelo, alardea una cinta; en otra unos ojazos vivos y centelleantes retan a la sombra de un sombrero de cana. Del corpiño, abultado por líneas imperativas y audaces, brota la más escandalizadora esencia, que se adelanta en llegar al sitio de la vela diez minutos antes de que lleguen las mozas.

Los rezos duran un par de horas. El acordeón suena con la altivez de un gallo de cuadra afilado para la pelea. La tambora se alista. Ruge el ronco parche entre las piernas del sandunguero tocador de oficio al sentir los bolillos tentadores, y el toscó «güiro» se queja de placer arañado por el puntero de alambre que va y viene sobre las rayas transversales del «bangaño» corvo. Los brazos ciñen; ceden los pies sobre el duro piso; las curvas juegan intrigadas por el movimiento hasta que al fin cesa violentamente el «merengue» y los músicos, encarándose a uno de los bailarines, profieren en voz alta: «La paga uté!»

Desde temprano se brindó café y cigarros que las viejas guardan, mientras rezan, en los anchos bolsillos de la bata y las jóvenes entre la seda laberíntica del moño. No hay escrúpu-

lo en prestarse los «cabos». «Prétamelo pa dai una fumaita», se dicen los unos a los otros, y el resto de «túbano» recorre a veces más de doce bocas, como una misma semilla de mango la boca de varios muchachos.

Y ahora, la comelona, el atracón de tocino asado, o el bravo sancocho engullido a media noche, «pisado» con un trago; el tónico café, que suma su olor al de «la cuaba» cuyo alarde rojo baila un tango con la brisa, hasta que surge otro género de diversiones: los cuentos, a veces como «ají montesino», las adivinanzas y los cantos bailables. Estos últimos son bien curiosos. Las parejas bailan al són de esta rara tonada:

Rondé, rondé, rondé batalla,
Rondé, rondé, y bueno que baila.

O esta otra, muy divertida, en que la primera palabra la canta uno solo y el resto de la estrofa es entonada a coro:

Comandé, yo no sabía,
Comandé, que uté bailaba,
Comandé, por eso yo,
Comandé, no lo invitaba.

O bien la que sigue:

Reveidé, palomita mía,
Reveidé, donde tá tu nío,
Reveidé, enei pino veide,
Raveidé, todo florecío.

Y todo esto sigue, cada vez más animado, entre los cantores de más fama, que con la ra-

ción de a media noche duran hasta la madrugada, hora en que el concierto de los gallos se une al de la vela y todos se retiran, cantando a viva voz por el camino lleno de «animitas», entre otras cosas, este primor de letra, poco galante pero filosófica:

Hay que entendi la mujei,
poique ella e como la avipa,
que si uté la floja, vuela,
y si uté la aprieta, pica.

EL VELORIO.

Entre nuestras costumbres, una de las que tienen un carácter más digno de ocupar la atención para un apunte psicológico del medio, es el velorio.

Tres planos distintos ocupa el público que asiste a los velorios: el de los que comparten con fidelidad el pesar de los dolientes; el de los veloriómanos, que van a comer y a contar cuentos para sentir la sensación de una traspasada festiva, y el de los enamorados oportunistas, señores y damas de ocasión, que ven en el velorio un campo fértil para dar esparcimiento a un deseo reprimido, o un medio fecundo de ocupar ventajosas posiciones para el triunfo de una política amorosa.

Así, el observador que se coloca fuera de aquella escena, comprenderá que la alegría, que asiste con un carácter de intrusa, se adueña casi por completo del campo, reduciendo el dolor a sus más estrechos límites. En el piadoso recinto

donde la pena oficial rodea al cadáver rindiéndole la triple ofrenda de cirios, lágrimas y flores, el corazón amigo derrama sobre la angustia de la herida abierta, como un bálsamo, la expresión consoladora; pero en las demás habitaciones y en el patio y enfrente de la casa, teatro de tan diversos espectáculos, se advierte una injustificada invasión de motivos extraños al fin que congrega a tanta gente.

Aquí la osadía de una mirada femenina forma encuentro de luz con la temeridad de unos ojos de galán rendido y complaciente. Es una irreverencia perdonable. La provocación es ocular y el pudor mantiene su puesto amparado en la distancia.

Allí es el náufrago de un beso salvado por unos labios en el resto de un sorbo de café o el milagro de una promesa hecha bajo la blanca discreción de un pañuelo. En otro sitio una mirada intrusa se abre camino por entre la picardía arrogante de un escote, mientras en la calzada del frente o en el patio de la casa los devotos de los cuatro héroes de la larga vigilia, el Pan, el Queso, el Café y el Cigarro, agotan los instantes en la amable charla, riendo a quijada suelta frente al hábil hacedor de cuentos que asume en el velorio una importancia superior a la del muerto, recorriendo de uno en otro la serie de episodios de la vida trasnochadora y galante, tejida de incidentes picarescos y de escenas rosadas de la media noche.

En ocasiones quisieran los dolientes evitar la osadía imperdonable del chiste en aquel ambien-

te que sólo debería ser de paz y de oración; pero la nota del reproche se perdería en ese desconcierto de almas profanas que se olvidan bien pronto de la pena que las ha congregado en aquel sitio, y acaso impida la actitud de protesta del doliente el recuerdo de que en otro velorio se abrió su alma a la caricia del primer amor o sintió en su blanca mano, si es mujer la que recuerda, la capitulación del primer beso.

Así el cuadro fiel de los velorios: ayes y sollozos alumbrados por los cuatro cirios, símbolo de los cuatro evangelistas, contrastando amargamente con la frivolidad del tenorio callejero que relata sus aventuras pornográficas entre el humo del cigarro y el incitante néctar que espanta el opio del sueño y enciende en cada espíritu la fiebre de locura en que se desenvuelve la pintoresca imaginación popular.

Desde la primera hora de la madrugada, extinguida ya la fuente de los dulces atractivos, comienza el desfile de la concurrencia, y cuando el pico de los pájaros se abre jocundo a las primeras caricias del amanecer, se hallan casi solos, en medio del cuarto de oraciones, el muerto y los dolientes.

LAS BOTIJAS.

La creencia en la incapacidad en que se hallan para alcanzar la eterna gracia los que abandonan el mundo dejando enterrado su dinero, es una idea que está fuertemente arraigada en la mente popular.

Su avaricia la paga el desaparecido haciendo «visajes» en el sitio en donde ha hecho el entierro, según expresión de la gente crédula y confiada en estas cosas, y es fama que mientras el ánima en pena no hace porque alguno la libre del tormento, extrayendo del suelo la riqueza, no podrá ser admitida en el eterno Paraíso.

Estaba muy generalizada la costumbre de enterrar el dinero, depositándolo en botijas que se destinaban a esta operación, costumbre que no ha desaparecido totalmente en el campo, en donde no faltan quienes conserven esta modalidad característica de sus abuelos.

Muchos españoles ricos, obligados a desocupar el país durante la guerra de Restauración,

dejaron enterrados sus tesoros, circunstancia que ha dado lugar a muchos hallazgos repentinos que cambiaron la suerte de un pobre hombre de campo en el breve término de un día.

Aquellos españoles eran muy dados a utilizar la tierra como depositaria de sus economías, y lo prueba el hecho de que «botijas» encontradas en varios países de América estaban resplandecientes de oro español acuñado.

El interés en hallar una «botija» reviste dos aspectos: librar de apuros al vivo y de penas al difunto. El vivo, por su parte, se compromete a pagarle al muerto con misas y oraciones el legado que le hizo sin necesidad de testamento.

Esta abundancia de «botijas» y el afán de heredar los bienes de otro sin títulos ni documentos que justifiquen la herencia, dió lugar a una nueva profesión: la de aquellos que saben «hablar con los muertos». En efecto, el dinero enterrado sólo puede ir a manos de la persona a quien el muerto haya elegido para dárselo. Ninguna otra persona podrá dar con él aunque haga la excavación en el sitio mismo del «entierro», y si alguien tropieza ocasionalmente con una fortuna de esta clase, se asegura que es inevitable la aparición del difunto y que se requiere una extraordinaria presencia de ánimo para resistir el efecto de aquella visión inesperada.

El sitio en donde hay una riqueza de esta clase se caracteriza por los «asomos» que hace en esas inmediaciones el espíritu en pena que allí

ronda durante la noche, purgando de ese modo su avaricia.

Estos grimosos lugares fueron causa muchas veces de que nuestros transeuntes pasaran por allí silbando para espantar el miedo o entonando la décima criolla a todo pulmón, revólver en mano, para responder con una detonación al primer ruido que le erizara los cabellos, no sin antes «aplomarse» con media botella de ron, que siempre fué el trago corto aliado inseparable de los tímidos.

En previsión de que pudiera ser brujo el aparecido se llevaban cápsulas con una cruz en el plomo, y se tenía el cuidado de que el tiro no resultara por detrás, en cuyo caso grita inevitablemente el difunto, si tal es el aparecido, aumentando de ese modo la confusión del que se halla en tan horrible trance.

Así las botijas han sido y son aún la lotería de la buena y sencilla gente de campo, acostumbrada a ver muchas fortunas que tuvieron su origen en la extracción de un capital otorgado por voluntad expresa de un difunto, al pie de un grimoso tamarindo, árbol especialmente escogido para confiar a su secundo tronco, más negro cuanto más cargado de años, el secreto que ha sido muchas veces revelado por la indiscreción de una corriente de agua que filtrándose por los poros del terreno mina la solidez subterránea y pone al descubierto, con la violencia de un derrumbe, la obra oculta en que se vió un día complacida la voluntad grosera de un avaro.

LAS "BOMBAS".

Nuestras revoluciones crearon un tipo esencial que no debemos perder de vista en esta obra de costumbres vernáculas: «el bombero».

Se caracterizaba el «bombero» por el impío afán de impresionar con alarmantes noticias, abultadas adrede para infundir temor a los espíritus asustadizos que, desde que un bravucón de sable en mano, ducho en alzamientos contra el poder constituido, se acantonaba en un lugar, no hacían más que estar pendientes de los sucesos para ponerse a salvo de las balas tan pronto como oyeran la primera detonación.

Tales noticias recibieron el nombre de «bombas», y a fe que les venía bien el nombre porque apenas llegaban a una casa hacían el efecto de una bomba explosiva. «No están lejos y pronto estará el tiro chango!» —decía uno por lo bajo—. En seguida el instinto de conservación dictaba rigurosas órdenes caseras: la limpieza del sótano que permaneció en tiempo de paz a merced de

repugnantes sabandijas, la provisión de manteca, garantía de frituras y de guisos mientras durara el asedio de la plaza por las fuerzas rebeldes al Gobierno, y otras medidas de resguardo personal.

Si la «bomba» llegaba en horas de clase, los padres mandaban a la escuela por sus hijos y las aulas permanecían desiertas durante muchos días.

Los vecinos de un barrio abandonaban de noche sus casas inseguras, de setos de madera propicios a la acción perforadora de los proyectiles y se refugiaban en edificios de mampostería, en donde dormían en promiscuidad familias enteras en las cuales parecía haberse olvidado toda noción de sexo.

Había personas tan pagadas de las «bombas» que las autoridades tenían que perseguirlas pues a pesar del célebre dicho de que «con bombas no se tumba gobiernos», que solíamos escuchar en boca de aguerridos militares, también hubo casos de revoluciones que se ganaron a fuerza de «bombas».

Entre las personas habitualmente consagradas a este género de ociosidad, habíalas que no se guardaban de disimular ante las autoridades su ruin ocupación, y acababan por ir a la cárcel como perturbadoras del sosiego público. Jactábanse de decir la verdad y les complacía en extremo ver amilanarse los ánimos de pobres mujeres que no daban a sus dedos más ocupación que la del rosario, cuyas cuentas repasaban en sucesivos tercios.

Como todo el que comenta una cosa algo le agrega, a lo mejor volvía al punto de origen de tal modo aumentada y corregida una «bomba», que el propio autor de ella solía exclamar al escucharla: «Si esa es la mía, ya no la conozco».

La época «conchoprimesca» está llena de interesantes episodios sazonados con la sal de las «bombas» que, si bien eran intolerables por el mal que causaban a los pobres de espíritu, que les daba por la dieta rigurosa no bien las oían, contenían humoradas de subido valor típico.

Y ya que empleamos el término «conchoprimesco» expliquemos a guisa de historieta el origen del vocablo. Concho Primo es el tipo característico del pueblo insurgente, que resume toda la modalidad de nuestro temperamento impulsivo, levantisco, indisciplinado y heroico, que llenó toda una larga época en la vida política dominicana.

Hallábase acantonado cierta vez uno de nuestros más empedernidos generales a quien los demás tenían por brujo según las cosas de valor temerario que le veían hacer sin que jamás pagara su pellejo el caro tributo impuesto por el arte de la guerra.

En una ocasión trabóse fiera lucha entre fuerzas del Gobierno y el grupo subversivo que él capitaneaba. Tal arrojó hubo en la lucha que en el momento más crudo del ataque pudieron distinguirse el viejo general y un primo suyo que le retaba con orgullo, cuadrado como un gallo padre que impone su hidalguía entre las hem-

bras de su «comedero». Al reconocerlo entre sus enemigos gritóle en tono exclamatorio: «¡Concho, Primo!» .. y desde entonces la histórica frase dió origen a la nominación del personaje característico que nos ocupa.

Pero volvamos a las «bombas». Entre estas había propicias a los temperamentos pusilánimes, y eran las de procedencia oficial, que se publicaban en los diarios por orden de las autoridades para despistar al público respecto de los triunfos de los revolucionarios sobre las fuerzas del Gobierno. Los periódicos tenían entonces una circulación extraordinaria. Por este tenor eran las «bombas»: «Ayer las tropas libraron un combate con grupos de «gavilleros» que se desbandaron vergonzosamente dejando en el campo caballos, armas y municiones». Esto confortaba a las pobres mujeres que pasaban largas noches de vigilia, contando las horas como cuentas de rosario.

Pero tales «bombas» tenían sus contrarias, y los duchos en artimañas de esa naturaleza decían al leer la información política de los diarios: «Quieren ganar metiendo chivos».

Y en verdad que así era. Por lo común las «bombas» oficiales surgían en los momentos de mayores crisis para el Gobierno.

Cuéntase de un militar encargado de la custodia de una plaza, a quien una «bomba» desconcertó de tal modo que, dominado por el temor de ser sorprendido a media noche en un viejo for-

tín sin condiciones estratégicas para la defensa, cayó en el ridículo más vergonzoso.

Apenas entrada la noche oyó nuestro buen hombre el ruido que hacían unos chivos que se hallaban en la vecindad de aquel lugar. El ruido venía precisamente del lado que indicaba la «bomba». De repente, con asombro de todos los que le acompañaban, emprendió la fuga porque en su turbación oyó la voz de un chivo. «Be be ho ho», que a él le pareció que decía: «Ahí vienen lo bolo». Era la «bomba», que le había explotado en el cerebro.

SAN ANDRÉS.

De las viejas costumbres que no han alcanzado entre nosotros honores de supervivencia tenemos el célebre juego de San Andrés, desaparecido hace más de quince años.

De fijo no sabemos por qué pudo caer en solfa el noble pescador hermano de Pedro, como reza una tradición. Nada nos dice de esto la historia del santo, si bien cabe inferir la posibilidad de que fuese fisgoneado alguna vez, a juzgar por la inscripción que figura en torno de la imagen de este santo en la medalla de la Orden religiosa de su nombre, fundada en 1540 por el rey de los escoceses, la cual orden componíase de doce caballeros por el número de los apóstoles. La original leyenda reza: *Nemo me impune lacessit*: «Nadie me ultrajará impunemente».

En efecto, la idea de ultraje junto a la imagen del santo en esa insignia decorativa concuerda con la tradición de que el apóstol fuera objeto de zumba en alguna ocasión.

Sea cual fuere el origen de la costumbre, lo que nos interesa es vivirla en la recordación, excitar su memoria para regalarnos con ella ya que hoy ha de parecernos hermoso lo que ayer tuvo marcado sello de vulgaridad.

Desde la víspera comenzaban los aprestos para la típica jugada. Los rastreros nopales, ponzoñas de los terrenos áridos, ofrecían su barata púrpura que manos femeninas trasegaban de su propio estuche a los cascarones de huevos que, una vez arrojados sobre las personas, daban la ilusión de una herida provocada por el certero proyectil.

El bambú cedía a la par sus cálamos airosos que manos traviesas de muchachos cortaban para trocar sus gajos en útiles jeringas. Segaban el espacio medianero entre dos nudos, perforaban los extremos con sendas aberturas desiguales, adaptándole al mayor de los agujeros un émbolo que hacían de palo y trapo. Introducida en los pozos la rústica jeringa, tiraban del émbolo y la llenaban de agua sucia destinada a jugar un papel importante en la burda escena callejera.

El almidón y cuantos menesteres concurrían al éxito brutal de la fiesta, se agotaban en los ventorrillos y pulperías.

Desde el apagamiento del último «¡Quién vive!» en la vieja puerta de Prevención, comenzaba el tráfigo de jugadores, que llevaban trajes jubilados ya del servicio dominguero, de dudosa tinta, con los bolsillos tirantes por el peso del al-

midón. De repente un asalto a una casa. La turba acometedora ganaba la principal habitación. La lucha era reñida: Manos polvosas que se abrían en un parto de nieve sobre cabezas adorables; cascarones viajeros que iban a morir, hemorrágicos, en una blusa altiva acribillada de chorros perfumados; una ventana abierta con estrépito, y un río improvisado que salía por ella hasta dar con un rostro empobrecido por la exaltación jubilosa.

En el pavimento rodaba más de un combatiente tinto en sangre de nopales; diríase sobre un lecho de rubíes.

Caer y tenderle una mortaja de almidón, todo era uno.

Así se jugaba en las casas de familia. En la calle era distinto. Rayaba en patanería. Grupos de hombres y mujeres del pueblo recorrían, provistos de cántaros, determinados barrios de la ciudad. Casi siempre el llamado «Norte de San Andrés» se iniciaba en las postrimerías de noviembre, y las calles ofrecían a los jugadores abundantes pozos, pasto de las groseras jeringas de bambú e imán de latas y jigüeras.

«¡San Andrés! ¡San Andrés!» era la frase que volaba en alas de la estridencia popular. ¡San Andrés! decían también boquitas adorables que jugaban con sonrisas.

Al encontrarse, grupos de distintos barrios se emporcaban con agua llovediza, rodaban al suelo, incorporábanse, las mujeres sofaldadas a

veces en la lucha, chorreando agua los cabellos o enseñando, por las rasgaduras del vestido, intimidades de carne pecadora.

En la fiebre retirábase, con un chichón en la frente, algún porfiado luchador.

Ese día no había chico con saqueta, camino de la escuela. Los más traviesos apostábanse en esquinas. De pronto un grito de sorpresa. Un «ajo» amenazante y una mano iracunda, bastón en alto, persiguiendo de cerca a un chico burador. Para estos chicos no había reparos ni miramientos. De todos los transeuntes hacían burlas: del magro vejestorio que se apoyaba en un garrote con honores de bastón, del pobre zancajoso que apenas podía andar, de la beata a quien le amanecía bajo el campanario de una iglesia, armada de rosario y libro de oraciones, a quien anticipaban, el asperje plantándole en el rostro mal cubierto por la manta, el insulto de un chorro mal oliente, y de cuantos acertaban a pasar cerca de ellos.

Desde el anochecer había el cierra-puertas de rigor en aquellas casas que permanecían ajenas a la costumbre; pero aun así participaban a veces del imprudente juego.

Una rendija indiscreta o el ojo de la cerradura atraían a los jugadores. La jeringa era aplicada a la abertura y luego, un grito de espanto seguido de palabras maldicientes. El tubo de la lámpara estallaba, con estridencia de cristal herido, y las familias se quedaban a oscuras.

Era el día de la tolerancia. Los gallos podían ser jugados hasta en los caminos reales, con el asenso de los rematistas de galleras y de las autoridades. Era día «tupío» para los «desafíos». Estaba la pluma «changa» en el patio, el «tendere» de trabas y una confusión de clarines agudos...

Al día siguiente, gafas de color en muchos ojos caídos en desgracia; lavado de cabezas que amanecían como pelucas de dama antigua; demanda de tubos en las tiendas; el relato de escenas a lo vivo, en que perdieron, por igual, orejas sus aretes, dedos sus anillos y anillos sus piedras rutilantes; más de una «pollera» averiada, candidata a trapo de olla; zapatos húmedos, resistentes a tolerar el pie; manos ampolladas en la lucha, callos resentidos por los pisotones, y el cuerpo sembrado de cardenales.

Y como gaje de la fiesta, el goce de un encuentro feliz bajo el arco de un chorro cristalino arcoirisado por la luz de unos ojos que rubricaron promesas jugando a San Andrés y al amor, en un rostro amable pintiparado para el beso.

Y en los oídos fatigados, como un eco de la balumba callejera, la típica frase: «¡San Andrés, San Andrés!»

EL SABADO.

El sábadó es entre nosotros, no lo que fué para los israelitas, que lo santificaron, sino el día elegido para determinadas prácticas y diversiones que rara vez se efectúan en otros días.

Es víspera del domingo y el diestro jugador de gallos aparta en la arrogante «cuadra» los emplumados de pelea que van a ser sacrificados en la arena al día siguiente.

El pródigo labriego cierra, con la tarde del viernes, la ordinaria faena del conuco. El machete gana su pacífico enganche entre dos tablas del seto rústico de palma a donde van a parar, en red difusa, las hebras de cabello, trofeos del peine uchador.

Es el día de ir por leña al monte, de hacerse de víveres, de aperebirse de agua y de cuanto exige la comelona dominguera.

Los caballos de silla sufren en sus largas orejas, eréctiles en el azoramiento, el martirio de

las tijeras, y en el duro casco el recorte a que se les somete para ver de evitar el encuentro lastimador con los estorbos que les opone el camino cuando el amo, a horcajadas sobre su lomo, eche a andar en busca de la gallera o de la novia.

Todo eso es tarea del sábado desde el alba hasta el bochorno. Y tras el medio día, el ajetre precursor de la festiva noche: la templadura del parche tamboril para afinar la percusión, la prueba del órgano de mano y el ir y venir de la varilla metálica sobre las rayas del güiro bullicioso.

También es el día de las compras en el pueblo. Por centenares van a las ciudades hombres y mujeres, que retornan con ajuares de prevención para satisfacer perentorias necesidades domésticas o hacerse de avíos para cercanos desposorios.

Es también el clásico día de los bautismos y las nupcias. Los templos cobran interés de azahares votivos. En el baptisterio no cesa de caer el agua consagratória.

Desde el amanecer comienzan a entrar en la ciudad muchachos campesinos sobre mansos borricos, entre aguaderas de bejuco repletas de claveles de sangre. En el mercado se hacen de flores las pupilas, a fuerza de copiarlas, y es tan de ver el derroche de colores que se ofrece a las manos pagadoras de aquellas primicias, que las mismas sirvientas, que las compran, nos son sobremañera interesantes aun en la facha grosera

con que van a la feria a hacer provisión de primavera comestible.

Y en las poblaciones, ¡qué de «atareo doméstico»! Un afán ordenador corre como una ola de actividad por todas las habitaciones. Los pisos son lavados, por lindas muchachas a veces, flores de la casa, que se aprestan a mojarse los pies que al día siguiente lucirán lustrosas pieles sobre las cuales se enredará más de un piropo; o bien «pasarán la plancha» a sus vestidos ajados por el roce en la fiebre de una noche de baile.

Para aventuras, el sábado. Presto a las andanzas callejeras la juventud pueblerina consagra al vicio la noche de este día. Venus recibe el tributo de la trasnochada impenitente. Aquí, una pareja embozada que cosecha la madurez de unos amores que empezaron en lirios y acaban en claveles; allí una casa de barrio consagrada al motivo de la expatriación edénica; en otro sitio, la serenata junto a una puerta cerrada en cuya dirección duerme, arrebujaada en linos veladores, la musa de unos sueños azules, y como un vencido de noche, sobre la dureza de una acera, un borracho....

A veces, estos beodos a quienes la parranda deja aturdidos en las calles, son asaltados por los pillastres de la noche. Recordamos el caso de uno de estos abanderados del alcohol, que se quedó rendido en una callejuela, delatado por la luna. Llegóse a él un ducho en raterías, enamoróse de los zapatos recién estrenados de la víctima, que le vinieron como agua al sediento, y

tuvo la humorada de ponerle los suyos. Al día siguiente amaneció corrido el pobre hombre y joh mueca del destino!, con los dedos de los pies asomados a la rotura de unas botas plebeyas.

Igual percance le sobrevino a un campesino que andaba a caballo. Bebió de lo lindo y cuando no podía tenerse sobre la silla, bajó de ella como pudo y se lió en el brazo izquierdo las riendas mientras se arrimaba a una pared.

Acertó a pasar por allí un ladrón que, al verlo en este estado, determinó llevarse el bruto con la jáquima que llevaba atada en una argolla de la silla, dejándole al amo el freno sobre el brazo.

Apenas pudo abrir los ojos, menos aturdido por la embriaguez, notó la ausencia del animal, y viendo el freno en uno de sus brazos exclamó en medio de su desvarío: «Si andada a caballo, lo he perdido, y si andaba a pie, me encontré un freno».

Mas todo esto le sabe bien al joven que trasnocha, a quien se le ve muchas veces con una venda delatora del certero botellazo con que pagó los excesos de la parranda, cuando corría brindando a la luna como un nuevo Pierrot, dentro del coche que va y viene tirado por caballos que amanecen exánimes, con la huella del «fucte» sobre las ancas doloridas.

Pero el punto negro del sábado son los cobros. En los aprietos de bolsillo son pesadas las horas sabatinas. La honradez que no puede

pagar, suplica, desoida a veces por la obsesión persecutoria del cobrante. Algunos se guardan en la casa con orden de que los den por ausentes cuantas veces sean requeridos por sus perseguidores, y es de ver cómo se doblan, con estudiado disimulo, las esquinas, y se botan las calles que más exigen tránsito, o la acera más comprometidora que expone a una llamada impertinente.

Así transcurre el sábado, triste para algunos, pero alegre para la mayoría, que ve en él la puerta de entrada al gran día del Señor.

Sábado de la Virgen para las almas creyentes que van al templo a oír la Salve y a cumplir una promesa. Día de aprestos, de sueños, de citas, de aventuras, necesariamente hermoso porque así lo quiere el vulgo para quien no hay, como reza el adagio, «sábado sin sol, ni moza sin amor ni vieja sin dolor».

“LAS CONFIRMACIONES.”

Confirmar, en la acepción vulgar del vocablo, es, entre nosotros, añadir nombres en sentido burlesco a las personas. No tiene la misma significación de apodar. El apodo es aquí nominación que traduce cariño, simpatía, cordialidad. Así, Concha y Pepillo son apodos o diminutivos irregulares de Concepción y de José, respectivamente; no así «Doble Feo» y «Figurín de portada», aplicados a personas a quienes se les atribuyen cualidades en relación con la idea contenida en esos nombres.

En las «confirmaciones» se gasta, por lo común, mucho ingenio. La sal del chiste juega en ellas un papel sazonador admirable. Son un medio de revelar el talento de la sencilla gente del pueblo, la más ducha en el empleo de sobrenombres. Pocos ejemplos bastarán para dar una idea general de esta costumbre y de la gracia, inteligencia y buen humor que la caracterizan.

En una de nuestras ciudades el ditirambo, rodando como cinta de ofrenda a los pies de una elegante forma humana, la proclamó maestra de la sonrisa. Pero no faltaba a los bailes, jiras, paseos y cuantas diversiones iniciaba la cortesanía caballeresca para regar colores de emoción sobre las alas tenues de las horas. Estaba en todo, y tras el piropo de seda vino la «confirmación». Se le llamó «La Indispensable».

Otra, no menos favorecida por el Distribuidor de los dones naturales que enriquecen la vida, se preocupó del caminar. Pisaba de manera tan suave que parecía condolerse de las hierbas tendidas a su paso, y la llamaron de este modo: «Jesús sobre las aguas».

Como ella hay un caballero, remilgado, pulido, narcisESCO, cuyas pisadas no se sienten, a quien han dado en llamar «Pisaflores».

Personas hay entre nosotros que gozan de bien sentada reputación como «confirmadores». Les sobra talento para plantarle un mote al más santo. Cuéntase de una vieja que adquirió renombre popular en el arte de divertirse y hacer divertirse a los demás a costa de alguno. Sus «confirmaciones» venían como anillo al dedo. Viendo una vez a uno de esos muchachos que desde muy pequeños tienen cara de hombre, le cambió inmediatamente el nombre de pila por éste que fué como un sello permanente para la criatura: «Cara de usted y cuerpo de tú».

Invitada cierto día para que motejara a un sujeto de extraordinaria estatura, capaz de atra-

par cocos en los enhiestos racimos con solo empinarse, a despecho de los que tienen que apelar para cojerlos, al ruín oficio de «gabeo», tan pronto vió la figura elefantina del sujeto le aplicó este sobrenombre, que fué definitivo: «Inspector de Azoteas».

A otro, de cara compungida, de esos que no hablan sino para quejarse y pasan las horas de suspiro en suspiro, figura jeremíaca, tanto por la manera de lamentarse como por la cara de descendimiento que siempre pone en presencia de los otros, se atrevió a llamarle: «Morir quiero ya».

Y a uno de esos que privan en ser pulcros, con la obsesión de vestir bien, gastadores de prendas y de esencias, cuyos dedos despiden fulguraciones de puro enjovelados, lo «confirmó»: «Mírame y no me toques».

La mayor suma de poder imaginativo para las «confirmaciones» reside en la Capital de la República. Allí es «la mapa» para este género de chiste. No hay quien recuerde, sin provocación de hilaridad, lo bien «confirmado» de aquel legislador de grave aspecto filosófico, andar mesurado, isocronismo severo en los brazos, inclinada la cabeza y entornados los ojos como para ver mejor tras los finos cristales de relucientes aros, a quien hubieron de llamarle «Don Profundo».

Y a aquel otro, con honores de letrado, más derecho que una palma, que rara vez inclinaba su cuerpo, sometido a un severo compás de rectitud, a quien dieron en llamarle «El que se tragó la espada».

De allí mismo procede aquel mote ingenioso aplicado a un sujeto conformado de tal modo que tenía, de la cintura a la cabeza, casi doble dimensión que de la cintura a los pies, por cuya razón llamáronle «Quebrado impropio».

Es corriente entre nosotros la conocida expresión de que «el que pierde un ojo pierde el apellido»; y quien dice un ojo dice una pierna u otro miembro del cuerpo. Es una forma también de «confirmar», menos genérica que la otra, que no explota la desgracia que por accidente sufren las personas.

• Y ya que de esta costumbre se trata, importa decir que no todos los «confirmados» sufren sin protesta la burlesca denominación. «Al primero que me confirme—decía quince años há uno de nuestros empedernidos «comebalas»—le abro un ojal con este sable que no hay botón que le sirva». En efecto, no han sido pocas las desgracias ocurridas por el hábito de llamar por «mal nombre», como también suele decirse, a las personas.

Pero en cambio, otros, gozan en sentirse «confirmados», como aquel lindo mozo, a quien las muchachas, prendadas del gracioso mohín con que pone los labios cuando habla, llamaron «El divino gesto»; y aquel otro no menos remilgado, que a ellas se les antoja monísimo, a quien le aplicaron un poético mote: «La eterna sonrisa».

En todas partes hay, aunque con otro nombre, las «confirmaciones»; pero entre nosotros tal vez como en ningún otro país. No hay más que examinar las sentencias de nuestros tribu-

nales, en las cuales hay prodigalidad del adverbio latino «alias», término de enlace entre el nombre de pila y la «confirmación».

Y para terminar venga este cuento:

Celebrábase una vez con gran pompa y lucimiento la fiesta de la Altagracia en una de nuestras iglesias. Cerca del coro veíase arrodillada una joven que, vista de espaldas por uno de los que estaban menos atento a La Virgen que a las vírgenes, parecióle al tenorio una de esas mujeres que rinden voluntades sin poner en ello voluntad.

Vestía «promesa de listado azul». Su cabellera, trenzada a tres «mazos» sobre la espalda airosa, recobraba, en la vecindad de la cintura, su libertad de hebras juguetonas. Pendiente del santo oficio de la misa, su cabeza no se volvió para cambiar miradas con los atisbadores que se instalaban en la puerta, y nuestro hombre aguardaba con visible inquietud la salida del templo para embeberse en la contemplación de la que necesariamente debía ser dueña de facciones lindísimas, con ojos señoriales suavemente martirizadores y boca dulce como miel robada; pero cuando la virgen, vuelta hacia él, con ancho rostro picado de viruelas y ojos inexpresivos, mal poblados de pestañas, derribó de un golpe la torre que edificó la enamorada fantasía, «Tienes—le dijo— cuerpo de tentación y cara de arrepentimiento».

EL BILLETERO.

El billetero es un tipo especial, producto de nuestra idiosincrasia de querer fiarlo todo a la suerte. Por temperamento somos rebeldes a la virtud del ahorro. Esperamos un cambio favorable por obra del azar. Muy pocas veces confiamos a la previsión el bienestar en que soñamos. La economía no es virtud de nuestra raza. De un golpe de fortuna esperamos el ansiado tirano rubio que tiene a sus pies, genuflexo y atónico, al dios mundo.

De ahí el culto a la lotería como el más firme hábito tradicional. El billete le es tan familiar al pueblo dominicano como su cargador de agua y su gallero.

Nuestro tipo no lo perfilan algunos ancianos y mujeres jóvenes que suelen dedicarse a la venta de billetes, sino el mozo ducho en explotar el temperamento cabalístico de las personas. Desde muy temprano se echa a la calle, refranero y jovial, con un humor sanchesco para introducir.

se en todas partes, consentido de los más, que lo ven como el puente tendido entre el comprador y la fortuna.

Conoce al dedillo el lado flaco de todas las personas y las explota a maravilla. «Cómprame este billete; me lo acaban de devolver», dice al menos inclinado a comprarle, seguro de que la devolución va a ser interpretada en sentido favorable a la venta. El transeunte, que habría rehusado de otro modo el billete, discurre a su manera: «Sabe Dios si es para mí», y lo comprado en la conocida muletilla: «Lo que conviene a la mano viene».

Impera la vulgar creencia de que en la luna nueva salen premiados los números «bajos» y se «pelan» los «altos», y en sentido inverso cuando es llena la luna.

Adrede deja caer al suelo el billete que ha sido rehusado, y es un medio seguro de picar el interés del comprador, que rara vez resiste a la tentación de probar la suerte, dando por buen indicio la caída del billete. Otras veces vocifera: «Me queda el último», con los demás billetes ocultos en el seno, porque hay la creencia de que el último que se vende «siempre sale».

Diestro en el conocimiento práctico del corazón humano, afecta llevar números que por ningún caso vendería, por haberlos visto premiados en un sueño. Nada espolea tanto el deseo de comprar una cosa como la dificultad que se opone a su adquisición. En seguida dan ganas de hacerse de ella a cualquier precio, y esto lo sabe

perfectamente el billeteo astuto, que se hace de rogar y acaba por ceder la mitad del codiciado billete a cambio de que le compren otros. Con semejante ardid triunfa siempre, que no le faltará industria que emplear en nuevas redes tendidas en el mar de las supersticiones para su pesca de todos los días.

Divierte oírlo por las calles: «Cómprame la salvación del pobre!» «¡Aquí le llevo su limosna!» O bien cantando en versos los números que lleva:

Ochocientos veintitrés,
cómprame que este es.

Ochocientos treinta y nueve,
déjese rodar y pruebe.

Ahora veinte años cantada al son de alegre música:

Vengan, vengan, caballeros,
cómprame aunque sea un cuartico
de momento se harán ricos
con muchísimo dinero.

Llevo el mil quiniento entero,
que es un número feliz,
el que quiere la suerte
que venga y me compre billetes
que llevo aquí.

Billetes, yo vendo billetes,
cuatro mil cuatrocientos cuatro,
ven acá muchacho,
cómprame un pedazo.

Yo vendo billetes,
cuatro mil cuatro cientos cinco,
ven acá chiquito, ven,
véndeme un cuartico.

Llevo el premio mayor,
llevo el premio mayor,
el que quiera la suerte
que venga y me compre el billete
que vendo yo.

¡Billetes! quién me llama?
llevo el abuchao.

Entre los billetes llaman mucho la atención los «ajorcaos», nombre que reciben cuando acaban en la misma cifra con que empiezan, o cuando sumando los guarismos la suma es igual al número que forman las dos primeras cifras. Son por tanto, billetes «ajorcaos», 4084 y 1327. Desconocemos el origen de tan curiosa denominación.

Hay también el hábito de sumar las cifras significativas de los números, y si dan la fecha en que se ha de jugar la lotería, se prefieren esos números.

Cada número tiene su historia, dicen algunos del oficio. «Con éste... (y lo cantan) se casó un compadre mío. Con este otro salió de apuros mi abuela. ¡Aquí llevo el paño de lágrimas! ¡La suerte y las mujeres hay que enamorarlas! ¡Enterito lo llevo, señores!»

Y ese modo sugestivo de cantar sus billetes es incitador, despierta el interés del pobre obrero

que tiene en la casa de empeños la escritura de su rancho y le aterra la proximidad del vencimiento.

«¡El paño de lágrimas!» escucha, y recortando el diario de la familia, esperado con urgencia para responder al macuto interrogante, boquiabierto en un rincón de la cocina, llama al billetero y le compra.

A veces se entabla una lucha tremenda, decisiva, entre la necesidad de un pan y la de un décimo de billete, y si en ese momento acierta a pasar el billetero, triunfa el azar inevitablemente. Nutrido de esperanzas se le impone al estómago, esperanzas que son la ensalada del espíritu. Aquel número es bajito y la luna está nueva.

El noventa y ocho,
asegure su sancocho!

cantó el billetero desde la cuadra vecina, y esto lo sedujo. Un día de hambre porcientos de hambre—pensó con filosófica resignación—y aplazó la merienda. «Hoy, el gato entre el fogón, y mañana... Dios sabe lo que hace».

Y así fué el desenlace de su lucha interior. La esperanza podrá acabar en amargura, pero a cada desmayo de ilusión responderá una nueva esperanza, y seguirá la lotería, siempre el cuadro del vendedor de billetes, con ellos volanderos, sujetos de un imperdible, trotando calles a todas horas, desde el último sorbo del café mañanero,

apurado en «la plaza» con una arepa de maíz, húmeda la ropa por el sereno de la madrugada, hasta que se retira de buen humor a contar sobre la tosca mesa del bohío los gajes de la venta, y a crear nuevas mañas para el día siguiente.

SAN ISIDRO LABRADOR.

San Isidro, el abogado de los cosecheros, amparo de la bondad oficiante en el ara mater de la tierra, es aquí, como en muchos países, el ídolo de los agricultores.

Es de rigor donar al santo una parte de los frutos, y una vez vendida la cosecha el buen hombre de campo deposita en manos del cura la porción acordada a su divino Protector.

Algunos no sólo le ofrecen parte de los frutos sino de la «crianza», y no hay ganado vacuno, ovino, o equino, del que no le reserven un ejemplar de la más pura raza. En ciertos hatos, el mejor par de cuernos es el de San Isidro, y la primera visita del rústico tratante, al obtener el beneficio, es a la casa del cura, sin parar mientes en la posibilidad de que éste haga o no la aplicación de la suma al fin a que fué destinada, pues aún recele del monje, su fé le persuade de que ha obrado bien, y dirá en tales circunstancias, «Allá ei con su conciencia».

Maravilla, por su belleza rústica, la ofrenda hecha al santo el día de su festividad. Cada agricultor lleva al templo, sobre el manso burro, la «viva» yegua o el jaco matalón, los frutos que han de ser bendecidos ese día. Los patios de la vecindad del santuario se ven llenos de animales, desde el potro «de sangre», «natural» y de elegante alzada, bueno «poi lo coito» y «poi lo laigo», hasta el ruin jamelgo, hecho para el paso «trancao» o el trote incómodo por rutas polvorientas.

Sobre la calzada del templo las árganas henchidas vuelcan sus primores. La viveza de tonalidad destácase reidora en los plátanos verdes, «alconjolados» y maduros, en los frijoles de manchada púpura y en el maíz cuyas mazorcas fingen empedrados de topacios. Es la mezcla de cien matices frutales dignos de un pincel goyesco, que esperan la hora en que el hisopo derrame sobre ellos el agua purificadora.

La procesión de la imagen sale del santuario, recorre un breve trayecto y retorna mientras la torre canta por sus lenguas de bronce. El sacerdote hace entonces la aspersion sobre los frutos, y terminados los oficios, se agolpa la gente menuda, grandes y chicos, en torno del simbólico cuerno derramado, demandando su parte de abundancia, labor hartamente penosa para el sacristán distribuidor de los frutos, que llega a irritarse con el afán petitorio de la gente y, olvidándose del lugar en donde está, acosa a más de uno del modo corriente que hay de despachar a los necios a partes que nos está vedado mencionar.

Pero lo más interesante que ofrece el culto al Protector de los trabajadores rurales, es la manera original de pedirle agua cuando pesa sobre la vida del campo el horror de la sequía. Entonces se apela a los rosarios, y se ve a la turba rezadora invadir los caminos, cantando entre otras súplicas fervientes, ésta que hemos escuchado tantas veces bajo la luna en temporadas de escasez.

Padre San Isidro,
tú ere labradoi,
líbrano ei catigo
que manda ei Señoi.

O esta otra, monótona y ramplona:

San Isidro Labradoi,
pon e'lagua y quita ei soi.

Con estas prácticas fervientes nuestros campesinos aseguran ver arrumazones y otras señales de la buena nueva: los troncos de ciertos árboles devuelven copiosas lágrimas al cuchillo que los hiere; al río «se le crecen las venas»; duelen los callos y los miembros aquejados de reumatismo, y durante la noche, mientras se lavan los pies con agua tibia en el tosco «lebrillo», sentados en la hamaca crujidora, se huelgan en oír ranas cuyo canto atrae, según dicen, la lluvia, y prorrumpen en alegría indecible: «¡Llámalá, pico dioro!»

Y con esta esperanza dulcificadora se tienden sobre sus hamacas a tirar los planes de costumbre: sembrar el conuco, concertar una «tumba», levantar un rancho o pedir una muchacha, hasta

que el sueño los vence con la felicidad en los labios.

En algunos pueblos del interior, el cura, seguido de innumerables labradores, lleva procesionalmente la imagen del santo al río próximo, en donde tiene lugar una importante ceremonia. Los conductores de la pesada imagen, una vez en la orilla del río, se descalzan, doblan hacia arriba el ruedo del pantalón hasta dejar ver las piernas, penetran en el río con el santo, y cuando todo está dispuesto para la inmersión, lo zampán en el agua.

Del lado abajo, viejas arremangadas hasta los codos se sitúan contra la corriente, se ablucionan, beben de aquella linfa, que se les antoja sagrada, oran con las manos en alto, pendiente del cuello sobre el flácido pecho lleno de escapularios, la sarta de cuentas evocadora de los misterios de María y retornan al templo detrás de su Patrón. Es fama entre la crédula feligresía, que el baño del santo se resolverá en abundante lluvia que hará nacer la hierba, reventar la espiga, crecer los arroyos y unirse para siempre las parejas enamoradas que fían su suerte a la bondad de las cosechas.

Y si el agua no es mansa, ahuyentarán, con la cruz de ceniza sobre el patio, los vientos enemigos de los platanales. Y si truena, invocarán a Santa Bárbara, anudándose al cuello la hoja de palma bendita, que los protege de los rayos. Y en tiempo oportuno pedirán a San Isidro por que sea «hembra» la cuaresma, porque no haya

gusanos y valgan mucho los frutos. Y con ese pensamiento dulcificado por la esperanza, se acostarán, sobre sus burdas hamacas de lonilla, oyendo siempre la rana anunciadora, que le inspiró más de una vez esta feliz exclamación: «¡Lámala, pico dioro!»

LA RECLUTA.

Nunca ha habido en el país servicio militar obligatorio para todas las clases sociales como es de rigor en muchos países; ni era voluntario el enganche o enlistamiento en la milicia cuando tuvimos ejército propiamente dicho. Pocos se allanaban a solicitar su ingreso en la tropa. De ahí el procedimiento seguido para obligar a los jóvenes a sentar plaza de soldados, procedimiento que no constituía sino un modo bárbaro de hacer el enganche.

Tal sistema de recluta consistía en destacar grupos de soldados con órdenes de apresar a todo joven que encontraran a su paso y conducirlo a la Fortaleza.

Esta práctica se hacía generalmente de noche, y siempre por sorpresa. Cuando menos se esperaba el asalto, caían los soldados sobre los jugadores en los garitos clandestinos y se armaba la de sálvese quien pueda.

Los más listos ganaban el patio salvando las tapias en las cuales la impiedad de algún clavo hacía de colmillo feroz en las asentaderas de los fugitivos.

En el «molote», ágiles pies llevábanse de encuentro sillas que estorbaban la fuga. En cafetines de harrio había rompedera de copas y mesas patirrotas vueltas hacia arriba chorreando cerveza. Diríase que lloraban su inesperada desventura.

A veces los soldados invadían precipitadamente el mercado de comestibles conocido generalmente con el nombre de «plaza». El «brollo» era feo. Ni que hubiera pasado un ciclón por el mercado. La violenta fuga por sobre las pilas de áridos coronadas por el jarro típico de medir, causaba pérdidas enormes. Llovían las maldiciones sobre los soldados que, para abrirse paso detrás de los que iban al garete, derribaban no pocas viejas azoradas, con sus macutos repletos de verduras.

En el pavimento, los cántaros de huevos eran como rústicos cofres de oro derretido. Las damnificadas lanzaban sobre los cuerpos uniformados estas o parecidas expresiones de desprecio: «Maldecíos, ni una toimenta en platanai jase tanto daño. Eso huele a revolución. Cuando hay recluta epere uté ei goipe. Aigo ha vito ei Gobieino. ¡Y no se junden ahora mimo!»

Con este desahogo se iban camino de sus viviendas, a esparcir en el campo la noticia. En seguida los pobres trabajadores se refugiaban en

los montes, en donde pasaban largos días en previsión de verse sorprendidos como otras veces. Esta persecución nada tenía que ver con los casados, a quienes no alcanzaba la orden de reclutamiento; pero los solteros tenían que guardarse en sitio en donde no pudieran ser vistos por la «ronda».

Tal medida favoreció en grado sumo el interés casorio de las mozas, que vieron en la recluta una aliada indirecta de los matrimonios y como tal érale poco o nada repulsiva, a menos que fueran sus hermanos las víctimas de ella.

Los jóvenes de las ciudades tenían un medio seguro de escapar al rigor de la recluta sin necesidad de casarse: hacerse bomberos. Una vez llenado este requisito quedaban a salvo de persecuciones: pero toda la juventud no podía pertenecer al Cuerpo de Bomberos ni a la comunidad de los casados, ni todos los jóvenes eran de familias distinguidas por su posición social o económica, en cuyo caso gozaban del privilegio de no ser reclutados, mediante carta de exención del servicio militar, otorgada por el Gobernador, que llevaban consigo para hacer valer en todo momento su prerrogativa.

Una recluta en el campo era con harta frecuencia un atentado a la inviolabilidad del domicilio. Cuando la «ronda» tocaba a la puerta de una casa había que abrirle en el acto. Entraba, revolvía los colchones, los baules grandes, el desván o «soberao», y las «tibas» de tabaco.

Si alguien huía le hacían disparos y de la

gresca quedaban en la casa catres arruinados, calabazos rotos y santos sin cabeza.

Los días de reclutas lo eran también de lágrimas suplicatorias de las madres que acudían a los jefes demandando piedad para sus hijos. Si entre la madre afligida y el jefe mediaba el compadrazgo, había esperanza pues ya hicimos notar en anteriores trabajos de costumbres el valor espiritual que tiene en las relaciones sociales el vínculo creado por el sacramento.

Una gracia había para las viudas que sólo tenían un hijo que viese por ellas: se lo redimían de la obligación del servicio militar. Cuando uno de los reclutados tenía un hermano sirviendo en el ejército, era despachado en el acto, circunstancia que venía a constituir una forma de privilegio para las familias en las cuales hubiera varios jóvenes aptos para sentar plaza en la milicia.

Para escapar a la persecución, la inteligencia del campesino se aguzaba demasiado. En una ocasión fué sorprendida por una ronda la vivienda de un pobre agricultor. Uno de sus hijos estaba durmiendo en la casa. En seguida ideó el hábil padre de familia vestir al hijo de mujer atándole un pañuelo a la cabeza. La escasez de luz de una lamparilla de hojalata, cuya mecha daba más humo que lumbre, hubiera impedido a los soldados descubrir la treta, a no ser porque el disfrazado turbóse de tal modo cuando sin pizca de sospecha preguntaron por el nombre de «la joven» que respondió: «Papá, y ahora cómo me llamo?»

El caso era para quedarse corto quien no estuviera avesado a esta clase de aventuras. Cuando «la joven» cambió de sexo frente a la osadía de los soldados, el padre no pudo menos que exclamar, aludiendo a la simplicidad de su hijo: «É muy poquito».

De este jaez hay la mar de episodios sobre escenas típicas del reclutamiento a la dominicana.

Así se mantuvo por largo tiempo esta costumbre, de la cual se aprovechaban muchos jefes sin escrúpulos para conceder privilegios a cambio de gajes inmorales, y no fueron pocas las veces en que por servicios prestados a una familia a quien le reclutaban un pariente, era cedida a una grosera autoridad rural la mano de una linda muchacha.

Pasó la costumbre, y de ella queda un recuerdo amable porque en medio de tanta injusticia las mozas de aquel tiempo tenían el consuelo que no tienen las de hoy: casi todas se casaban, pues como decían los padres pobres a sus hijos, era preferible ir al matrimonio que a la guerra ya que las reclutas eran casi siempre precursoras de las revueltas que tanta sangre costaron al país.

Sin embargo, cuéntase de un hijo que obligado por su padre a casarse para no ir a la milicia, se atrevió a responderle: «Peidío de una manera y peidío de la otra, que me recluten».

EL POZO.

A la verdad, aquellos deliciosos tiempos que nuestros mayores tuvieron por suyos, de los cuales nos queda sólo el encanto de lo que fueron, tienen para el que gusta recoger la esencia de su caducidad, un sabor a cosa antigua que nos hace gratas las horas en que nos los figuramos evocativamente.

¿Quién no se entusiasma rehaciendo en su imaginación la nobleza y valimiento del bozo, que entre nosotros no es sólo la vellosidad que apunta sombreando el labio, sino el mismo bigote, sea cual fuere su tamaño? Teníasele como el símbolo de la dignidad masculina. Pocas cosas inspiraban tan grande estima; pocas, también, movían a mayor respeto. La falta del presentador riguroso la excusaba por lo común el bigote cuando, viajando solo un hombre, se hallaba de repente entre personas desconocidas. El bozo, sugeridor en extremo, daba una sensación de solvencia moral y se franqueaba por sí solo el camino de la hospitalidad.

Prevalido del bozo ningún hombre recelaba caer mal en parte alguna. A la hora de soñar sin dormir, la guapa moza creaba en su imaginación el tipo capaz de hacerlo suyo, y el elemento básico de la elección era de ordinario el bozo, ya negro y arqueado con gracia interrogativa sobre el labio mayor, ya castaño y caído con suavidad sobre la boca; ora de otro tipo y tono, pero siempre lisado y pulido con esmero.

La ausencia de bigote era una desventaja en un general. El dominador de fuerzas militares debía tener, como elemento indispensable para la disciplina, la gravedad del bozo, signo de decisión y de guapeza. Así, para significar el coraje bélico de uno de aquellos portadores de presillas gruesas, solía decirse a la sazón: «A ese hombre le jiede el bozo».

Pero lo más original de todo esto residía en el pelo del bigote, que se daba como garantía de solvencia en un negocio. Por innecesarios se tenían los actos notariales; por ociosos los demás documentos que establecían obligaciones y responsabilidades. En las operaciones comerciales a crédito, el que fiaba en la promesa de pago recibía de manos de su deudor un pelo del bozo que éste solía arrancarse en su presencia apenas cerrado el negocio, prenda que colocada en una esquina del amplio fular de seda, iba en la prisión de un nudo rústico al fondo de un pesado baúl, a esperar la redención del compromiso en que su dueño dejó empeñada su dignidad de hombre de bien.

Y de idéntico modo se hacía el préstamo en-

tre amigos. La llegada de un mandadero con el típico fular anudado en uno de sus cantos, era lo suficiente para que el embajador retornara llevando en el grosero puño el oro codiciable.

Tan sagrado era aquello que los hijos del que daba tal fianza como garantía de solvencia, contraían todo el peso de la responsabilidad de pago si su padre moría antes de recoger el pelo del bigote.

La mayor afrenta que podía caer sobre la sucesión de quien muriera dejando irredimido el pelo de su bozo, era no recogerlo en su oportunidad de las manos acreedoras. ¡Ay del hijo que descuidara tan severa obligación! La censura más rígida caía sobre él, escociéndole el ánimo, y el menor encuentro con alguno le costaba una invectiva como ésta: «Recogite ei pelo de tu taita? De mucho te sirve ei que tiene. ¡Y no se te vueive un cayuco!».

Y es poco decir cuanto dejamos expresado sobre el pelo del bigote, cuyo principal papel hubo de jugarlo en las cruzadas redentoras. Es fama que al bozo cúpole la suerte de solemnizar la conjuración de los viejos patricios contra la tiranía extranjera. Concertado un pacto secreto por la libertad de la República, o se apelaba al juramento, que siempre fué sagrado, o recurríase al bigote, dejando en prenda de fidelidad patriótica el pelo concluyente.

Para «pedir una muchacha» era poco menos que imposible salirse un joven con la suya sin la fianza del bozo. La concesión era rigurosamen-

te diferida. «E de buena familia y buen soidao—decía a los padrinos del mancebo el padre de la joven—; pero eso no pue sci. Que epere que le apunte ei bozo».

Si la pasión apretaba y la mucha espera rompía el saco de la prudencia, el joven recurría a la llamada «flor de sabana» que, al decir de la gente, era «lo único» para precipitar la salida del bigote, a menos que fuera lampiño, en cuyo caso variaban las circunstancias, si bien este rezago piloso fué siempre una desgracia en lides amatorias.

Fueron muy familiares las expresiones como ésta, de pura cepa criolla: «Repéteme lo bozo». Todavía hay muchos hombres, casi todos del campo, para quienes no hay nada que pueda inducirlos a cortarse el bigote. Refiriéndose a los muchos que se afeitaban el máspreciado signo de la autoridad masculina, por seguir la moda de los yanquis, que la copiaron de los romanos de la era clásica, dicen: «Ya casi no hay en quien creei. No hay secreto que dure ni promesa que se cumpla, ni cana que se repete. Y todo eso no e ma que la afeitá dei bozo y la tala dei cabello en la mujere».

Y para cerrar la histórica costumbre venga a guisa de cuento este relato, salpicado de buen humor. Personas había sobremanera pulcras en el cuidado del bigote; pero otras dejábanlo salir a discreción, sin que jamás se ocuparan en mesárselo. La bocera no faltaba en el pajón inculto. Cierta día, hallándose en Esperanza un

recuero que venía de Monte Cristy, ordenó que le hicieran «un café». Hízoselo una pobre vieja que a la sazón vivía de este oficio, y no bien lo hubo tomado nuestro hombre, quejósele a la anciana de que apenas se le habían mojado los labios con el néctar, a lo que ésta repuso, mirando de reojo al recuero, en cuyo desordenado bigote temblaban algunas gotas del líquido: «Pero si ei reto lo tiene uté en ese matojo».

LOS PADRINOS.

El padrinazgo en las bodas y bautismos es la más curiosa de nuestras costumbres. Después de los novios los padrinos son los personajes más importantes del matrimonio. Son como los asistentes de honor en la ceremonia nupcial. La dignidad de su papel supone la grandeza de una investidura honorífica. Pero ese honor se trueca, por lo regular, en pesadilla.

La elección de padrinos envuelve cierto género de responsabilidad: la de pasar por cortos de bolsillos ante un público numeroso que va al matrimonio a echar sobre los hombros de su entusiasmo la púrpura del vino, ávido de ese delicioso mareo que es como el prólogo de la embriaguez y que pone a bailar en la cabeza, con galanes de ensueños, todas sus damas de ilusiones.

Los padrinos deben responder de la esplendor de la boda. Ellos pagan con su prestigio maltratado por tremendos tijeretazos de crítica

acerba y punzante, la frialdad que pueda haber en la hoguera festiva del acto por falta de combustible indispensable para incendiar los ánimos. Son los obligados servidores de la diosa alegría, harto exigente con ellos para sostener sus caprichos en la encantada noche de emociones.

La naturaleza de este festival es alegre y hay que reír, tejer redes de júbilo con el hilo nervioso de la risa, poner una locura de ansias en el pecho, y para todo esto el sol que se alejó antes de la boda debe reaparecer como una charla rubia, saltarín y travieso entre las copas. Esta visita obligatoria de la bebida corre por cuenta del padrino, y como en el matrimonio hay un forzoso aniñamiento en las bocas, el dulce es materia de rigor, y debe ser abundante para que la madrina que lo paga, no se ruborice ante una lamentable escasez que deje inédita en la boca la saliva.

Y mientras en la sala abanderada de flores y congestionada de postales, todos envidian la suerte de los novios, nadie desea verse colocado en la difícil posición de los padrinos. En efecto, la mitad del dulce y los licores no sale a lucir su gracia en el salón: manos listas y audaces decretaron a tiempo la prisión de muchas hotellas y pudines que permanecen privados de comunicación hasta el día siguiente en que comienzan a jugar un papel distinto de aquel que se les había asignado. Al dulce así detenido sólo llegan en discreta procesión las hormigas, y los pobres héroes de la fiesta pasan por «tacaños» y «tiñosos», según expresión muy corriente en estos casos, y se van

a veces corridos de vergüenza, fustigados de cerca por la murmuración, mientras los novios, satisfechos y felices, no saben de estos apuros de sus comprometidos asistentes de honor.

A veces no es prisión lo que sufren las botellas y los aristocráticos bultitos. Con harta frecuencia hay una fuga precipitada por detrás de la casa, lo que ocurre cuando el público de los patios tiene una representación oficial en el cuarto donde se organizan los brindis. Si la esplendidez ha sido extraordinaria, la desaparición misteriosa pasa inadvertida; pero si los héroes de la fiesta no han podido prever el triste caso, media concurrencia quedará fuera de combate.

Faltan ahora los padrinos de bautismo. Estos son más infortunados que los primeros. Su situación es siempre más crítica: la boleta, los honorarios del cura, el «medio» especial del ahijado, los «medios» comunes, el brindis de rigor, el carro y algún cumplido más. Esto, salvo algunas excepciones, ocurre por lo común en las ciudades. En muchas aldeas y en los campos es peor: el padrino contrae obligaciones con el ahijado que duran toda la vida. Si éste enferma, el médico, la medicina y otras atenciones corren por cuenta del padrino. Si muere, la cosa se complica: el ataúd, la boleta de defunción, los gastos del velorio, los de la vela, y la mar de sacrificios.

He aquí a grandes rasgos, la triste condición de los padrinos.

LOS PULGONES.

Los pulgones constituyen una clase particular de personas que por el modo de conducirse con los demás han merecido esta denominación.

La analogía es bien propia. El que los sufre es como si anduviese soportando la trompa de una enorme pulga.

Hasta hace poco eran llamados «vividores» cuantos gustaban de acogerse a la dulzura del favor ajeno para ahorrarse esfuerzos en la vida. Se «acostillaban» a los otros, según frase muy típica, especialmente para fines de subsistencia; pero nunca como ahora se había perfeccionado entre nosotros, con lineamientos tan precisos, la clase de hombres que nos ocupa.

El pulgón no es el mero «vividor» censurado por nuestros abuelos, semejante al «parásito» que como tipo interesó a los comediógrafos latinos, tan común en todas partes como excelente «cubierto» en mesas de otros dueños, sino el que

lo quiere todo a costa de las personas que lo sufren sin carácter para deshacerse de él.

El pulgón es parte obligada en el regocijo de los otros. Se insinúa en las reuniones con sutileza de aguja en seda floja. Husmea con aplomo zorruno el paso de la clientela de cafés, ojo listo y piernas prontas a obedecer la orden de marcha.

Dúctil y clásico en extremo, afecta ingenuidad para introducirse entre novatos en defensiva atipulgónica. Escurridizo como el agua, listo como el viento halla las ocasiones con un perfecto sentido de oportunidad, y así lo busca todo sin ser buscado para nada.

Y hay que verlo. Hace un ademán comprensivo y atrapa un cigarrillo; otro ademán y le vienen los fósforos. Si lo pide negro y por negárselo le declaran haber sólo blancos responderá como aquél a quien le opusieron ese escollo y lo salvó valientemente con este golpe de ingenio: «No, hombre, si te digo NEGRO de cariño».

Si llega a una casa a la hora del café, «esa es mi pasión»—dice—y confiesa tomarlo como se lo brindan, pues le da lo mismo que esté claro como fuerte, dulce como amargo, frío como caliente, en taza como en jarro.

No ha sido invitado. ¿Qué importa? ¡Meras fórmulas! Lo importante es ir sin gastar a donde otros van gastando, frescachón y expansivo, regodeándose en los asientos con la más rebosante copa rubia.

Pasa una bandeja y extiende el brazo hasta retirarlo vencedor. Fastidia, pero como no se fastidia, finge no ver el enojo que provoca y lo pasa bien, que no se hicieron las ofensas para los que aprendieron el arte inigualado de no ofenderse por nada.

El que le niega hoy un servicio se lo prestará mañana, que nadie está exento de vanidades y éstas se ceban con lisonjas.

Si pertenece a la clase alta es un perfecto acercador de faldas elegantes y pantalones distinguidos, misión que no cumple como el tipo del alcahuete vulgar, que hace oficio ruin de mandadero, sino como intrigador hábil que pone una flama de revelación en una cerilla de curiosidad interesada.

En el hogar vemos al pulgón como hijo ya adulto que sin medios prácticos de vida se allana a esperarlo todo del bueno del papá, que le da cuanto quiere, temeroso de que el dinero negado dé ocasión a dinero mal habido. Y si trabaja, es para las exigencias de la calle, nunca para las de la casa.

En política, el pulgón es la roncha eterna del caudillo, que lo viste, le paga hospedaje y adquiere respecto de él facultades de tutela. No tiene auto; poco importa: le basta con que otros lo tengan.

Si llueve no quiere mojarse y se emboza en capotes prestados o esquiva el chaparrón en coches cuyo servicio ha de pagar algún amigo.

En los teatros se instala desde temprano cerca de la taquilla, en donde hace aprestos de hostilidad contra los haberes extraños hasta dar con la boleta de entrada.

Los de la clase media, menos pedigüeños que los de arriba, se allanan a solicitar plazas en el Cuerpo de Bomberos para asistir con el Extinguidor a los teatros y poder ver las funciones sin pagar. El pulgón ínfimo en tanto, reúne el valor de la entrada con furia petitoria frente a la taquilla, diciendo a todos los que llegan: «Me faltan cinco centavos», «vengan esos cinco».

El tipo ha dado margen a un acertijo que escuchamos en boca de una de sus atormentadas víctimas: «En qué se parece el pulgón al café?» ¡Admirable equívoco!: ¡En que se cuele!...

No traba alianza con mujeres a menos que lo mantengan, lo que logra cuando éstas se plegan a las circunstancias aceptando la carga a cambio de caricias especiales.

Las queridas de su preferencia son las «chopas» o fregonas, que acarrean buenos guisos para obviar todo peligro de ruptura, de donde viene a resultar que el pulgón es un parásito indirecto de muchos buenos padres de familias.

Engaña a los chinos dueños de fonda con salidas como estas después de un atracón fenomenal: Deja ex profeso un resto de comida al que introduce un ala de cucaracha, llevada adrede en el bolsillo. Cuando el hábil programa está para cumplirse, se irgue protestativo, le arma

un barullo al pobre chino que no comprende tal ardid, y le rehusa el pago en términos conminatorios respecto de la Sanidad, hasta que el chino cede, disculpándose.

Pero esto es nada comparado al suplicio del que ama, por desgracia, la hermana de un pulgón. Amor más caro no lo verá en su vida: la sangre se le volverá alfileres. El hábil tipo entenderá haber adquirido derecho de condueño en los haberes del otro y se conducirá como un perfecto socio. Si su hermana es la rosa, él es la espina, y piensa a su manera: Algo debe quedarme de mi hermana, pues qué! ¿no tiene ella sangre de la que yo tengo?

Pero hay también pulgonas, que sin lazos de intimidad con una familia van de otros pueblos y se le instalan en su casa durante largos meses. A este respecto se cuenta de una familia que advertida en achaques de pulgones recibió un mensaje postal de una dama del oficio anunciándole su visita. La respuesta llegó por teléfono: «Imposible recibirla en fecha indicada por tener que ausentarnos temporalmente. Avisaremos complacidos cuándo podremos recibirla»...De esto hace tres años y el aviso no ha llegada. Comentando el caso decíanos un amigo: «Es que esos no comen pelo e puerco».

Y así vive el pulgón, satisfecho de sí mismo; poseedor de libros que no compra, estando en todas partes sin ser llamado a ninguna; con todos sin que nadie esté con él; todo ojos, todo pies, todo oído, siendo oportuno para caer en lo

importuno, excepto cuando es llamado a prestar un servicio en el campo de la intriga amorosa para cantar cuando el amor lo quiere y lo requiere.

Su vida es la del chinchilín de nuestros bosques: no hace nidos pero pone sus huevos en los nidos ajenos y se contenta con que le incuben la nidada.

LA GALLETA.

En nuestra serie de trabajos de costumbres no debe faltar uno que condense la psicología de la «galleta».

Galleta es el nombre común que entre nosotros tiene la bofetada. En el campo usan menos el término «galleta», empleando en su lugar estos igualmente gráficos: «pecosá» y «tabaná».

Es el insulto más humillante que en el sentir del medio puede hacerse a una persona. De ahí que sea considerada la «galleta» como una mancha que solo se lava con sangre.

Tienen excusas o atenuantes las personas que reciben heridas o golpes producidos por cualquiera arma. Motivos se hallarán para justificar la actitud del que no los devolvió; pero si se trata de una «galleta», el caso reviste una gravedad aplastante para el que la sufre. El mundo se le viene encima. El ridículo cae implacablemente sobre él. La mofa lo envenena. El demonio de la rechifla le inyecta sangre en los ojos.

El amigo le retira su amistad porque no puede tener amigos que consientan tal deshonra. Los hermanos le pierden el amor, considerándolo indigno de la devoción fraterna. Si es preso voluntario en la cárcel de un corazón femenino, le será impuesta en seguida la libertad que no quiere. La novia le cancelará los derechos que tiene a participar de su amor. Piensa ella en el escaso apoyo que puede hallar una mujer en un amante que soporte sobre su rostro las cinco barras candentes de una mano, y la ruptura es inevitable.

El beso furtivo es un canto de osadía y surge entre bocas que hayan cultivado el valor de esas conjunciones sublimes. La galleta ha esterilizado la púrpura fragante de los labios haciéndolos estériles para consumir en un choque de rosas una ansia de felicidad.

Si es casado la esposa lo repudiará, juzgándolo indigno de ser el compañero de su vida. El hijo se avergonzará de tal padre, porque cuando dieran en inquirir el nombre del autor de sus días, el informe será fulminante: «Es el hijo del que le dieron la galleta».

La madre no lo despreciará pero sentirá por él la compasión más grande, creyéndolo el mayor de los desgraciados.

Por donde pase, murmurará la gente: «¡El hombre que le dieron la galleta!»

Todos lo verán como un vencido, pero como un vencido despreciable, que inspira repugnancia

en vez de compasión, que no es digno de lástima sino de ser lastimado, blanco obligado para la flecha de todos los desdenes.

El rojo de la galleta persistirá en su rostro en forma de sonrojo. Por donde vaya le seguirá el castigo de la implacable murmuración, avivándole el fuego en que lentamente se consume. Y cada burla recibida será un nuevo combustible en la hoguera de su condenación.

Y cuando él, en un examen de conciencia, viendo la propia fealdad de su espíritu ante el ultraje recibido, se pregunte qué es lo que merece, su corazón le responderá: «¡Otra galleta!»

Pero ahondemos en la intención sañuda de este golpe en que la mano abierta pinta en el rostro el rojo pentagrama en que han de verse escritas, en clave de fa...talidad, las notas candentes de la burla.

El teatro de la galleta es casi siempre el baile popular denominado «bachata», y la provoca generalmente la fatuidad de un necio orgullo: tener la preferencia de una hembra cuyo prestigio es objeto de disputa.

La «bachata» es un foco de atracción de todos los hombres, en donde las clases sociales se nivelan predominando las formas más burdas y libres de la democracia, el arroyo en toda su naturalidad pecaminosa.

Veamos el desarrollo de la acción en el siguiente cuadro pintado del natural durante una de esas escenas típicas de barrio.

El escenario del placer disoluto es una salita impregnada de fuertes esencias que parecen conjuradas para desafiar la honestidad y poner sobre las armas los sentidos. Las más airosas formas del suburbio están allí, desafiantes y audaces.

En la pieza contigua un guitarrista puntea y suelta en el aire viciado de la casa esta flamante copla callejera, a la que «hace dúo» un cantador de bien sentada fama de «segundo», provisto de un par de cucharas que golpea para acompañar la melodía:

Mi prima hermana
yo si la quiero
pero enamorarla
yo no me atrevo.

Entre tanto uno de los bailadores observa cómo una guapa india, de pícaros ojazos de noche, maestra en el arte de imprimir temblores a su fresca carne virgen, quebrantó la promesa de no bailar, dejándolo burlado, pues momentos antes rehusó su brazo con el desquite de que sólo había ido a contemplar las parejas danzantes.

Ante el imperdonable desaire, y agujoneado una vez más por el orgullo de su rancia guapeza, probada en más de un fandango deshecho a silletazos o a trompada limpia, cuando no a tiros, como en la clásica época de Concho, el personaje simbólico del pueblo combativo e insurgente, concibió el socorrido plan de «armar la fiesta».

Y tras la concepción vino la ejecución. El

nuevo bailarador era un rival del ofendido mozo, poco listo en achaques de juerga pueblerina, no avesado en táctica de «reperperos» e ignorante por lo mismo de los quilates de peso que había en el ruedo del pantalón de su contrario, de quien se decía que era como la culebra, que «hay que majarle la cabeza».

La idea era insultar a la bella india del suburbio, para que su rival, «al sacar la cara» por ella, respondiendo al ultraje, como cumple a un buen varón de «pelo en pecho», recibiera entre boca y nariz una limpia y bien sonada galleta.

Y mientras se dirigía a la cantina demandando un buen trago, sonaban en el caldeado ambiente, con la misma tonada sandunguera, estas nuevas estrofas:

Si acaso tú fuere
por la serranía,
dámele recuerdos
a la novia mía.

Las mujeres son
como la naranja,
unas salen dulces,
y otras salen agrias.

Los aplausos y gritos de la aturdida sangre bulliciosa hacía repetir la tonada. El momento es decisivo para encender la hoguera del escándalo, y mientras la dichosa pareja pasa junto al rencoroso rival, éste se encara a la felicidad ambulante que lo insulta, y grita a la muchacha:

«Tú tienes que ser mala, de gracia!» y no bien profiere la terrible frase estampa en el rostro de su rival una galleta fulminante.

En el «molote», los más duchos en evasivas ganan la puerta. La policía desenvaina los negros revólveres, gritan las mujeres, y en el apiñamiento hay sombreros rotos y deshechos collares de mentidas perlas.

El orden se ha establecido. La ofensa no pudo ser vengada, y mientras la víctima gesticula y gallea en el patio de la casa contenida por una pareja de guardias que se opone a la prolongación del espectáculo, reanúdase la fiesta.

Los ajados rostros femeninos volvieron a lucir el artificio de su coquetería. La turbonada de los celos pasó, pero se incubaba una tormenta en el cerebro del vencido, que jura vengar el oprobio. ¡Música!—profieren labios varoniles para ahogar en la fiebre de la danzante copla los comentarios del suceso y salvar de una nueva crisis la bachata, y en el ambiente de la noche vibra, enloquecedora, esta nueva copla, con todo su sabor campesino:

Muchacha tú no te acueida
cuando díbamo ai bambú,
que cerrábamo la pueita
y apagábamo la lú.

LAS GENGERRADAS.

Nuestro tema de hoy es la Cencerrada. Su origen se pierde en las nebulosidades del paganismo. Era de rigor, en los usos y costumbres de la gentilidad fastuosa, que los paganos ricos, al casarse, se mostraran obsequiosos con el pueblo que compartía su regocijo con gran ruido y aparato.

El cristianismo vió una pena en esas dádivas; en el ruido, una manifestación de injuria, y dió un sesgo a la costumbre, reservándola para los viudos que volvían a casarse, los cuales podían evitarla previo entendido con el director de la algazara, a quien denominaban «abad».

En sucesivas épocas varios Concilios decretaron su prohibición y hasta llegaron a excomulgar a los irreverentes que osaron quebrantar la orden.

Nosotros la hubimos de España, como legado de la copiosa sal humorística que fué siempre recurso amable del solar hispano.

El fin a que los cristianos hubieron de aplicarla acaso provenga de que el nuevo desposorio sea algo así como una caricatura del primero, o porque parezca una ironía del destino que sobre el recuerdo imborrable del primer enlace ocupe lugar un nuevo desposorio, como si con él se hallaran ofendidas las intimidades del antiguo pacto entre dos corazones y fueran incompatibles con las caricias conyugales del primer amor, las del segundo.

La viudedad es tenida como cosa grave, austera, no obstante la socorrida frase de que «a las viudas las sopla el diablo», y así la cencerrada era salsa de chiste derramada sobre el nuevo manjar epitalámico. Diríase que el alma del compañero ido, presente en espíritu de protesta, presidía la cómica ceremonia.

Hasta hace poco la cencerrada fué una de las costumbres favoritas del país. Hoy apenas si se celebra en algunos campos. Pasó a la poesía del recuerdo, con gran contentamiento de viudos, que pueden casarse ya sin el martirio de ser puestos en solfa.

Para que se conserve, tal como fué practicada entre nosotros, en un libro que diga a las generaciones venideras de los ritos y tradiciones del pueblo dominicano, salvando del olvido todo lo que va pasando de moda, suplantado por lo nuevo que creamos o que importamos de otros países, pintaremos al vivo algunas cencerradas cuyo recuerdo persiste en nuestra imaginación.

Apenas fué dado por el párroco de una de

nuestras iglesias el primer aviso oficial de las nupcias entre un viudo y una linda joven quinceañesa, los amigos del novio tomaron formales acuerdos para poner aguda nota de risa en el concierto de aquellas dos almas, la noche en que su unión fuera bendecida entre las apretadas filas de curiosos que van al templo a observar a los novios para comentar sus actitudes con guiñadas y frases indiscretas.

El novio, ducho en artimañas y aventuras galantes, aprestóse a burlar el plan de la turba jacarera evitando el cencerreo, para lo cual adoptó como táctica una discreción como de roca. La fecha del enlace la fijaría él horas antes de la ceremonia, y ésta sería rigurosamente familiar: los novios, los padrinos, los testigos y dos o tres parientes de la novia.

El día señalado fué el lunes y el acto debía ser a la una de la tarde, día y hora en que nadie podría sospechar la celebración del desposorio; pero el jefe de la gresca tenía espías secretos que husmeaban para desembozar todo artificio y fué avisado por uno de ellos en momentos en que el oficial del Estado Civil entraba sigilosamente en la casa del padre de la novia.

Verlo entrar y correr a dar la orden convenida, todo fué uno. Como movidos por un resorte cada uno abandonó su rudo menester y corrió a ponerse a las órdenes del jefe de la solfa. Y la cencerrada fué... Despiadadamente condujeron a la enamorada pareja, del templo al recinto solariego, en cohorte de jaranas, más de trein-

ta personas provistas de cántaros abandonados, vencidos por la herrumbre, que hacían sonar desapaciblemente agitándolos con algunas piedras adentro. Y mientras a la novia se le llenaban los ojos de lágrimas, el amante dirigía frases conminatorias a la concurrencia.

En estos casos la sangre fría era la roca contra la cual se estrellaban inútilmente las jácara ociosas. Amostazarse y embestir con insultos a los manifestantes, era provocar nueva tanda cencerrera.

Mejor lo hizo otro viudo en las postrimerías del año mil novecientos ocho. La noche de su enlace lo aguardaban cerca del templo más de veinte chanceros implacables, y hasta a la cola de un burro fueron atados «bidones» herrumbrosos que escandalizarían no bien sintiera el animal la fiera trementina en la parte menos nombrada de su cuerpo.

Pero el feliz esposo se deshizo en cumplidos y obsequios mostrándose anuente con todos ellos. Desarmados con la nobleza y sangre fría del hábil cónyuge se alejaron presto dejándole en la puerta los «bidones».

En un país en que eran tan frecuentes las contiendas fratricidas, era común que las mujeres enviudasen más de lo ordinario y que andando el tiempo viudas jóvenes y hermosas despertaran pasiones que se resolvían en casamientos, y cuando eran ricas, aunque viejas, bastábales el dinero para estimular las ansias casorias de algún haragán empedernido.

En ocasiones, muchas solteras esquivaban las promesas de los viudos por temor a la cencerrada. «Si me veo en ese trance—decía una vez una—no sobrevivo al ridículo. ¿En dónde pondría la cara que no se me cayera de vergüenza?»

Novios había que acababan a tiros la cencerrada, hechos que motivaron su prohibición, pero la costumbre luchó un tiempo contra la ley; y así, cuando la autoridad la impedía a prima noche, la daban de madrugada.

Y con qué fruición espiritual hablan nuestros ancianos de aquel buen tiempo, amable y cortés, en que el típico sereno, remedo del español, cantaba todas las horas de la noche plantado en una esquina al amor de un farol tosco y mal oliente, que el farolero encendía al morir de la tarde y apagaba con los claros del día, ambulando siempre, entre rosas de la aurora y rosas del crepúsculo, con su escalera al hombro y en la diestra el «bidón» de gas ennegrecido por el humo de los groseros mechones.

Buen tiempo en que los nombres de las calles hablaban al criollo de su fe religiosa, o recordábanle añejas historias de su pueblo, nombres de santos, de edificios y de cosas íntimas: «San Miguel», «San Antonio», «El Coco», «Las Tres Cruces», «El Convento», «La Barranca», «Las Rosas».

Con qué amor evoca la ancianidad, devota de la historia que vive de su ayer y se lamenta del presente, aquellos tiempos idos en que echaban mano del grosero «jututo» y del cántaro plebeyo para vivir el encanto de las cencerradas.

LAVADORAS DE ORO.

Encanta el cuadro de la lavadora de oro con todos sus detalles de color local. La antiquísima costumbre se conserva en toda su singular pureza arcaica. Es una ocupación de ordinario femenina. De ella viven centenares de mujeres que desde el canturreo galleril, precursor de la mañana, se echan a andar por la angosta vereda que conduce al río, en cuyas arenas crujidoras hunden el pie descalzo retardando la marcha.

Y oh contraste!, buscan el oro y son esclavas de la miseria. Su sueño es siempre áureo, como el discurso de su imaginación andariega, que va de arenal en arenal, hollando guijas, por entre gravas azulosas donde apenas hace alarde de verdura un junco rezagado o una «bruja» silvestre empenachada de «topes».

Están sobre aluviones auríferos y apenas tienen qué comer, porque los compradores pagan a bajo precio los tomines del precioso metal. Más oro pone el sol sobre sus manos empolva-

das que rubios gránulos la arena escurridiza, avara del tesoro que deposita en ella la corriente, tras un rodar de siglos, cuando el roce interminable ha redondeado las partículas que un derrumbe en las canteras arenáceas arrancó de alguna veta subterránea.

Por todo utensilio de labor usan una batea de ancha boca circular, cuanto más redonda más valiosa, que hunden en las arenas flojas de la playa hasta ponerla media de aquellas rocas diluídas, y asida a dos manos la batea, le imprimen un movimiento giratorio de derecha a izquierda, ladeándola a la vez para que el líquido que va entrando y saliendo sucesivamente, arrastre la liviana arcilla dejando en la batea los cuerpos más pesados.

A intervalos suspenden el movimiento, extraen las guijas más salientes y reanudan la revolución transversal de la batea para que el agua desaloje limo y grava dejando sobre el fondo del rústico utensilio, cuando es buena la suerte, el oro diminuto, preso entre las negruzcas arenillas.

Esta operación la hacen en cuclillas o sentadas sobre duros guijarros.

En épocas de avenidas es cuando más partido sacan de su trabajo, acarreando arenas de los bancos en donde soterró el oro virgen la corriente. También las favorece la Cuaresma, tiempo en que el oro sube a la superficie de la playa, según creencia general inspirada en cábalas tradicionales. Pero hasta que haya «angu-

ria», nombre común de la ambición, para que sea infructuosa la tarea, porque el oro se esconde si se le busca con dañados instintos.

Si «pechan» en la senda del río alguna mala compañera, buscan pretexto para devolverse. «Dio no se lo dipara—dicen—ai que tiene mai corazón ni a su compañá». Y si alguna se amosca antes de partir, más le valdría quedarse, que todo será en vano, «que oro y clara batía no suben con mala sangre».

Rara vez es una sola la que lava oro en las floridas márgenes, al pie de un «bajadero». Por lo común van en grupos, y hacen vida feliz de camaradas, cantando a viva voz la décima purlurda, que les da fuerzas para resistir la fatiga.

Para su operación les da lo mismo que el agua esté limpia como sucia. Si el río fluye espejeante, copiadador de cielos azules y de tímidas cañas, bien; si pardo y rebelde a toda copia de hermosura, igual; que no es éste oficio de lavandera ordinaria, que retorna llena de pesadumbre con el lío de ropa a la cabeza si el agua no está limpia.

Así las vemos siempre, río arriba, cuando ansiosos de aires embalsamados con el aroma de los pinos, trepamos a la sierra. Y mientras ellas, ocupadas en la dura prosa de su oficio, no sospechan un solo momento de su vida, que son partes en la poesía del cuadro fluvial y montañas, porque son el alma animada del paisaje, pensamos cómo el río es providencia de estas mujeres resignadas que buscan el oro que no han de

gozar, como las abejas, que dan la cera que no ha de alumbrarlas y de cuyas mieles, oro también en las minas del panal, se aprovecha más el hombre.

Para encontrar el oro van desarmadas de ambición, y no ven que el oro va a las manos de los ambiciosos. Con alma sana lo buscan, con alma impura se lo compran. Si tienen mal fondo se les escapa de la arena, ¡y no ven tantos avaros podridos en oro!

Y es que son ricas de corazón. La cábala del hallazgo es virtud en su alma. Ellas son la miseria que trabaja para la miseria que derrocha. Tan buenas son que al vender puñados de oro en polvo, invocan, en favor de aquel que las explota, los favores del Cielo. «Que ete oro no sea pa peidición de su aima,—dicen interiormente—y se santiguan cou la moneda que reciben en pago de una labor de muchos días, a sol y lluvia, mal vestidas y peor alimentadas, moneda que solo ha de servirles para el «túnico» y los zapatos con que ir a la fiesta al cuidado de sus hijas, o a la ermita más próxima a depositar un ramo de flores sobre el ara de la Virgen.

“¡ULTIMAMENTE!”

Esta sola palabra: «Ultimamente!», de una sombría gravedad exclamatoria, es, para el vulgo dominicano, la voz ejecutiva del lance personal. Harto nos ha hecho sentir acerbos impresiones frente al cuadro de dolor surgido al conjuro de su efecto lacerante.

Suscitada una agria discusión entre dos hombres, por un motivo baladí casi siempre, surgen los insultos más groseros, hasta que, caídos en las desazones del amor propio herido, uno de ellos, el más pagado de su valor salvaje, rebelde a todo miramiento de prudencia, lanza al rostro de su contrincante la terrible exclamación: ¡Ultimamente!

Es una chispa sobre el polvorín del escándalo. Ni una palabra más. No hay tiempo que perder y los enemigos sebatan, cuchillo en mano o «a garrote limpio», cuando no a tiros, hasta decidir la suerte que a cada uno ha de caberle.

En el campo es más frecuente todavía el empleo del funesto vocablo, por la facilidad con que discuten los vecinos por una cosa frívola. Y no es extraño oír, en los caminos reales, discusiones como ésta, presenciada por nosotros:

—Vengo a que uté sujete su vaca «cunquera».

—Póngale uté buena ceica a su conuco.

—Póngale uté «la mano en la cabeza» a su animai y no brincará maya.

—Pué vaya uté a ponéisela.

—Déjela, que con ete machete voy a picotiáisela.

—Mi animai no tiene culpa, jágalo uté conmigo, si e guapo.

—Bueno, úitivamente!...

Los que estaban cerca de ellos intervinieron a tiempo en que los dos, asiendo con fiero mano sus machetes, retiráronse algunos pasos para batirse en el campo del honor.

Otras veces es por un caballo «pateador» que amusga en cuanto otro se le acerca, presto a soltarle coces, las cuales hallan blanco en la piana de algún jiginete que se amosca con el dueño del caballo surgiendo entrambos una discusión que no siempre termina sin desgracia.

En ocasiones, la terrible palabra la provoca la osadía de un «vale» que gastó requiebros con la novia de otro «vale». Sabedor de la ocurren-

cia el ofendido novio, se allana a pedirle cuentas al que no le tuvo miramientos respetándole la mujer que le había dado voto de fidelidad. Y hace esto porque, según un estribillo de la filosofía campesina, el hombre tiene que «darse a respetar».

Son también motivos de disputa que dan origen a la expresión del término fatal, un «trago» que no se ofrece con ardor, de modo que el líquido pugne por salir con el impulso de la mano obsequiosa. Extenderlo sin fuerza, a la altura del vientre y no a la del pecho o de la cara, es un desdén imperdonable.

Y otro tanto ocurre en una fiesta rural al ser negada una dama que se pide, o en una gallera, con la mala fé de un «tercio» que untó a su gallo manteca de guaraguao en el artificio de un «cario», lo suficiente para que el otro gallo no halle pies en que pararse.

En todas las reuniones: «velas», «velorios», «desafíos de gallos», «aguinaldos» y otras igualmente típicas, el fiero vocablo juega un papel trágicamente de cisivo. Provocada una discusión, pueden oírse los mayores insultos, las más agrias ofensas, las peores «sacaliñas» de «trapos sucios», y aun el «ajo» insolente, que no falta en disputas, ni en arrear de bestias ni en vivas al caudillo vencedor, y no haber un solo hombre aturdido por un «palo» o herido por una arma de fuego; pero que no se diga ¡Ultimamente!, que como suene la palabra, habrá labios hinchados, dentaduras incompletas, ojos menos, de quienes perderán con

eso el apellido, o el cuadro doloroso de un cadáver.

Hay palabras así, fulminantes, definitivas, de las que no puede prescindir el observador que analiza las costumbres de un pueblo para delinear su carácter.

El «ajo» soez, que no es sólo el producto de la burguesía callejera y rural, sino de la clase social más distinguida, que lo emplea cuantas veces suele traspasar los límites de la discreción para caer en el personalismo intransigente, es también uno de esos términos que sirven como de desahogo a la rebeldía del temperamento nacional. Por ellos habla la modalidad idiosincrática del pueblo. Son como el instrumento de su orgullo indignado. De ahí esta célebre ocurrencia haitiana:

«Quand dominiquén dit ¡Ultimamente! li pa capá soporter».

«Cuando el dominicano dice ¡Ultimamente!, no hay quien lo pueda soportar».

En esa palabra hay una historia de sangre. Por ella, abundantes lágrimas de viudas, y muchas más de madres y de huérfanos, han nublado pupilas y rodado por el semblante como secreciones del corazón herido.

¡Cuántas veces, frente a una mujer enlutada que se arrodilla al pie de un túmulo, copiando en el temblor de una lágrima la llama temblorosa de un cirio, hay un resumen de la célebre palabra!

¡Y cuántas también, ambulando silenciosamente por sobre la tierra sembrada de cruces, nos hemos detenido frente a una de ellas, recordando con amargura a un amiga que cayó vencido en una fiesta después de haber exclamado: ¡Últimamente!

LOS "PICOS"

El dominicano es algo enemigo de los «picos», entendiéndolo por tales la parte pequeña sobrante de una cosa. Su economía anda siempre mal parada. Le interesa lo entero, lo redondo, y en las compras no se detiene en menudencias, resuelto a «cuadrar» la suma para esquivar los picos.

Esta modalidad característica la determina, por un lado la poca estima en que tenemos el ahorro, y por otro, la creencia supersticiosa de que los picos azaran, bien es verdad que sólo el sujeto vulgar obedece a esta creencia, llegando en ocasiones a desembarazarse de la «cuartilla» que padece soledad en un bolsillo, porque esta moneda es, según él, «el pico más fatal»: «Sala como canto de lechuza»,—dice—y cuando no la regala la arroja al suelo con estas palabras: «A salar a otro y no a mí!»

En las tiendas y pulperías es donde mejor puede apreciarse esta costumbre. Los que van

de compras no sólo se hacen de lo que necesitan sino de lo que no necesitan, siempre que les sobre algún pico. Si lo comprado les cuesta noventa y siete centavos, el dependiente que recibe el entero para el cobro del valor del objeto, rara vez hace la devolución del sobrante, sino que se dispone a preguntarles: «¿Y de qué le doy el pico?» «Démelo usted de lo que quiera» —será la respuesta—.

Si en aquel momento acierta a pasar por allí uno de esos chicos sobranceros en todas las reuniones, que andan a la briba por las calles, les tocará en suerte el pico. En cambio, cuando el bolsillo o la cartera aprisionan, como cáscara el fruto, el codiciado entero, despejador de penas y allanador de obstáculos, difícilmente habrá quien se desprenda de un centavo porque la reducción del entero arriesga el capital. «Si lo descompleto, lo gasto», es la frase de desquite frente a las demandas petitorias.

Cierta vez preguntó un extranjero a un sujeto criollo por qué daba el único centavo de que disponía, a lo que hubo de responder este último: «Es que prefiero la redondez de un arranque a un arranque a medias».

Son corrientes, para no usar el pico de los meses, las expresiones como estas: «Tengo veinte años no cumplidos».

Para ocultar la edad suelen decir las solteras: «Tengo treinta años y pico». Tal vez han visto desfilas siete años sobre los treinta. El pico lo silencian adrede y de ahí la humorística frase: «Tiene un pico de alcastraz».

Si a la madre de un niño tierno se le pregunta por la edad de la criatura, dirá según el caso: «Dos meses no cumplidos» o «Un mes entrado en dos», expresiones reveladoras del hábito tradicional de no usar picos, que tal papel juegan los días. No obstante solemos usar como cifras redondas los días OCHO y QUINCE, refiriéndonos a fechas pasadas o próximas.

«¿Cuándo te casas?—preguntamos a una triqueña de retadores ojos negros— a lo que hubo de respondernos: «De mañana en ocho días». A los siete días de casada nos dirá: «Mañana hará ocho días», y después: «Ayer hizo quince». «El jueves hará un mes», el caso es evitar los picos que para la generalidad de nuestra gente representan otros días.

El campesino es todavía más riguroso en su amor a las cifras cabales. Para él no hay entero más dulce, más bello ni más sonoro que la ONZA. Sus caballos valen siempre desde una onza hasta diez. Por el taco más malo piden una onza. Les suena mal la frase «veinte pesos», como si les ofendiera el oído. Una onza y pico» es lo corriente cuando la suma no llega a las dos onzas. Es una forma de evitar la pronunciación de las cifras que le saben a pico.

La muchachería truhanesca, esa que acude a los bautismos a disputarse a puñetazos el «medio» arrojado a la calle por el padrino, y al bosque a suprimir, con el martirio de una piedra, canciones en los árboles, o a la playa del río a trabar riñas con guijarros silbadores que piden

vendas cariñosas; chiquillería despiadada digna de piedad, que crece a la sombra de la pobreza, astral para el artista y astrosa para el mundo, sabe aquí más que nadie del valor de los picos, con los cuales toma muchas veces caminos extrañados, que nada es más comprometedor que una moneda libre en mano irresponsable, y con los cuales también cierra, en las techumbres miserandas, los agujeros propicios a la indiscreción de las estrellas.

Con esa fracción que despreciamos, chispa escapada de la combustión de la fortuna, desperdicios hijos de nuestra rebeldía con el ahorro, o tributos pagados a la diosa de la Cábala, se suprimen en ocasiones muchas hambres y se alimentan muchas lámparas, porque, sin quererlo, sin saberlo, sin advertirlo, ponemos una piedra de consolación en un hogar con solo una moneda lanzada a un pobre huérfano a tiempo en que le decimos con voz indiferente: «Ahí va ese pico».

EL FABRICANTE DE ATAUTES.

Nuestro tema de hoy es el fabricante de atautes. Reune este oficio condiciones apreciables de originalidad que no deben pasar inadvertidas en una obra de costumbres dominicanas. Y lo más curioso es que una ocupación de suyo tan austera, propia sólo para infundir recojimiento por la naturaleza del asunto en que se emplea, dé ocasión a la humorada.

No puede el fabricante de atautes manifestar visiblemente su alegría con la demanda que tengan sus productos. Huélganse los demás artesanos en el expendio de sus obras. A él le está vedada semejante manifestación de júbilo. Dirían que se alegra del mal de su prójimo. Su misma conciencia le reprocharía el interés puesto en la venta.

Hace poco decíanos uno de ellos: «Para tranquilizar mis escrúpulos en este oficio hago obras de caridad. Quiero vender las cajas porque de ellas vivo; pero me pesa haber apren-

dido este oficio, pues ¿cómo me hago para desear a la vez ganar dinero y que nadie se muera?» Y en efecto, es un conflicto para el fabricante de ataúdes reconciliar la necesidad con la conciencia.

«Si el ataúd cruje—decíanos también el mismo obrero—está para venderse. Ese crujido llama plata, y alegra; pero tan pronto alegra contraría, por el deseo de que alguien muera, inseparable del de la venta, a menos que se trate de un desalmado, que no falta en ningún oficio, para quien no hay mejor noticia que el desahucio de un enfermo».

El ataúdero de mal fondo no sólo goza cuando cruje el ataúd sino que provoca su venta con el plumero, pues hay la creencia supersticiosa de que quitarle el polvo es indicio de venta segura. Aconsejado por uno de estos impíos, un fabricante se vió una vez a punto de sacudir un ataúd para quitarse de encima un prestamista. Perdió el control de su bondad y asió el plumero; mas cuando iba a consumar el acto le temblaron las manos y retrocedió espantado diciendo: «¡Qué lo compren cuando Dios quiera! ¡Si yo he de matar para venderlo, que no se venda nunca!» y arrojó al suelo el plumero, ahora instrumento de perversidad.

Interesados en adquirir pormenores sobre tan singular oficio trabamos conversación con el maestro de un taller de ataúdes. Contribuye Ud. a que se cumpla la última obra de misericordia. Es bien humano su oficio —le dijimos—.

«Puede ser—repuso—yo he regalado muchas cajas, y aunque vivo de los muertos, protejo a muchos vivos. Pero este oficio no es negocio. En día de apuro el zapatero puede «quemar» un par de botas y salir de su aprieto; el sastre unos pantalones y «respirar»; el talabartero una silla, y espantar muchos días de hambre; pero ¡a quién se le ocurre proponer en venta un ataúd, si la gente pagaría por no tener que pensar en la muerte!»

En efecto, a nadie le interesa mueble tan fúnebre, cuya presencia es el mayor insulto a las vanidades de los hombres.

Y continuó diciendo el maestro: «No puedo interesarme por el estado de un enfermo, y menos visitarlo. Sería una imprudencia. Si es un simple achaque de salud, no faltará quien diga: «¡Lo está anunciando!» Y si hay gravedad: «¡Viene por vender la caja!» Y se equivocan: yo no muevo una caja de su sitio para llamar la venta, ni consiento en que se la mida el que viene a comprarla, que moriría en vez del enfermo, sin esa precaución; ni permito que se lleven el ataúd antes de morir el que ha de usarlo, y así evito otra desgracia. Yo no me echo muertos encima: si vendo, trato de no alegrarme; y si no vendo, no me desespero».

De ese modo acabaron los razonamientos de nuestro hombre, y en verdad que es así. No habíamos pensado en ello hasta que la curiosidad por querer saber todo cuanto hay de típico, agudo, interesante y gracioso en cada género de lucha a que se dedican nuestros hombres, nos

puso en contacto con esos pormenores que perfilan la psicología de este original obrero.

Todos los establecimientos y fábricas son visitados a menudo para admirar cuanto hay de característico en cada uno de ellos, no así una agencia de muebles, cuando no sea los que van impulsados por un triste deber, con la visión del cuadro doloroso que dejaron atrás. En tales circunstancias no hay sentido estético para admirar los adornos que se ponen a un mueble que sólo las almas tocadas del misticismo teresiano o del hondo sentido de la vida, pueden verlo como una transición entre la desgracia de abajo y la Gracia de arriba, entre el hombre y lo infinito.

Interesante debe aparecer ante nuestros lectores el cuadro del tipo de obrero descrito, con todas sus mañas y preocupaciones, supersticioso como el que más, ansioso de armonizar con su conciencia las aspiraciones de su oficio, que ejerce con un sentido de sacrificio por el recelo que provoca su presencia en casas donde hay enfermedad que lamentar. Vive de la muerte, fijos en ella sus ojos habituados a lo fúnebre, y no le teme a su guadaña. Duerme a veces rodeado de ataúdes, como el sepulturero de cruces, y ningún escalofrío de temor le produce el misterio. Por lo regular desconfía de las apariciones. Le teme, sí, a los vivos. En sus labios sorprendimos esta singular exclamación: «Yo en muertos no creo, y de vivos no me fío».

EL "PASEO DE CERA".

Bella costumbre que se nos fué del dulce solar criollo esta del «Pasco de Cera». Nuestra niñez discurrió en el amable tiempo aquel en que florecían las creencias con más lozano tinte en el vaso de las almas.

Paseo de Cera era el que se hacía, en las fiestas patronales, por las mismas calles que había de recorrer la procesión. Su origen no hemos podido localizarlo en parte alguna. Nada nos dicen de él las enciclopedias que hemos consultado. Se pierde en el laberinto de las nebulosidades arcaicas.

A la cabeza del cura, seguido de una orquesta, iban de bracero, enfilados a pares, guapas niñas y cumplidos mozos, presa en la mano femenina la típica vela de cera que motivó la denominación de este paseo.

Los nueve días de la fiesta eran distribuidos entre las personas que con tiempo los solicita-

ban del cura obligándose a sufragar todos los gastos. Cada interesado recibía su día a las doce meridiano y lo entregaba a la misma hora del siguiente día. Esta faz de la costumbre se conserva aún.

De la vieja plaza de armas acudían, uniformados, cumpliendo órdenes del jefe, varios Cornetas duchos en charangas y en tragos, y otros tantos Tambores o «Cajeros», tensos los parches vibradores, lucios los palillos gemelos, y viva, como la guarnición del uniforme, el alma del pueblo retozándole en los labios, francotes y expresivos. Apuraban vasos medios de ron para ponerse en punto de jarana.

A las doce y media del día el metal en fiesta rompía la pacífica actitud de la torre para «llamar las doce», frase con que se designa la operación de turnar las campanas en sucesivos toques que rematan en un largo repique precursor de una nueva tanda de sólos de campana menor, media y mayor, hasta cerrar el ciclo metálico con la ejecución de las doce, hora en que estaba todo listo para el Paseo de Cera.

Este paseo comenzaba al toque de las doce. De distintos puntos de la ciudad iban llegando las mozas, ancha la falda cuyo ruedo afelpado moría, con alarde de discreción beatífica, en el nacimiento del pie; abultado por exigencia de la moda el corpiño ligero cuya seda regaba, a modo de aspersorio profano, el pomo de esencia de París; corpiño en el cual gallardeó alegremente una rosa mientras iban las mangas, cilindros de

recato, a unirse con la coquetería de la pulsera a tres dedos cabales de la mano.

El vals exaltador, febril, provocativo, iniciaba el desfile. Chicos mandaderos, con las cantinas chorreantes de sopa, seguían largo trecho, con riesgo de una tunda, la algazara ambulante, mientras en la casa rabiaban familias aburridas, cansadas de hacer cadenas de hambre con eslabones de bostezos.

Y visitaban al dueño del día, quien se adelantaba a recibirlos, libertando aldabas que sonaban con ruido sobre la honda señal producida por el continuo golpe en la madera, y la casa era invadida por la multitud al són de una «Cuyaya» ejecutada por todos los Cornetas y Tambores, y luego una marcha de salutación al dueño de la fiesta y de la casa, y la detonación de los cohetes voladores cuyas varillas apagadas caían en los vecinos patios, que asaltaban los chicos trepando setos para disputárselas aunque cayeran, entre flores, en cuyo caso les era indiferente el destrozo de los canteros perfumados.

Las velas, cementerios de la carne de mil flores cuyo espíritu aletea todavía en la fragancia del bosque, pasaban de la mano femenina a la paz de la alcoba en donde esperaban, sobre la sábana tendida, la hora de partir. Estaban destinadas al ara de la Patrona y debían arder al día siguiente sobre los candelabros de plata durante el sacrificio de la misa. La orquesta se instalaba en una de las habitaciones, a prueba de percusión la tambora cuyos primeros sonos

dentro de la casa revivían la mocedad de la abuelita añosa, que guardaba el rosario en el bolsillo de su bata morada y empezaba a ver visiones de su edad de oro tras el humo del cigarro.

El honor de la primer bandeja era para los músicos, que tomaban los vasos anchicortos rebosantes de «pólvora gruesa» para la batalla. Aquello pedía un aturdimiento de cabeza para que el alma se comunicara a las notas e hiciera llamas de arretrato en los ojos. Y rompía el vals, y la sala en fiesta diríase una girándola que hiciera explosiones sucesivas de amor en las parejas que mezclaban dos amores al parecer irreconciliables, el divino que acerca a la Patrona, y el humano que prende chispa de secreta pasión en los ojos que se buscan para el pacto secreto de dos almas.

Y hasta el cura, que más que sacerdote es hombre, y tiene corazón, y ha resistido, como Antonio, las sollicitaciones de la carne hecha deidad irresistible, vacilaba entre la danza y el Ave María, bailándole por dentro el alma sin atreverse a soltar al cuerpo las riendas de la sinceridad. ¿Por qué había de estarse quieto soportando un deseo aprisionado en el martirio de la prohibición?...

Y esto duraba hasta las cuatro de la tarde, hora en que se reanudaba el interrumpido paseo, que había que continuar por las calles destinadas al paso de la Imagen, hasta volver al punto de partida a depositar en el templo las velas destinadas a la próxima misa en la que darían

la impresión de sepulcros de flores ardiendo bellamente a los pies de la Virgen Milagrosa.

Eran velas que iban a purgarse, con el fuego, de la culpa de haber estado en parrandas la víspera de su consumación. Parejas hubo que habiendo libado más de lo ordinario, llegaban con inseguro paso a la puerta del templo; y recordamos la vez en que uno de los aturcidos, con el entusiasmo propio de los bandos políticos, gritó a todo pulmón, como si se tratara de su jefe: ¡Viva la Virgen de la Altagracia!...

Así el Paseo de Cera, tradicional costumbre ya extinguida y que era la más fuerte manifestación del alma popular aferrada a su Patrona. Parece haber nacido aquí, ideada antaño por algún sacerdote dado a estas expansiones del espíritu público que se desbordaba en júbilo en las exaltaciones de su fe católica, aliada de su amor a la Patria, porque fundidas en un mismo crisol, inseparables como el aire y la campana en el sonido, se hallaban estas dos realidades hermosas de la espiritualidad dominicana: religión y patriotismo.

LOS GENERALES.

El generalato absorbió hasta ayer la vida de la República. Las revoluciones ocuparon de tal modo la mente de nuestros políticos, que los partidos en el poder no tuvieron mayor preocupación que la de estar en guardia contra las insurrecciones.

Tan pronto como un partido se imponía por la fuerza y asumía el Gobierno, no hacía más que seguir los pasos de sus adversarios para descubrir las tramas subversivas que formaban la tela de Penélope de las revoluciones. Así que, la vida del político discurría entre luchas armadas, satisfacciones del poder, persecuciones, cárceles y exilios, cuando no finaba en el cadalso o en una emboscada abierta para él como antro de la tiranía.

Para estas luchas de sangre entre partidos había que cultivar el ciego ardor guerrero, la temeridad del coraje irreflexivo, la osadía brutal complacida en heroismos estériles, en hazañas

portentosas de ánimo que acentuaban día tras día el culto de la guapeza original que perfiló una larga época.

Cuando este culto exagerado no se manifestaba en la guerra, manifestábase en fiestas acabadas a tiros, armadas ex profeso para adquirir renombre entre las faldas, o en las casas de juego tras una «coca» provocativa, o una guasa insolente.

De tal modo era aquel estado de hazañerías y fiebres militares, que hasta en las saluciones advertíase el señorío de la carrera de las armas. Y así entre personas que vivían extrañas al ambiente de la jefatura reinante, eran frecuentes las expresiones como éstas:

—¡Hola, jefe!

—¡Adios, General!

Todavía no ha podido desterrarse la costumbre y hay quienes no pueden hacer una reverencia cortesana sin invadir la jurisdicción de la milicia.

—¡Qué tal. Teniente!

—Así, mi General!

El general criollo fué siempre un tipo muy poseído de su fama, por lo común ladino, temático, ignorante, arbitrario y enamorado, por añadidura. Le fiaban en todas partes aunque no pagara, por admiración o por miedo. Era el señor de su época y había que tenerlo contntoc en espera de merecerle favores.

Por cálculo, cuando una familia pertenecía a un partido, convenía tener un pariente en el contrario, que le sirviera de garante a los otros, o bien un amigo de influencia en el Gobierno, y era común oír en reuniones de amigos exclamaciones como la siguiente: «No se apuren, señores, que yo soy el garante de ustedes».

La mujer del general era muy respetada, y aun sus queridas, como medida de prudencia en unos y de compañerismo en otros.

Su debilidad eran los botones dorados en el saco dominguero de elegante paño azul o en la burda chamarra abultada a un lado por el revólver o levantada por el puño gris del «enca-bao». Usaba «panamá» de ancha copa y ala recogida; gruesa leontina de oro en forma de hamaca sobre el vientre, asida de los bolsillos del chaleco; buen caballo cuidado a lazo, con flamante silla de «batea» provista de furoles; elegante «usa» de general, azul o roja, con una borla en cada lado; buen freno y lucientes espuelas de plata, boato que sólo se permitía «estando arriba».

Por lo común era gallero, fumador de buen tabaco criollo encargado especialmente para él, cafetero, mujeriego y amigo de los tragos.

A su casa traíanle de regalo excelentes pollos de cría, hijos del mejor gallo «encatao» en el lugar; hermosas bufandas tejidas por primorosas manos de mujer y tulares de ricos colores que se ataban a la cabeza en las noches de «corrida» para preservarse del «mueimo».

En los «días de tabla» usaba bastón de granadillo o tabacuelo, con empuñadura de oro que hacía juego con el dorado de los botones de general, en los cuales destacábase en curvado relieve la heráldica patricia.

En las fiestas nacionales como en la procesión del Viernes Santo, veíasele, tras el Cristo yacente, uniformado de gala, copiando en las áureas charreteras el oro errante de la tarde.

Para él, la ley era su espada. Cuando en oposición a sus órdenes le argüían en términos jurídicos, respondía de ordinario: «Lo mando yo», y se retorció gravemente el bigote, asiento de su respeto varonil.

Era apasionado hasta no ver defecto alguno en su partido. Con su caudillo permanecía fiel hasta la muerte. Apoyaba a los suyos y odiaba a los contrarios.

Nada pinta mejor la animosidad entre los partidos como este episodio de la vida política dominicana. «Hallábanse reunidos cierta vez algunos «bolos» y «rabuses». En tono de guasa dijo uno de éstos: «No hay un bolo que sirva». A lo que respondió uno de los aludidos: «Conque, ¿no hay excepciones?» Al oír esto el ofensor se allanó a decirle: «Voy a modificar la frase por Ud.: Podrá haber bolo bueno, pero no hay sinvergüenza que no sea bolo».

Tal ofensa debía ser respondida en el mismo tono de guasa, y con la celeridad del que está siempre preparado para la defensa, respondió

uno de los agraviados: «Tan malo soy que tengo un billete, y como venga EL GORDO, cien pesos son del diablo».

«¿Y cómo harás para que el diablo participe del premio?» —dijole un contrario.—

—«Es muy sencillo:—respondióle el bolo— Le doy los cien pesos a un rabú».

No todos eran fieros y brutales. Habíalos respetuosos de los bienes ajenos, serviciales y pródigos en expresiones afectivas. Cuéntase de uno de ellos que en cierta ocasión habló a su tropa de este modo: «El primero que se robe una gallina, lo mato». Uno de sus parciales, tenido por gracioso, se aventuró a guisar un gallo. Sabedor de la ocurrencia mandó llamar al culpable y se trabó el siguiente diálogo:

—«Ha violado Ud. mi orden».

—No, mi general, he respetado las gallinas».

—¿Cómo, no acaba Ud. de robarse una?»

—No, mi general, ha sido un gallo». Y en gracia acabó el cuento.

Pero abundaron más los duchos en arbitrariedades, para quienes el poder era un medio de desahogar rencores, consumir represalias, disponer de lo ajeno y burlarse de las leyes.

Y así hubo quien una vez, después de una victoria, rehusara aceptar empleos y prebendas, contentándose con pedir que únicamente le tuvieran «consideraciones», es decir, libertad de lle-

vase mujeres, de meter en la cárcel y de matar en su cerca los animales ajenos que encontrara.

Otro del tipo ya descrito pidió cierta vez que lo hicieran Comandante de Armas de Altamira y expresaba su deseo de este modo: «Eso sí, como pueico entre batata y con ei agua ceica», con lo que significó querer estar a sus anchas, sin tener que dar cuenta de sus actos.

El jefe tuvo curiosidad de saber la verdadera intención del aspirante y repuso:

—«Está bien, pero dígame, en confianza, su propósito». A lo que hubo de responder el interesado: «Pue yo le soy franco: reclutaile un hijo a uno que tenga mucha vaca, otro ai que tenga mucho pueico, y así a lo demás, y soitailo a cambio de animale».

—Pero así vendrán a quejarse de Ud.—díjole el jefe—y tendré que quitarle el empleo.

—No hay cuidao—respondió—cuando eso venga a resuitai, ya tento un «jato».

No todos eran valientes, mas para cada un cobarde había diez guapos. El general por excelencia era el curtido en la severidad de los combates, enérgico y porfiado, orgulloso de sí mismo como un Narciso de la guerra, capaz de exclamar como otro Atila: «Por donde pasa mi caballo se secca la hierba».

Hay frases suyas que resumen la arrogancia de su temeridad, frases que lo salvan del olvido porque son la mejor pintura de su carácter, su alma, su orgullo, su personalidad.

Admirable es oírlo exclamar al rompersele de un cintarazo la espada vencedora: «Mi sable se rompe, pero yo quedo entero!» O cuando, para obtener el grado superior a que aspiraba, exclamó frente a su jefe al recibir la orden de batirse: «O general o gusano!». O cuando al asaltar un fuerte en la guerra de Independencia dijo al herir a un moreno criollo confundiéndolo con un haitiano: «El que sea prieto, que hable claro!».

Sólo él pudo decirle a un oficial admirado de verle soportar a sangre fría una avispa prendida de su cuello: «Déjela uté que pique, que yo me raco de alacrán parriba».

Suya es esta frase para infundirle ánimo a la tropa: «Bala que zumba no mata». Y esta otra igualmente atrevida: «La bala que me mate, me dará de frente!».

LOS JUGADORES.

No vamos a discurrir acerca de la pasión del juego. En todas partes se juega y aunque la esencia no varía, varían las circunstancias, los procedimientos, el ambiente, el vocabulario.

Nuestra legislación condena el juego de azar pero nuestra política ha gastado no poca tolerancia con los jugadores del partido triunfante, que no aspiran a otra cosa que al privilegio de poder jugar a salvo de persecuciones; pero como la política del juego es distinta de la política propiamente dicha, resulta que la tolerancia beneficiosa para unos lo es para todos los del oficio por el espíritu de solidaridad que reina entre los jugadores. Así un jugador no persigue a otro jugador. Podrá hacerlo el dueño de una casa de juego con el dueño de otra similar, pero no los compañeros de ese arte aunque medien sentimientos políticos opuestos. Ellos son granos de una misma cosecha: contrarios en la jugada pero amigos en el juego, y es que han probado

alternativamente las mieles de la suerte y las hieles de la malaventura... Los árboles de un mismo huerto pueden robarse mutuamente los jugos de que se alimentan, pero a la hora del viento se unen contra los efectos de la cólera celeste. Así los jugadores, junto a la mesa verde luchan con la entraña embotada por la pasión; pero junto a la mesa blanca, comen y beben como hermanos.

De lo más digno de atención que ofrece entre nosotros el arte de jugar es el respeto que para los jugadores tiene la deuda que proviene de este vicio. Se respeta más la cuenta de una mesa de juego que cualquiera otra obligación económica. «Deuda de honor»—la llaman—, y pocos faltan a ella porque es ley tradicional el imprimir carácter de cosa sagrada al compromiso contraído en torno de una mesa de juego. Para responder a la palabra empeñada en el garito se vende el flus, como antes se vendía el revólver, o se empeña la casa que sirve de albergue a una familia, y no valen lágrimas de la esposa afligida ni el desconsuelo de los hijos: es una «deuda de honor» y hay que pagarla aunque para ello tenga la familia, por techo el cielo y por jergón el suelo.

Nadie más cabalístico que nuestros jugadores. Con frecuencia cambian de sillas para prevenir el «currú» o mala suerte; no permiten que plantas indiscretas se afinquen en los balaustres de las sillas en que están arrellanados; se ponen el sombrero, se lo quitan, salen del juego y retornan tras de haberse bañado y cambiado de flus y de sombrero.

En todos los juegos hay lo que denominan «La Casa», que es un individuo, el dueño u otro que lo represente, cuyo oficio es de juez en las controversias que se presentan en las jugadas. Los jugadores tienen el derecho de invocar la intervención de «La Casa», y ésta, de acuerdo con los reglamentos del juego, decide en esas controversias, y sus fallos están obligados a respetarlos los jugadores en litigio. Si el que pierde se negare a pagar, «La Casa» está obligada a pagar por él, mas no sin condenarlo a no jugar más en aquel sitio. Tales jugadores reciben el nombre de «coqueros».

«Coca» o «rebú» es la sustracción ruidosa y violenta de todas las monedas que hay en la mesa. A veces la hace uno a título de confianza cuando apenas si hay dinero sobre el tapete verde; pero otras veces el abuso irrita a los perjudicados y se «arma una pelotera» en la cual lucen su resplandor siniestro los puñales mientras los naipes de rojas pintas dan la impresión de encendidos claveles que estuvieran reventando de llamas sobre la verdura del paño indiferente.

«Parada» es la cantidad de dinero que se cruza en la jugada, y «barato» el tanto por ciento que «La Casa» cobra según la cuantía de la parada. La casa de juego se sostiene con el «barato», término que da origen a «baratero», aplicado al que cobra el «barato», que no siempre es el dueño del establecimiento.

El dueño sostiene el juego sin interesarse en la jugada. Su negocio estriba en no jugar.

Mientras los otros viven del juego él vive de los jugadores y sólo se aviene a lanzar un «¡Paro pinto!» o un «topo!» cuando el juego está frío y hay que «componerlo».

«Banco» es lo que en el juego se conoce generalmente con el nombre de «banca», o sea la cantidad de dinero que «el que planta el juego» pone sobre la mesa para que los demás apuesten, según les convenga, a las cartas que elijan para el caso.

Y es muy divertido contemplar al jugador victorioso. Cuando logra «pelarlos» a todos, con su «banco» por delante, da con la «corna» o cubilete sobre la mesa y reta con aire de triunfo: «¿Quién pára?», o abre, como pavo real la cola, las cartas en forma de abanico y «hace un galano» sobre el tapete. Como nadie responda dará, satisfecho y maniabierto, su parte a los «vales» en uso del deber de ganancia, como se estila entre jugadores, y a los «ovenques» que fueron buenos hados, a quienes debe el favor de la buena influencia, que reciproca con dinero.

Los «ovenques» son aquellas personas, por lo común viejos jugadores, a quienes la corriente de la malaventura arrojó a playas de impotencia y se contentan con el placer de ver jugar, en espera de que «les pasen la mano» los favoritos a quienes dispensaron su ayuda misteriosa.

Los hay de mal influjo y los jugadores esquivan su vecindad en torno de la mesa, así como también hay «ovenques» al servicio de un jugador para tenerlo al corriente de la situación de

sus contrarios mediante señas convencionales que pasan inadvertidas para los demás.

Los primeros en llegar a la mesa del juego son ellos, y cuando caen en desgracia los jugadores a quienes les sirven, tienen que soportar a veces injustas maldiciones; pero algunos no esperan el triste fin de la jugada y se marchan con tiempo cuando no les es dado evitar la pérdida, pensando con amargura que la suerte, tornadiza y versátil, «no es perro que sigue a su amo».

Como en todas partes, la malicia juega un papel fundamental en nuestros juegos, y así «vivoreo» es la señal colocada hábilmente en el reverso de la baraja, casi imperceptible de modo que el contrario no pueda advertirla. Jugadores hay que «vivorean» con maña todos los juegos de naipes que hay en las tiendas, mandándolos a buscar para verlos. A los golpes de fortuna que provienen de fraudes los llaman «Cabra», sobre todo en el juego de dados, que hacen especialmente para que se repitan unas mismas pintas como quiera que los tiren. De ahí la exclamación de algunos jugadores: «El que me juega una «cabra», lo mato».

Así discurre el vivir agitado de nuestros jugadores, haciendo vida de buhos en el silencio de las noches, bajo el amor de una pantalla y del paño que le defiende los ojos con suavidad de campo verde; utilizando malas artes contra sus compañeros pero respetando como cosa sagrada la palabra de pago, deuda de honor que se cumple hasta la muerte.

EL AGUINALDO.

Entre nuestras costumbres tradicionales el Aguinaldo ocupa sitio de preferencia.

Aguinaldo es aquí, como en muchos países, el regalo tradicional de Navidad, que el pobre demanda sin empacho a la clase acomodada porque el aniñamiento que se apodera de todas las almas en esta época clásica del año, quita toda rudeza al afán pedigüeno y autoriza a esperar que las manos señoreadas de títulos de bienes se aligeren en la gentileza obsequiosa y lleven, sobre las peticiones consentidas, los favores más gratos.

«Mi aguinaldo!», clama la lavandera que antes se avino a la exigencia de inhumano regateo. «Mi aguinaldo!», insinúa el peón diligente que lleva al abrevadero la pobre animalidad trabajadora que sirve por la misericordia del pasto y de la aguada. «Mi aguinaldo!», profiere con insinuatoria acentuación el mandadero, ducho en tretas de compras en las pulperías para rega-

larse con atracones de dulces, y todos piden su aguinaldo, seguros de que atraparán zapatos a medio uso, cuyo acceso a la pobreza fué decretado por un callo, o prendas de indumento con que esperar, animosos, los fríos de la estación.

Y cada pobre lleva a su casa el aguinaldo, ofrecido sin gesticulación desdeñosa, porque por encima de todo triunfa la tradición y se impone la costumbre.

Aguinaldo es también nuestra música típica por excelencia. Antaño bulleron los aires de esta música populachera y festiva en el alma de algún humilde hijo del pueblo. Esa música la ha sentido el pueblo, la ha vivido, es suya. No puede oirla sin estremecerse.

Es que las notas van dando la impresión de la misa tempranera sazónada de villancicos. Evocan la canción de los pastores y la juerga de las mozas que abandonaron las sábanas calientes para ir a la iglesia.

En las misas de aguinaldo, que comienzan en la madrugada del 16 de diciembre y terminan en la del 24, la gente se echa a la calle, sin temor a la baja temperatura, e inunda la iglesia desde que el bronce de la torre revoluciona, con el primer repique, las estancias discretas santificadas por el sueño. Este primer repique es tentador. El pie listo y ágil para las andanzas madrugadoras, se reintegra a la prisión del calzado, presto a trajinar por las calles húmedas de noche o asaetadas de neblinas.

El pueblo, para quien todo es júbilo en las postrimerías mesiánicas del año, llena el templo y sueña a los acordes de la Pastorela, misa tierna, de ingenuidades pastoriles, tan comprensible, tan inspirada. Y la gente no se recoge en la meditación y en el silencio, antes bien, los olvida, y el sacerdote desarma su rigor para con la boca harto pródiga de lengua, sabedor de que el alma, tocada del sentimiento tradicional de su aguinaldo, baila espiritualmente al són de los panderos y los pitos que encienden los compases de la Pastorela.

Iniciado el repique de salida, la muchedumbre invade los sitios propicios al anticipado desayuno. Los que sensibles al frío se «pegaron de la cama», y no supieron de repiques, despiertan con el barullo callejero. Se habla alto, se pisa fuerte en las aceras, se conspira contra la mudez de las puertas y los setos, y son menos controlados el carraspear y el toser que provoca el aire frío en los imprudentes que pasean sus catarros por las avenidas del peligro.

Mujeres del pueblo, hábiles en artes de fritangas, habilitan sus chozas para el negocio típico. No dan abasto a los reclamos. A la primera embestida, desaparecen varios cientos de empanadas cuyo olor penetrante le sirve de anuncio al olfato callejero.

Familias enteras invaden estas chozas acogedoras en busca del bocado favorito y de la taza de jengibre, aliados de la bufanda y del airoso abrigo contra la invisible garra de las noches invernales.

Y luego a «la plaza», en busca de flores para retornar con las manos incendiadas de claveles.

Pero el aguinaldo por excelencia es la típica fiesta de este nombre. En donde sabe a criollismo tupido y legendario es en el campo. Hay el hábito de turnar en la celebración de estas fiestas, y así, desde las postrimerías de noviembre hasta la epifanía, el alma rural se expande a los halagos de su música.

La casa de turno se prepara para el festival. No ha de faltar la gran mesa a base de lechón asado, de rica salza o «mojo», el «arroz blanco», como han dado en llamar pleonásticamente a la cocción de este alimento, y el típico «cazabe».

Aquello es tentador. Desde el anochecer comienza, en la casa próxima a la del Aguinaldo, a reunirse la gente. Allí se inician las notas del acordeón, el jaleo tamboril y la jácara güirera. Es el prólogo del asalto.

A la hora convenida, surge el desfile, y el aire de la noche se impregna de fuertes olores de barata esencia echada a frasco largo sobre los corpiños de las bailadoras.

Al llegar hallan cerrada la puerta, según rito, y rompe el aguinaldo de cuyas varias letras tomamos las estrofas más usuales:

Abreme la puerta
que estoy en la calle
y dirá la gente
que esto es un desaire.

Allá dentro veo
 un bulto tapao,
 no sé si será
 un lechón asao.

Los de la casa abren de par en par la puerta y rompe la fiesta, que se prolonga hasta el amanecer.

Todo esto es el aguinaldo dominicano que, oído por el pueblo, es como si de su alma, hecha pebetero, brotase en espirales de entusiasmo el ámbar de sus más hondas alegrías pascuales.

Y esa música invita al amor, a la fraternidad. Apenas se alza, con ademán macabro, la hoja de un cuchillo. El corazón es propicio a la alegría sana evocadora del Mesías. De ahí los versos.

Alabar a Dios
 En este momento;
 alabado seas,
 Santo Sacramento.

Sal de las sombras del olvido, músico del pueblo que nos diste el pan espiritual del Aguinaldo. Seas quien fueres, humilde obrero o trasnochador de oficio, bonachón o perverso; haz porque se te conozca para que podamos asociar a tu nombre los aires de tu música. Derecho tienes a la admiración porque creaste un medio de estrechar corazones y de hacer un alto en las penalidades de la vida; porque desde el oscuro rincón en que viviste vida simple y anónima te has elevado en espíritu hasta confundir

264.

las vibraciones de tu alma con las palpitaciones de la más alta clase social sin dejar de ser la más viva expresión del pueblo que aletea en los acordes ingenuos de tu música.

NOGHEBUENA.

Casi todos los países celebran la Nochebuena, pero la celebración no es la misma en todos ellos. Diferencia de emociones, de color y de ambiente le imprimen un sello propio en cada nacionalidad.

Es la noche de las noches. No hay severidad de carácter que no se dulcifique. Hasta el abstinio transige un minuto con la púrpura rebelde de la vid. Ninguna vejez tiene conciencia de sus canas ni de sus arrugas. El que está fuera de la casa solariega retorna a ella para que las pascuas caigan misericordiosamente sobre todos al favor de un mismo techo. Nadie quiere estar lejos de los suyos y es entonces cuando aprieta la nostalgia, hambre de patria y sed de caricias hogareñas.

Desde la víspera comienza la actividad de los hornos, el acarreo de leña, los vínicos aprestos y la maduración de los votos y las promesas de felicidad. Una fiebre suplicatoria cae sobre los

cerdos y las aves, implacablemente. La provisión de golosinas sobrepasa los límites ordinarios. Se va a reproducir el goce de la tribu de Judá viendo cumplido el verbo profético de Isaías.

El pavo, que alza la voz protestativa contra bullangas de chicuelos, silbos de peones y chasquidos de fuetes, y se cuadra, vanidoso, frente a las hembras que hipnotiza con «la rueda» galante, empleada como arma conquistadora, va a ser pasado a cuchillo, colgado de una rama. Ignorante de su suerte hincha el plumaje negro de hermosas aguas verdes con ribetes de gualda, y avanza hacia la hembra, hundido el cuello, salido el buche, caído el moco sobre el pico, abierta la cola en ademán de abanicarse, hasta detenerse con extraño ruido junto a la vencida compañera deslumbrada con las cien plumas que se abren desafadoras en arco de elegancia.

Aquella cola, imán en los destinos de la especie, es el símbolo de la libertad del pavo, que una vez en capilla, sujeto por impía sogas a cruel estaca, ya no la abre más, como si la esclavitud le estragara el amor, que es libre como el viento.

Desde el amanecer de la víspera comienza en el campo la matanza de lechones. Ya está lista la «petaca» flexible para recibir el animal sacrificado sobre cuyo pelamen rodará el agua hirviendo, y la «puya» a modo de pasador que lo sostendrá horizontalmente sobre dos orquetas apuntaladas en el suelo, debajo de las cuales brillarán, con cáustica belleza, las brasas de oro y púrpura.

A nadie faltará el plato favorito de la No-

chebuena, el «puerco asao», porque de las casas en donde lo hay saldrán mandaderos en dirección a todas las chozas del vecindario llevando el típico manjar en rústicos paquetes de «barriga de yagua» u hojas tiernas de plátano.

En ningún lugar se debe sufrir hambre. El vino se democratiza en este día. La alegría del sol, reconcentrada en la uva, revolucionará los sentidos dejando sin control la mente, sin gobierno la lengua, sin pena el corazón. Jesús nace para todos: de todos debe ser la alegría. Nacido en un pesebre, son mayormente los pobres los que han de alegrarse. Primero que los reyes lo adoraron los pastores. Antes que el oro de la revecía recibió el oro de la canción bucólica. Vagidos de sufridas bestias criadas en la manse-dumbre del trabajo, calentaron sus carnes. Nació Rey y se llamó pastor. De ahí la exaltación jubilosa de la pobreza.

La navidad es la fiesta clásica de las multitudes. Es el poema de la humildad enaltecida, de la sencillez glorificada. ¡Y cómo se congregan las abejas en los caminos enfiestados de campánulas de nieve! Es la «flor de pascua» que cubre en esta época todos los mayales, gallardea en las empalizadas, trepa, mimosa, a los copudos árboles y se insinúa como pompa nupcial a los amores de todas las cosas.

Hay menos rastros de fuede y de pie descalzo en los caminos reales y veredas. El calzado burgués y crujidor, que sabe de las rutas domingueras, camino de la novia, impone su huella festiva

en el polvo pacífico y manso de diciembre. En los techos de las casas parodian a la luna las tortas de cazabe. La vida perruna está de plácemes, los gatos a sus anchas y las ratas libres de persecuciones, agradecidas de nuestra señora la Abundancia.

En los pueblos los tragos explosivos se inician desde la tarde. En todas las casas hay cena reforzada por una botella rubia o bermeja. Un gentío inmenso se echa a la calle, desde la primanoche. Entre la turba van y vienen padres que caen sobre las tiendas de juguetes a hacerse de monerías para llevarlas a sus hijos que esperan en la madrugada al Niño de los niños que ha de traerles, sin que ellos lo adviertan, su regalo de pascua.

Encantan, por lo graciosas, las escenas de borrachos. Muchas de ellas no podemos olvidarlas. Tienen una comicidad ingeniosa. Reproduciremos algunas para imprimirle sazón de Nochebuena a este cuadro de costumbres.

A consecuencia de la gravedad provocada por una de sus diarias borracheras, un sujeto del pueblo había hecho el propósito de no beber más. Seis meses de rigurosa abstinencia alcohólica llevaba nuestro hombre cuando se vió, día de Nochebuena, entre sus antiguos camaradas. Rehusó la copa que le fué extendida y se entabló entre él y los demás esta lucha:

—No bebo aunque me maten. Lo prometí y debo cumplir mi palabra.

—Pero es sólo una copa.

—Jamás! Me hace un daño terrible.

—Pero si lo dañoso es beber todos los días. Este día se hizo para beber.

—He dicho que no tomo y el hombre vale por su palabra.

—Por última vez, pruébalo y complácenos.

—Bueno, esta resistencia tan grande vale un trago...

A la salida de la misa del gallo lo sorprendieron en una esquina observando, a la luz de un farol, todo lo que había expulsado su estómago a tiempo en que se regalaba con aquellos desperdicios un perrillo faldero. «Este puerco asao,—decía—recuerdo cuándo me lo comí; y este arroz, también; pero... ¿dónde me comería yo este perro?».

Igualmente original fué lo que le sobrevino a otro sujeto de la misma escuela del anterior. La víspera de Nochebuena sólo tenía cincuenta centavos para el peluquero; mas antojósele que debía «aplomarse» antes de ir a la barbería, y discurrió a su manera: «Al que lo «arreglan» por cincuenta centavos lo arreglan por cuarenta. Venga un trago!». Este primer trago fué indiscreto, pues apenas lo hubo tomado necesitó otro y decidió «pisar» con un segundo el anterior, agregando: «Al que lo arreglan por cuarenta lo arreglan por treinta». Y tras el segundo vino el tercero, y luego el cuarto, hasta que por último aseguró que lo mismo daba hacer el trabajo por diez centavos que de balde.

La cantidad de ron que había engullido lo privó y el estómago se desembarazó de todo estorbo devolviendo el atropello. Y cuando tendido en una acera un perro flacucho lamíale los labios, «barbero,—exclamó—no me pase la brocha por la boca!».

Por dondequiera se oye la conocida estrofa:

Esta noche es Nochebuena,
noche de nadie dormir,
que María está de parto
y a las doce ha de parir.

Y las campanas de los templos llaman a la misa del gallo, que no podrán oír todos los fieles porque les faltará cabeza para aguardar el Nacimiento.

Así desfila la tradicional Nochebuena... Al otro día, el primer sol de pascua alumbra una borrachera encantadora, la de los niños, que llenan la casa de gritos celebrando los regalos que pusieron sobre sus camitas las manos adorables y pródigas del Niño Jesús, que vino silencioso a colmarlos de presentes, a tiempo en que sonaban los maitines confundidos con los hélicos acentos de «la cuyaya», alma de la tropa con que las cornetas saludan, madrugadoramente, la pascua de cada amanecer.

LOS BAILES TIPIGOS.

No se puede hablar del alma de un pueblo sin tener en cuenta sus manifestaciones coreográficas. El nuestro tiene, como todos los de la tierra, sus características maneras de bailar, antaño vividas en el campo, al són del «cuatro» típico y de la voz melosa de un cantador de oficio que se colaba de rondón en todas partes, consentido y mimado, llevado y traído por los perdonavidas de todos los lugares, en aquella época en que la «mediacinta» y el «encabao» danzaban también en la cintura de los guapos al són de alegres aires espoleadores de la sangre que revolucionaba las caritas de pascua pintándolas de rosas.

Después, el «cuatro» escaseó, suplantado por el acordeón, y los bailes siguieron haciendo el bienestar de los sentidos pero declinando día por día hasta caer en franco dejamiento.

Componen nuestro acervo típico danzante la «yuca», el «zapateo», el «guarapo», el «saram-

ho», el «cayao», el «chenche», el «guayubín» y el «merengue», único que persiste con la tenacidad de esos gallos de «cuadra», que sueltos para encastar, se debaten con arrojo increíble en defensa del sitio en que pasean, entre airoosas hembras emplumadas, la autoridad de sus espuelas.

La «yuca» es un curioso baile de figuras en el cual galanes y damas van formando, en sucesivas y acompasadas actitudes de cambio, una cadena. Las parejas, de bracete, se saludan, y a la voz de ¡yuca! rompe la sugestiva ondulación, el mixto encaje humano en que la dama va esquivando la otra dama y entregando, a diferentes manos varoniles, los lirios de sus manos. Los pies acentúan el compás en el polvo que se alza atraído por el movimiento y acaba por danzar también sobre las arandelas de la ancha falda bulliciosa cuyo ruedo va a morir a medio palmo de la tierra.

El nombre de «yuca» lo debe el baile al ruido isócrono del blanco pan indígena que va y viene sobre el guayo inclemente, imitado en el roce del pie con el suelo, que la gente denomina «escobillar».

La industria cazabera le dió origen y así reza la letra:

Guaya la yuca,
a quemai cazabe,
guáyala bien
tu que la sabe.

Quando vibra de nuevo la voz ¡yuca! el cordón danzante se interrumpe sin que nadie pierda

un solo momento el compás de la música, y así continúa el baile entre el collar humano que se rompe y torna a nuevo empate, hasta que muere en medio a las aclamaciones de los espectadores, que bailan también con el alma su yuca íntima en un aturdimiento que pone su opio de olvido sobre la pérdida de la última jugada o el fracaso de la última cosecha.

El zapateo, como lo indica su nombre, es un baile en que el zapato dominguero repiquetea en el suelo barrido adrede para la trasnochada festiva.

La música, en un compás de dos por cuatro, excita, turba, enloquece. Lo baila una pareja: él, terciado el sable de rojo ceñidor de lana sobre la camisa nueva; suelto de pies para emprender un salto sobre la cabeza de la dama y caer del otro lado sin tocarle en el pelo abundante sujeto por un lazo de cinta, y todo esto sin perder el compás. Ella, airosa y ágil, entre los dedos la falda abigarrada abierta en forma de abanico; nerviosa como agua golpeada por un guijarro, mostrando a veces, cuando más «picado» es el movimiento, las piernas que sólo así podrían mostrarse, codiciables, a los caprichos de la admiración.

Este baile pudo haber sido, si no el zapateado español, con las modificaciones inherentes a la adaptación al medio, al menos un remedo de aquel.

El «guarapo» y el «sarambo» tienen igual tonada en el mismo compás de dos por cuatro.

Se distinguen por la intensidad de la voz, que es mayor en el último. Los aires agudos y el baile picado, rico en color y en movimiento, en que la pareja danzante se carmina de agitación, ebria de mudanzas, son del sarambo. En el guarapo no hay color encendido sino mediantina. La onda rítmica de los cuerpos no hace desprenderse una rosa presa en la altivez del moño, ni caer un cigarro oculto en una trenza recogida, ni deshacerse un lazo en la flexibilidad de una cintura.

El «cayao», como los anteriores, sólo lo baila una pareja. Se baila «escobillao» como la yuca. La tonada difiere de la de aquéllos. Es de los más pintorescos. En los momentos de mayor ardimiento se suspende bruscamente la música y la pareja continúa como si perdurasen las notas hasta que de repente surge de nuevo la tonada sin turbarse los pies que permanecen huérfanos de tono unos instantes. Debe su nombre a este silencio de la música en tanto que la fiebre del baile persiste en espera de la rota armonía.

El «chenche» lo bailaba solamente una pareja. Al influjo de una música viva y agitada, los bailadores adoptaban actitudes peligrosas en las cuales el cuerpo quedaba muchas veces girando sobre un pie y la falda chillona dejaba ver el blanco de las enaguas bordadas semejante a bocas que muestran, en la risa, la perla de los dientes.

Y era el canto así:

El chenche matriculado,
to el que lo baila tá condenado.

El «guayubín» es otro de los bailes en que el hombre, figurero, corretea a uno y a otro lado de la dama, que a su vez va y viene, con idénticas figurerías, a un extremo y a otro del escenario bailable, echando púrpura natural por las mejillas en esa tierra brava de la Línea Noroeste, que da sabrosas mieles purificadoras y encendedoras, al propio tiempo, de la sangre, porque el baile es guayubinero puro, del suelo clásico de la valentía temeraria que dió tanto oro de presillas a la causa de la libertad; tierra en que se come buena carne de chivo, espuela de vivacidad, tierra de «sabaneo», de gente «querendona», larga en amoríos, roncera en privaciones, atolondrada, vivaz, trasnochadora, en que las niñas no economizan los años en inútiles esperas, plantadas en sus quince sobre la arena del desafío.

Guayubín que me voy pa Mangá,
Guayubín que me voy que me voy,
Guayubín quiene son lo que van

grita mejor que canta el del acordeón, corroborado por la tambora y apoyado por la güira; y la pareja, o las parejas, que a veces son muchas, se embriagan, como moscas sobre el melado, en aquellos lugares propicios al amor y a la felicidad.

Y por último el «merengue», único que mantiene en alto la bandera del uso, rebelde a la caducidad, tal vez por ser menos antiguo que los otros, ya que el galán lleva su dama, según fra-

se de Rueda, «en el círculo roto de un medio abrazo». Es una especie de danza agitada, de aires callejeros o rurales, que sabe a democracia barata en noche del sábado, a licencia de suburbio, a libertad sin precio en salón anexo a cantina de galleras. Es el alma heroica y aturdida del pueblo la que danza al són de su merengue, defendiéndose algunas horas del asedio de la pobreza.

El merengue no se ha ido, como los otros bailes típicos; persiste, resiste, se debate contra la ola de los bailes exóticos, y es que en sus notas y en el rito de sus actitudes danzantes, vive, hecho aromas de sueños, el espíritu nacional, que se nutrió de heroicidad en el obscuro barrio y en el monte, canteras de donde han salido las mejores piedras humanas con que Santo Domingo ha erigido su leyenda.

EL CONSEJERO RURAL.

Aunque incidentalmente hemos hablado del Consejero rural en anteriores cuadros de costumbres, la importancia del tipo requiere que se le trate especialmente.

Es la autoridad moral de un lugar, verdadero árbitro en las diferencias suscitadas a menudo entre vecinos, y cuya intervención es invocada por las partes.

Su investidura patriarcal está acreditada por una gallardía de conducta. Su alma se halla casi siempre a prueba de intenciones malsanas. Goza de «buena posición» adquirida en el trabajo, garantía de independencia económica que no debe faltar en quien asume un papel director en la vida, y todo esto respaldado en una reputación de buen juicio y de sentido práctico para decidir con acierto en cuestiones que a diario le son sometidas y de cuyo fallo depende la rehabilitación de muchos nexos afectivos relajados por luchas de intereses.

El evita desgracias, acerca voluntades, desarma odios, mitiga recelos. Es agua en el calor de las discordias; luz en la obscuridad de las mutuas ofensas; fuego en las nieves de los agravios recíprocos. Sin carácter legal para intervenir en materia de conciliaciones, ningún juez de paz le aventaja en volver a la estrechez del nudo amable los cabos de una rota querencia. Sus fallos pueden estar alguna vez en colisión con la ley escrita, pero nunca con su fuero interno. Es un juez natural, producto de la necesidad de la vida sencilla que discurre en el campo, convenientemente instituido para subvenir al orden social en el círculo de su limitada influencia.

Toda acusación propuesta ante la Justicia por un campesino contra otro es causa de enemistad segura. Muchos lances personales han tenido su origen en alguna querrela o demanda, hecho que se toma por agravio imperdonable. De ahí el espíritu sagaz y previsor que actúa en las decisiones del Consejero, empeñado siempre en solucionar las dificultades que en materia civil ocurren a menudo entre vecinos, para evitar que la Justicia intervenga en esos casos.

Veámoslo en el ejercicio de las atribuciones morales de que se halla investido. Han raptado una joven y el padre ofendido recurre al Consejero. La fugitiva es de familia distinguida y el caso debe ser resuelto con absoluta apelación al matrimonio, medio único de reparar la ofensa y evitar una desgracia. Oye las razones del quejoso padre y luego inquiere el estado de ánimo del padre del raptor. Oídos a uno y otro por

separado, procede a entrevistarlos en su casa para concertar el arreglo. Si el padre del joven pide un plazo y el de la muchacha lo rehusa invocando la inmediata reparación de la falta, el Consejero hará presión en el padre exigente advirtiéndole que si bien es cierto que el joven se llevó la muchacha, no es menos cierto que ella nada hizo por que no se la llevaran, y que entre quedarse con su padre e irse con el novio, prefirió lo último. El padre rebelde se comide y asiente con gesto de conformidad irremediable.

Si la joven no es desposable, el Consejero esquivará la exigencia de matrimonio tal como le hizo una vez a una señora de antecedentes libertinos. Un problema de falda tenía por delante nuestro hombre: una cita y una fuga misteriosa bajo un emparrado. La compareciente reclamaba el honor de su hija y amenazaba al joven con llevarlo a la Justicia.

Y habló el Consejero: «La cárcel que Ud. pida para el joven no le devolverá su hija tal como salió de su casa. El daño que se hace en amor se repara en amor. La cárcel lo alejaría de usted y de su hija. Déjelos que se amen y acepte una casa y un pedezo de tierra para que vivan contentos, que si está de Dios que se casen, se casarán, que lo que conviene, a mano viene».

Las mayores desazones entre parientes provienen por causa de una herencia. La sucesión requiere al Consejero tan pronto como han transcurrido los nueve días de duelo. A pesar de lo abstruso de la materia, que tanto ha dado

que hacer a los versados en ciencia jurídica, nuestro buen hombre cumple, a las mil maravillas, su papel. Comienza por exigir la presentación de la escritura y se halla con que la parte de tierra más valiosa por su bien ponderada feracidad, todos la quisieran, alegando cada cual a su modo razones en qué apoyar la preferencia: éste que fué el que más trabajó con el difunto padre; aquél, que lo asistió en su enfermedad; otro, que era el de toda su confianza.

Para vencer el obstáculo sin dar a ninguno preferencia, el Consejero, tras de señalar el pedazo de tierra destinado a cancelar las deudas del difunto. si las hubiere, o al costo de la misa y de la «vela», procede a la partición asignándole a los terrenos menos fértiles mayor número de tareas para compensar una cosa con la otra. Así allana dificultades que de otro modo pararían en litigio. Si hay una laguna, es prenda común y todos tendrán acceso a ella. Si hay animales, procede a valorarlos y hace la distribución como si se tratara de monedas.

Los bienes de menores son entregados por el Consejero al mayor de edad, siempre que sea «hombre arreglado», y en su defecto, al que mejor pueda desempeñar el papel de Curador.

A la hora del pago dirá a los herederos: «Lo dejo a su conciencia», y se irá satisfecho, adonde ya lo esperan para arreglar un daño de animales en labranzas de vecinos o resolver un conflicto en materia posesoria, arduo problema que declina a menudo aconsejando resolverlo por vía de la Justicia.

Lo admiramos. No hay amor ni dolor vivido entre cantos de pájaros y explosión de enredaderas, que no reclamen sus servicios. Es el filósofo del campo. Todo se lo dicen, y él nada dice. Es arca de secretos. Las bocas se le abren, derrochadoras de intimidades, y se van con el alivio de un enorme peso. Abogados y notarios se perjudican, pero la sociedad rural se beneficia. Santa misión la de servir los intereses espirituales de la humanidad promoviendo enlaces, evitando divorcios, disolviendo intrigas, acercando corazones distanciados por la ruindad de las pasiones, todo ello con tacto y discreción admirables. Por él hay menos cruces en la paz de los cipreses, y en muchos cuerpos adorables menos paños oscuros; en cambio más cintas en los moños que sirven de torre al penacho de una rosa.

LA LUNA NUEVA.

La preocupación mayor de nuestros campesinos es la luna, a la que atribuyen una influencia poderosa en sus faenas de labranzas.

Desde tiempo inmemorial existe esa preocupación en los habitantes rurales de casi todos los países; pero tal vez en ninguna parte ha estado tan arraigada como aquí. Agricultores y ganaderos nada hacen sin una estricta sujeción a las revoluciones lunares. La ciencia ha calificado de supersticiosa esa creencia; sin embargo, hay hechos que dejan como en suspenso el ánimo de la gente culta, tales como la inutilidad de la madera cortada en luna nueva.

Conocido es el caso de un Ingeniero de puentes a quien uno de nuestros campesinos indicó la conveniencia de revocar la orden de cortar madera que había dado, por haber coincidido con el novilunio dicha orden, a lo que respondió el matemático con una carcajada.

«Bueno!—dijo el observador rural—cóitela y uté se acoidará de mí».

El puente fué hecho y a los pocos meses dió muestras de visible deteriorio. Fuera por influencia de la luna o por otra causa, el fenómeno ocurrió, no sin asombro para el profesional, que esta vez suprimió la carcajada cuando se le acercó el mismo campesino diciéndole en tono socarrón: «Mi jefe, ¿yo no se lo decía?»

Si Noé coita la madera de l'aica en luna nueva—dice un viejo agricultor—no se saiva ninguno dei diluvio».

Por qué la luna nueva favorece el desarrollo de la larva xilófaga o carcoma, quede para los hombres de ciencia si alguna vez intentaran inquirirlo. No es el caso atribuirle o no razón al campesino en este asunto, ni ello se compadece con la índole de esta clase de trabajos, ya que sólo nos interesan estas cosas por lo que tienen de original y pintoresco.

Nada se tiene tan presente en el campo como la luna. Un gallero de oficio no «detusa» un gallo en luna nueva porque a lo mejor «se le va el pico». La roja cresta y la encendida «barba» han de ceder, al filo del cortaplumas, en menguante.

Una herida en luna nueva expone al peligro de contraer el «pasma» y hay que extremar el cuidado de la parte afectada. Como si todos los líquidos se hallaran expuestos a sufrir el mismo desequilibrio experimentado por el agua del

mar al influjo de la luna, la savia acude más copiosamente al tajo que aflige la corteza. Las abejas no pueden ser castradas porque las invade el «gusano de tela» y emprenden, errabundas, su vuelo a otros parajes; el tabaco sembrado en ese tiempo se pone «jovero» o «llama flota»; y vano el ajo que se arranca; la yuca y el plátano se siembran, sin embargo, en luna nueva. No necesitan, como suele decirse en el campo, «que la luna coja fueiza».

Los cereales, cortados en luna nueva, los invade el «gorgojo». Todo sufre un resentimiento profundo. advierte el campesino:—los locos, que antes experimentaron momentos de rehalibitación de la conciencia, se afirman en su locura, se «rematan», y mueven a recelos. La palmera coccal se vuelve rezagada como le arrebatan el fruto que brinda, dadivoso, en la menguante; y la airosa palma, posada de ciguas y de carpinteros, y providencia de lechones que rezongan demandándole favores, se deshacen de sus bellos penachos si les cortan racimos.

Hay que verse en el campo semanas enteras junto al campesino para observar cómo procede en luna nueva. No «cabretea» potros ni «saleos» en ese tiempo, que así llama poner por primera vez el cabestro al animal, y ello porque sin esa precaución sudarían demasiado. «Animai nació en luna nueva, jaragán de primera»—clama en tono sentencioso— y al ver un chico flojo y pesado, se le ocurre decir: «Parece que nació en luna nueva».

Para él todas las probabilidades de concebir

macho la hembra de cualquiera especie de animal, están en «la menguante».

La luna es también objeto de supersticiones. Hasta para dolencias es invocada por la simplicidad de mucha gente:

Luna frente a mí
quítame lo malo que tengo aquí»,

reza el ensalmo.

Las guapas mozas cortan en luna nueva la extremidad de sus cabellos, que han de crecerles mucho, según ellas, porque la influencia del astro es en esto bienhechora, al igual que en las tierras trasportadas para destino de siembra de un lugar a otro cuando han sido cavadas en luna llena para cultivarlas en nueva.

Y para terminar venga a guisa de cuento la ocurrencia de uno de nuestros profesores que, persuadido de la verdad del fenómeno pero incapaz de confesar su persuasión para no caer en ridículo, negaba doctoralmente la influencia del astro en la vegetación y exigía, dispuesto a adquirir casa propia, que la madera se la cortasen en menguante. Es el caso de aquel otro que decía: «No creo en los muertos pero no ando por lugares grimosos».

EL INQUIRIDOR DE LINAJES.

Abundan aquí las personas habituadas a deberles a otras lo que son. Se contentan con ser parientas de los que han alcanzado una posición envidiable en cualquier ramo de la actividad humana. El nieto de un prócer hablará siempre de su abuelo para ostentar el orgullo de su genealogía. Si por el contrario la ascendencia es humilde, no hay espontaneidad en decir: «Mi abuelo era peón de una finca», porque se teme desmerecer en la opinión común haciendo esa revelación.

Tal preocupación ha creado entre nosotros lo que podríamos llamar la manía del parentesco. Personas hay tan pagadas de esa formalidad de valimiento reflejo que han creado un tipo perfectamente definido: el inquiridor de linajes.

Es bien curioso. A veces está ya esfumada la línea del vínculo sanguíneo por lo distante del lazo originario; pero no importa, el inquiridor de

linajes da siempre con la anhelada ascendencia, invocando razones acomodaticias en que apoyar el parentesco.

No siempre lo mueve en esta búsqueda de estirpe un fin utilitario para derivar ventajas materiales de la relación. Por lo común es un espíritu de vanidad el que promueve ese hábito: el goce pueril de llamarse pariente de aquél que ha descollado.

Si la invocada trabazón no aparece, y falta la parentela política, nuestro tipo apelará entonces a la influencia que dice haber tenido él o su madre en la crianza o educación del sujeto que le interesa, o la vieja amistad que ligaron a los ascendientes de una y otra familia. Y esto es más común de lo que pueda suponer el lector que no haya observado como nosotros esta costumbre.

«Ese lo ví yo nacci y lo crié»—dice la que fué antigua sirvienta de la casa del que ha llegado a interesarle por su posición económica, política o social. «Yo fuí su criada de bautizo»—profiere otra de las que llevan a flor de alma el barrio humilde en que nacieron. Pero hay otros que no se criaron desnudos pelando cañas con los dientes en las soleadas callejas del suburbio, que no sirvieron en casas principales y que sacan a lucir, delante del sujeto que les preocupa, estos o parecidos términos: «Cuando tu padre fué perseguido como político, el mío le sirvió de garante».

Hace poco nos hallábamos de visita en la

casa de uno de esos investigadores de prosapia, que husmean el parentesco de todo el que tienen por notable para sumar a su lista de parientes uno nuevo. Hacía un relato de sucesos políticos dominicanos y era seguro oírle exclamar con aplomo, para fijar las épocas en que sucedieron: «Esto ocurrió cuando mi tío fué Diputado». «Esto otro cuando mi abuelo era Ministro». «Aquello data del Gobierno en que mi hermano era Cónsul».

Y todo por el hábito de querer ser por lo que otro ha sido, de hacerse valer por lo que otro vale, propio de cuantos no se interesan en valer por sí mismos, haciendo algo que dé el perfil singular del propio mérito, defecto de educación del que afortunadamente van ya curándose muchos que se habían habituado a contentarse con que les llamaran, por no tener nada suyo: «El hijo de fulano» o «el nieto de zutano». Pueden hablar de lo que hizo su primo, de lo que brilló su cuñado, de lo que fué su yerno; pero nunca de lo que ellos hacen o hicieron, son o hubieron sido.

El tipo que nos ocupa lo caracteriza, a maravilla, una conocida mujer del pueblo, preocupada de continuo en la investigación de prosapia.

Nunca sale de un luto o «disimulo» de quince días, pues como ella dice, no es mujer que deja su sangre abandonada sino que la recoge hasta el último grado siempre que los que la lleven sean personas que no la desacrediten.

Así, cuando se trata de un sujeto de su mismo apellido, complicado en pérfidas tramoyas,

dirá, si se le pregunta por el parentesco, que todos los de ese apellido no son sus parientes; pero es persona distinguida responderá lo contrario, asegurando que son de una misma familia todos los que lo llevan.

Su abuela vivió en la Capital y fué novia de Duarte; una tía suya lo era de Luperón. Su madre nació «cuando la España» y de ella se enamoró un oficial del Batallón de la Corona, porque tenía «un pelo y un plantaje que ni en lámina».

«No soy del arito—dice—pero a mi casa viene to ei de sociedad. Mi padre vivía patio con patio con un grande y me procuraban siempre siendo yo niña buena moza y bien jecha como mi madre».

Así exclama, satisfecha, la mujer de nuestro cuento, modelo del tipo que ha inspirado esta página de costumbre vivida a diario en nuestro pueblo, desde el frívolo joven que se complace con exclamar: «Yo soy del Club», hasta la pobre hija del suburbio que explota en su favor los supuestos amores de su madre con el padre de la Independencia o los de su tía con el héroe de cien combates gloriosos.

LA GUARESMA.

Mucho de original y típico tiene la cuaresma en el país. En otro tiempo la conmemoración del santo ayuno revestía una gravedad que ahora no tiene. Se hacía la cuarentena de abstinencia con una rigidez eremítica. Y no era sólo para el cuerpo, la imposición de sacrificio, sino para el alma, que adoptaba actitudes de recogimiento rayanas en ascetismo puro.

Así, los amantes no podían casarse en este tiempo. Les estaba vedado el uso de las formalidades de la larga visita o sea el «comer gallinas». Tenían que guardarse de malicias y permanecer como si estuviesen deshechas las ataduras a modo de puente de intimidad entre sus corazones. De ahí el conocido cuarteto popular:

Miércoles Día de Ceniza
se despiden los amantes;
sábado tocando a gloria
vuelven a lo que eran antes.

Y así era. Las mozas tenían que confesarse y recibir el pan eucarístico. La piscina probática se abría para ellas de tarde, con ansias de purificación. Aquellas prácticas no se compadecían con las intimidades del noviazgo. Penitencia y querencia se repelían.

Hoy se baila en cuaresma lo mismo que en carnaval. Antes no: la fiebre danzante desaparecía. Muchos jugadores hacían abstención de dados y barajas, temerosos de jugar, como otros judíos, la túnica inconsútil. Los músicos, desde el baile de tentación hasta el sábado de gloria, no contaban con más gajes de orquesta. Como por encanto cesaban las licencias para fiestas en las Sindicaturas Municipales. Los revólveres se eunohcían en las cananas, el sable en las cintadas vainas.

El ayuno es general los miércoles y viernes. Desde muy temprano invaden el mercado cocine-ras hábiles en regateos con las burdas comadres que traen desde el amanecer árganas enteras repletas de coliflor o «repollo» para el mixto plato de cuaresma hecho de esta hoja guisada con bacalao y huevos salcochados aparte y sumados al guiso en vísperas de «apearlo».

Pero el plato favorito de cuaresma son los «trijoles con dulce», indispensables el Miércoles de Ceniza, el Viernes de Dolores y el Viernes Santo. Casas hay en las cuales no se hace otra comida en esos días. Como priva el hábito de hacer copartícipes del sabroso manjar a los afectos más caros del vecindario, hay a veces en una mesa más de diez fuentecillas de distintas casas con

el mismo alimento. Y de todos los platos han de servirse todos los comensales, y así no se oye más que el clamor impertinente de los chicos: «Los frijoles de tía!», «los de Nenena!» «los de señora Juana!», y la mesa se hace interesante. Unos frijoles son más blancos: los más ricos en leche; otros tienen ausencia total de granos y muestran a los ojos codiciosos la púrpura de pesada crema incitadora; otros lucen óvalos de galletas diminutas sobrenadando como esquifes en un mar cardenalicio.

Ya lo digimos, es el plato cuaresmal por excelencia. El rico grano recibe, en el suplicio de la olla, la compañía del azúcar, el favor de la leche, la alianza del coco, extraído, para este servicio, el lácteo jugo; y con ellos las especias, la mantequilla y la batata dispuesta en trocitos; y por último el cazabe, el típico cazabe puesto a asar en la parrilla impregnado de grasa y espolvoreado de sal que se reserva para arrojarlo en pedazos sobre las fuentes humeantes en el momento decisivo del ataque.

Y qué honda fruición para el campesino cuando es «hembra» la cuaresma! Entonces cobija el rancho que tenía «parado en blanco» destinado a la rica hoja aromática, que está para «cojerse», o siembra de otros frutos el terreno. Pero si es «macho» la cuaresma, rumiará la pena de la sequía. Los vientos alisios son crueles en época de penuria acuosa. Se ensañan en la vegetación y la despojan de atractivos. Son muy frecuentes los remolinos y con ellos las invocaciones a Santa Bárbara, con que la piedad

fervorosa cuida de los techos pajizos que la furia neumática hace emigrar a las nubes.

Estos remolinos provocan curiosísimas escenas de familias. A veces surjen en la proximidad de un patio en donde hay un alambre con ropas tendidas al sol, y como una ironía del meteorero se ven en el aire, a gran altura, piezas de uso discreto, que sólo así podrían ostentarse en una publicidad escandalosa, las cuales van a caer en los parques muchas veces, sin que se logre localizar el sitio de procedencia por el empeño que ponen sus gentiles dueñas en que se ignore quienes son las víctimas del grosero meteorero.

En tal cuaresma sufren agotamiento muchos ríos, y se secan arroyos y quebradas. A la tristeza propia de la conmemoración de los cuarenta días de Cristo en el desierto, únese la natural tristeza de las cosas sin vida que la sequía abatió como si se compenetrara del duelo anticipado de los corazones en vísperas de la celebración de la máxima tragedia de la cruz, semilla de Tabor y fruto de eternidad.

ALELUYA!

A pocos de nuestros hombres deja de salirseles, por la boca florecida de recuerdos, una explosión de júbilo al evocar la pascua de Resurrección que amparó la vieja costumbre de «hacer aleluya», nombre de una muchachada que consistía en robar por asalto a todos los vendedores de baratijas mientras la imagen de Jesús Resucitado recorría procesionalmente las calles de nuestras ciudades.

Las sensaciones de aquel plácido cuadro de niñez son de oro para el adulto que las rumia. La buena mamá nos enseñó a abstraernos desde el Jueves Santo en la mañana. No bien sonaba el toque de las diez había que ponerle sordina de prudencia a la garganta. Cristo estaba preso e importaba recojerse. El grito, el silbido, el salto, la carrera, desentonaban en el ambiente religioso de aquellos días.

El ojo de la mamá manteníase en guardia, vigilante de las actitudes filiales, pronto a dar la clave de compostura en cualquier olvido de

prudencia. «Cristo está preso!» era la frase decisiva, y volvíamos a ser metidos en cintura, como quería la autoridad materna que estuviésemos, y a fuerza de meditar en el injusto cautiverio que se le imponía al Hijo de Dios, amador y perdonador de los hombres, nos familiarizábamos con la tristeza, y cuando, lejos de la madre, fieles a la naturaleza propia de la niñez, caíamos inadvertidamente en la alegría, la conciencia instintiva revelábase subitánea, y atemorizados decíamos: «Cristo está preso!». Y cesaba el canto imprudente o el silbo indiscreto que nos hacía pecar sin quererlo.

Pero había chicos mal avenidos con estos miramientos, que a hurtadillas lanzaban piedras a los pájaros sin que la idea del Cristo en cautiverio lograra moverlos a ternura. Otros se malhumoraban fácilmente o de algún modo faltaban a la santidad propia de esos días. Estaban exentos de castigos durante la Pasión y muerte de Jesús: era pecado incomodarse, impacientarse, y las pobres madres ofendidas se limitaban a ver con significativa fijeza a los culpables o a presentarles la palma de la mano con los dedos vueltos hacia arriba, señales bastante conocidas de los niños de aquel tiempo, equivalentes a «Ya me la pagarás».

El pago era el Sábado de Gloria, y los niños sabían que al sonar la descarga de fusilería seguida del repique de campanas, el cobro era seguro a base de chancleta sobre la parte del cuerpo más castigada, si bien la menos culpable de las travesuras infantiles.

Y así, el fusilamiento de los Judas por la tropa vengadora, no era la alegría por excelencia para el muchacho travieso, que descuartizaba los muñecos de trapo incendiados a veces por las descargas, viva aún la roncha con que la mamá vengó la ofensa. La verdadera satisfacción era al otro día, al salir el sol, cuando tras la misa tempranera seguida de la procesión del Santísimo, surgía el Cristo redivivo, en alto el gallardete rojo, seguido del discípulo heroico y de la madre santa a quien todos saludan de este modo:

Regina Coeli, letare
Aleluya! Aleluya!

Quia quem meruisti portare
Aleluya! Aleluya!

Resurrexit sicut dixit
Aleluya! Aleluya!

Ora pronobis Deum
Aleluya! Aleluya!

Era el cebo de la consentida muchachada. En seguida dominaba la calle principal la turba de chicuelos con intenciones de hacer presa. En Santiago era «la plaza» o mercado de comestibles el lugar preferido para el ataque. «¡A la plaza!» era la consigna, y todos corrían animosos sin temer al pesado garrote esgrimido por la vieja fleumática que fué pizpereta cuando joven, erguida junto al rintero de víveres, picada hasta despedir ascuas por los ojos, ni a la pedrada del «vale» en defensa de las árganas repletas de frutas en sa-

zón, ni a la botella con que amenazaba la gruñona mantequera por cuya bata de listado le corría la pringue. Alguno salía malparado de la lucha, pero los más atrapaban la bandeja de fiambre, sordos a las maldiciones que les llovían encima, el jaldado melón, medio destrozado por un palo que erró el golpe, el coco de huevos, las «manos» de guineos y la pilita de «carbopanes». ¡Aleluya! ¡Aleluya! era el grito de rigor, y esto duraba hasta que retornaban las imágenes al templo de donde salieron en andas de triunfo, hora en que ya no había tolerancia para las pillerías.

Esta desordenada costumbre desapareció hace algunos años. Cruel y todo, nos deja un poético recuerdo. Algo fuerte debía seguir a la austeridad de aquellos días en que la niñez estaba condenada al silencio, a pesar de su derecho a la algazara. Aquel horrible Jueves y aquel Viernes funerario, le parecían inmensos al niño, que se sentía preso también como Jesús, privado de su libertad que es la alegría. Era justo compensarle con una emoción fuerte, de regocijo desbordado, aquellos días de duelo. Por eso, nada es tan dulce, y amable, y pintoresco, para nosotros, que ya no volveremos a saborear las delicias del buen tiempo que pasó, como el recuerdo de esta costumbre que hoy reproducimos mentalmente en la ruina de las cosas en que ayer pusimos el alma mientras decíamos de todo corazón: «¡Aleluya! Aleluya!».

EL LUTO.

Hay mucho que decir del luto en este país. Por faltar al rigor de su uso ha habido no pocas disensiones entre familias. En los pueblos va siendo cada día menos acentuada su severidad, pero en el campo se mantiene en toda su expresión original. Tan inmoderados son los preceptos que regulan la costumbre, que el valor de las relaciones afectivas suele medirse por la exageración que los allegados dan a la formalidad del luto.

En los lutos más austeros el vestido femenino,—que en rigor el luto parece haber sido sólo para la mujer—ha de ser de prusiana negra, con mangas largas y cuello alto, completamente liso, pues toda alforza o arandela es mirada como indicio de poco sentimiento.

Un año antes de quitarse el luto sucede al traje negro el medioluto obscuro, que consiste en prusiana o «salpuria» con «obras» blancas sobre fondo negro. Este segundo aspecto del luto du-

ra poco más o menos seis meses y le sigue el medioluto claro, que manda «obras» negras sobre fondo blanco.

Los trajes grises, morados o blancos, se usan en las postrimerías del luto y sirven para «disimulos», nombre con que se designa el modo de significar exteriormente, durante algunos días, el pesar que causa la muerte de un amigo o de un vecino.

La duración del luto depende del grado de parentesco o de amistad estrecha que ligaba al que lo usa con el que dejó de existir. El luto que las hijas guardan a sus padres es de cinco a seis años, regularmente. A la muerte de un hijo la madre gasta un luto de ocho o diez años por término medio. Algunas hay que nunca se lo quitan ya que, antes de expirar el término, llevan otro sobre aquél. Lluve sobre mojado.

Las nietas les guardan un año de luto a sus abuelos. En la relación de tío y sobrino rige un medioluto de un año, y en la de primos hermanos, de seis meses. Tan Sagrado es el vínculo impuesto por el sacramento, que el luto por la muerte de un compadre excede casi siempre de un año.

Pero el mayor rigor usado en el luto reza con las pobres viudas. Se visten de negro para toda la vida, a menos que nuevas ansias de amor lleven a su pecho, ya cicatrizada la herida del primer flechazo, la dulzura de otra herida. Entonces, vueltas al estado que perdieron, arrojan de sí la noche de su veste y se reconcilian con

los colores que la abandonaron en medio de sus lágrimas.

De lo contrario, el luto persiste. No pueden acicalarse. Buena cuenta de ella darían las malas lenguas. «Pero vean a la viuda», ya se empolva, y sale de su casa! «jun!»—murmura la gente—y este «jun!» malicioso, en que explota el instinto dañino, prepara la intriga y estimula el piropo callejero.

Para su dicha o su desgracia, la viuda gana en poder subyugador casi siempre, lo que ha hecho que de todas ellas se diga, en lenguaje humorístico, «que las sopla el diablo».

Todavía hay muchas personas harto apegadas a la exagerada formalidad del luto, que cuando muere alguno de los de casa quieren que todos sus parientes se vistan de negro durante largo tiempo. A propósito de esto citaremos como caso curioso el de una buena mujer de campo a quien se le había muerto un hijo hacía cinco meses y tal fué la impresión que experimentó al saber que sus sobrinas «lo habían bailado» antes del año, que cayó «insultada», presa de un ataque de nervios.

En su casa fueron quitados todos los cuadros de adorno y cerradas las puertas del frente. Para visitarla había que entrar por la del patio, y no se podía hablar de otra cosa que no fuera del difunto, al revés de lo que ahora sucede, que los que van a dar el pésame comienzan a hablar del muerto y acaban por hacer cuentos «a lo vivo».

Pero lo más grave del luto es que no siempre hay correspondencia entre el vestido obscuro y el corazón del que lo lleva.

«¡Venir a morir en vísperas de un baile!» es la expresión de inconformidad propia de las mozas que se lamentan, no de la pérdida del pariente sino de la del baile. Los vestidos que estaban para estrenarse tienen que ser «quemados», esto es, vendidos a vil precio porque, de guardarse, pasan de moda y habría que rehacerlos después del luto.

Tal vez es un primo distante, a quien no se le vió nunca, pero hay que enlutarse «para que después no digan». Este luto obligatorio, compulsivo, tiránico, tiene una seriedad cómica, algo así como un pacto entre Carnaval y Ceniza. La que lo lleva tiene hecho fiesta el corazón y viste de obscuro. Cuando sus amigas le desgranán al oído el rosario de emociones de la juerga, lamenta la importuna defunción y repite: «¡Venir a morir en víspera de un baile!».

Y este dolor por el goce perdido es el verdadero dolor de la hermosa que ve sus perlas huérfanas de la proximidad de un gabán aristocrático, y sus blancas zapatillas ayunas de deslizamientos por el tablado en donde rodó más de un piropo tras un juego de falda llevada con orgullo de sangre azul por el salón acribillado de ampollas rutilantes.

INDICE.

	<i>Página</i>
<i>Los Matrimonios en el Campo...</i>	5
<i>Los Bautismos en el Campo.....</i>	12
<i>El Riesgo de las Paridas.....</i>	18
<i>El Mortuorio y los Pésames Rurales.....</i>	23
<i>Nuestra Sabiduría Popular.....</i>	29
<i>Las Fiestas Patronales de Aldeas.....</i>	35
<i>Los Rosarios</i>	39
<i>La Singular Cortesanía Campesina.....</i>	44
<i>Las Adivinanzas.....</i>	50
<i>El Campesino Astrónomo.</i>	56
<i>Los Juramentos.....</i>	61
<i>El Comadreo o el Hábito de Hablar Mucho</i>	65
<i>Terapéutica Popular.....</i>	70
<i>La Lavandera Criolla.....</i>	76
<i>El Cargador de Agua.....</i>	82
<i>La Mediatuna.....</i>	92
<i>Las «Juntas».....</i>	97
<i>El Campesino Negociante.....</i>	102
<i>El Juego de Gallos.....</i>	107
<i>Los Sancochos Nocturnos.....</i>	112
<i>El Montero</i>	116
<i>Las Placeras.....</i>	123
<i>Nuestra Escuela Antigua</i>	129
<i>Los Recueros.....</i>	136
<i>Los Físicos</i>	143

INDICE.

	<i>Página</i>
<i>La Siembra del Maíz.....</i>	<i>147</i>
<i>Las Velas.....</i>	<i>152</i>
<i>El Velorio.....</i>	<i>158</i>
<i>Las Botijas.....</i>	<i>161</i>
<i>Las «Bombas».....</i>	<i>164</i>
<i>San Andrés.....</i>	<i>169</i>
<i>El Sábado.....</i>	<i>174</i>
<i>Las «Confirmaciones».....</i>	<i>179</i>
<i>El Billetero.....</i>	<i>184</i>
<i>San Isidro Labrador.....</i>	<i>190</i>
<i>La Recluta.....</i>	<i>195</i>
<i>El Bozo.....</i>	<i>200</i>
<i>Los Padrinos.....</i>	<i>205</i>
<i>Los Pulgones.....</i>	<i>208</i>
<i>La Galleta.....</i>	<i>214</i>
<i>Las Cencerradas.....</i>	<i>220</i>
<i>Lavadoras de Oro.....</i>	<i>225</i>
<i>«¡Últimamente!».....</i>	<i>229</i>
<i>Los «Picos».....</i>	<i>234</i>
<i>El Fabricante de Ataúdes.....</i>	<i>238</i>
<i>El «Paseo de Cera».....</i>	<i>242</i>
<i>Los Generales.....</i>	<i>247</i>
<i>Los Jugadores.....</i>	<i>254</i>
<i>El Aguinaldo.....</i>	<i>259</i>
<i>Nochebuena.....</i>	<i>265</i>
<i>Los Bailes Típicos.....</i>	<i>271</i>
<i>El Consejero Rural.....</i>	<i>277</i>
<i>La Luna Nueva.....</i>	<i>282</i>
<i>El Inquiridor de Linajes.....</i>	<i>286</i>
<i>La Cuaresma.....</i>	<i>290</i>
<i>Aleluya!.....</i>	<i>294</i>
<i>El Luto.....</i>	<i>298</i>

